CRÓNICAS

JAVIER VALDEZ CÁRDENAS

MALA-YERBA

La vida bajo el narco

JAVIER VALDEZ CÁRDENAS

MALAYERBA

SELECCIÓN DE
ANTONIO RAMOS REVILLAS

Jus

ÍNDICE

CUBIERTA
PORTADA
ÍNDICE
DEDICATORIA

LOS NIÑOS DE LA SAL
- ARMAS DE JUGUETE
- GRACIAS, BALAS
- FRANCISCO
- 35 SEGUNDOS
- CIBERNAUTA
- TÚ NO SABES
- FASCINACIÓN POR JAVIER
- VIDEO ESCOLAR
- A TODA MADRE

JÓVENES PISTOLEROS
- ACHICHINCLES
- TARDE MACABRA
- EL GRUPO DE LOS SIETE
- CARRILLA MORTAL
- POR UNA MUJER
- EL RELOJ
- DONCELLA
- EL PERFUME
- EL PADRINO
- SIN PALABRAS
- ARREMANGANDO TODO

JALES PELIGROSOS

INEXPERTOS
MALETÍN BLANCO
MAL DE FAMILIA
SEGURO COBRADO
SEPELIO
LOS CINCO MIL
PRESENTIMIENTO
ADIVINA
APRENDIZ
EL CANTINERO Y EL BUCHÓN
LA BENDICIÓN

BUCHONAS Y BELLAS
BUSCO NARCO
RUDA Y BRILLANTE
DE CARTÓN PIEDRA
LA ENFERMERA
SOLA
CALIENTE, CALIENTE
OLOR A PÓLVORA

DE PLACAS Y PLACOSOS
¿Y A QUÉ SE DEDICA?
POLICÍAS Y DELINCUENTES
CAMBIO DE BANDO
LA SENTENCIA
EL COYOTE
LA EXHIBICIÓN
RAMO DE FLORES
LA BOLSITA
AQUÍ CORRIÓ
A PUNTA DE PISTOLA
UNA PAQUITA

PERSONAJES DE PLOMO
VELADOR
DIPUTADO
ALCALDE

LAS FOTOS
EL BAILADOR
LAS LLAVES DE LA CIUDAD
UN DOBLEÚ
CARNE ASADA
SORIASIS
BUENOS Y MALOS
ME DUELE

NARCULICHIS
EL QUESERO
EL SALUDO
COMITÉ DE RECEPCIÓN
LA CONVERSACIÓN
NOCHES Y BALAS
EL PAQUETITO
LA VENTANA
EL SIX
DE PARÍS A CULIACÁN
BAJARON LAS BALACERAS, SIGUIÓ EL TERROR

CRÉDITOS

Para Bernardo Domínguez, Mercedes Mayol, Alejandra Alvarado, Juan Antonio Montiel y todo el equipo de Jus, por insistir en regar las rosas marchitas y permitir que florezca, aun en el páramo, esta malamata.

Para Federico Campbell, por su encanto, esa generosidad de bosque, el jardín de su sonrisa y la magia, siempre la magia, de la amistad.

Para Ismael Bojórquez, Cayetano Osuna, Andrés Villarreal y los lectores de Ríodoce*, empleados idos y venidos, y socios de este río, este charco, ojo de agua que suena, duele, rojo y diáfano, y sueña.*

LOS NIÑOS DE LA SAL

ARMAS DE JUGUETE

Pedro y Julio juegan a los balazos. Él dice que trae un cuerno. Su amigo y compañero del salón prefiere las uzi. Ra-ta-ta-ta-ta-ta, grita uno. Ta-ca-ta-ca-ta-ca, le contesta el otro.

Andan de chile bola a la hora del recreo. Inseparables, los une el tercero de primaria y su afición, casi obsesiva, por las camionetas jámer, las chévrolet y las lobo. También les atraen los yips del ejército, artillados; aviones y helicópteros de combate.

Sus armas no son palos ni tablas, ni trozos de muebles de madera torpemente clavados, asemejando un rifle o una pistola. Son muy parecidas a las de verdad: cromadas y negras, con los movimientos y sonidos de cuando se corta cartucho, con cargador que entra y sale y balas de plástico.

A Julio sus mayores le dicen, le repiten, que no sea violento, que las armas son sus juguetes y que juegue con ellas, pero nada más. Le informan de los asesinatos, los narcos y matones. Eso sirve, aseguran, para que no sea como ellos. Quién sabe.

Los papás de Pedro no le dicen nada. Ellos lo ven normal. Que juegue, qué le hace. Le compran y le compran. Ya tiene una colección de soldados, unos de color verde olivo y otros con uniforme gris.

Conoce los tipos de aviones y submarinos. Quiere que le digan qué es un ge-tres, un errequince o una uzi. Que si tienen más potencia, que si pueden más que una granada, que si disparan más lejos.

Ínguiasu, ta perrón, es una jámer, papá: una jámer perrona, dice, grita cuando la ve pasar en zumba por el malecón nuevo como si navegara en el asfalto, imponente y ufana. Luces por todos lados, como árbol de navidad rodante.

Quiere cargar los chalecos antibalas y ver si es cierto que pesan kilos. Ponerse detrás de una mira telescópica y clavar el ojo en el punto donde se cruzan las rayas de la mirilla.

Y a eso juega con su amigo: a la guerra, a los balazos, a las camionetonas y los rifles de alto poder. Nadie gana, sólo ellos dos. No hay perdedores ni muertos ni saldos rojos. En esas mentiras chiquitas e inocentes, apantalladas con tanta muerte, no existen los ajustes de cuentas.

Allá van: a la tiendita, a comprar robots con espadas y con pistolas y con rifles. A preguntar cuánto cuesta la bolsa de soldados de plástico y las pistolas anaranjadas y rojas, enteleridas y desechables, que se venden con todo y balitas cilíndricas.

No corren a la tienda: vuelan. No van juntos: son uno solo. No platican ni se abrazan: se van entendiendo en sus silencios y con esas sonrisas que todo lo inundan y encandilan; y ahí, en la intimidad pública de los juegos en el recreo y en las canchas y pasillos, se encuentran. Ahí son ellos.

Día de reunión de padres de familia. La mamá de Julio es seria y hasta tímida. Entra, saluda apenas con un murmullo que nadie entiende, pero que es un buenos días. El padre de Pedro ahí está.

Ella se va antes, él se queda, pero no mucho. No se despiden.

¿Y tu papá?, pregunta Julio, ¿por qué no viene nunca? ¿Por qué ni viene por ti?

No puede.

Por qué.

Porque está muerto: le pegaron cuando iba manejando el carro.

Por qué.

No sé. Dos balazos aquí atrás, le dice, lustrando sus ojos y apuntando sus deditos a la parte trasera de la cabeza.

Con pistola de verdad, balas de verdad. Qué gacho. Ni modo. Vamos a jugar, pues.

GRACIAS, BALAS

Para la china, esa púber. Felices quince.

Le dio gracias a las balas. Luego a Dios. Se quedó ahí, hincada. Todavía dibujaba mapas ondulantes de humo el cañón de la pistola. Y ella ahí, con ese llanto que estalló como trueno y luego se fue apagando poco a poco sin dejar nada.
Y ella no encontró habla. Y no era para menos: estaba abrazando a su pequeño hermano, y el resto, los otros tres y su madre, muertos en el suelo y ensangrentados. Su padre se quedó unos segundos en el umbral de la puerta, estupefacto. Después huyó.

Sabían que andaba en malos pasos. Tenía rato metido en la peda y conservándose en alcohol. Luego se embrutecía y empezaba a despotricar: gritaba y golpeaba a la madre, se las mentaba, jaloneaba a los más chicos, corría a los mayores.

Ya se estaban acostumbrando a ese circo de borracheras y cantaletas, de madrazos verbales y con la palma de la mano, estrellándose en las mejillas de las mujeres de esa casa.

Había pasado años de pedas casuales y en familia. Era tierno entonces: se le derretían los ojos jugando con los niños; disfrutaba preparar el desayuno los fines de semana y corretearlos a todos los domingos. Era otro.

Era otro el que ahora se asomaba al umbral de la puerta con ese paso marino, tambaleante y babeando. Manchas de polvo blanco adornaban su bigote entrecano. Esos ojos brillosos definitivamente eran de otro, no de aquel padre que conocieron.

Gritos y golpes fueron el colofón de aquel papá amistoso y bonachón. En ocasiones ni hablaba: ese que se dormía en el sillón de la sala, que despertaba malhumorado y enfermo, era un ser extraño que suplía amargamente al otro que ellos conocían.

Y esa noche llegó como las otras. Con una de albañil que le impedía hilar vocales y consonantes, palabras con palabras. Se

detuvo en el marco de la puerta en señal de reto. Sin decir más sacó una cromada y empezó a disparar.

Cayó la mamá. Los otros tres la alcanzaron en el charco rojo que ganaba terreno en el vitropiso. Orificios en el pecho, cabeza y abdomen acababan con las vidas y la familia. Uno a uno los vio caer, ya sin vida.

Y ella, que estaba en el fondo de la sala, empezó a gritar. No sabía si eran los gritos de negación de aquella apocalíptica escena o el llanto que salía de su garganta lo que le hacía competencia a los pum-pum-pum que cantaba y escupía el arma.

Pero se mantuvo ahí, en cuclillas. Abrazó a su hermanito de tres años y se abrazó también a ella misma. Columpiaba su cuerpo de trece. Y miró que el cañón la apuntaba a ella, sostenido por la mano derecha de su padre.

Clic-clic-clic. Se acabaron las balas. ¡Chingada madre! Fueron segundos que parecieron minutos, horas, densidad eterna. La oscuridad que se adueña de todo a las seis de la tarde de un día negro y de muerte. Y él desapareció sin hablar más.

Ahí estuvo ella quién sabe cuánto tiempo. Cuneó su cuerpo hasta el infinito y todo se le entumió. Las lágrimas no cesaron. Los gritos sí. Enmudeció por unos minutos. Su hermanito cerró los ojos y no dijo nada. Estaba más que espantado: tenía el terror en los ojos y el ceño.

Ella nunca pensó que fuera a agradecer a las balas por no haber estado ahí, en la recámara del arma. Pero les agradeció: gracias, balas... gracias.

FRANCISCO

Francisco tiene apenas cinco. Yo digo que por eso debería llamarse Francinco hasta que lleguen los seis. Pero de todos modos he preferido decirle Trancisco, de transa. Pero es de cariño. No le digan a nadie.

Y cómo me sorprende el cabrón. Esto sí es vida, dice. Y lo repite con ese cinismo de enano, de loco bajito. Lo dice cuando está metido en la alberca de algún hotel mazatleco, en Las Glorias, en Guasave, o frente al mar.

Sabe identificar una camioneta escaleid. Conoce las camionetonas lobo. Las negras y rojas son sus preferidas. ¿Cómo las identifica? ¿Quién le platicó de ellas? ¿De dónde sacó esa información?

Las cuenta cuando pasamos por el bulevar de las Américas. Festeja cuando rugen. Se le hacen grandes los ojos con los focos de las direccionales. Las llantas altas. Esos rines que escupen chispas. Esas llantas tatuando el asfalto. Las apunta con su dedito regordete, como aprobándolas.

Y luego pregunta: ¿Te gustan, mamá? No, contesta ella, parecen casas. Pero él las ve altas, imponentes, apantallantes. Las ve y lo pierden. Lo hipnotizan esos rehiletes que no dejan de dar vueltas cuando la llanta se detiene.

Y cómo saber dónde aprendió. En el barrio escasean los narcos y las camionetonas, pero sus amiguitos seguramente comentan. Tal vez le tocó ver u oír algo cuando estuvo en el jardín de niños: quizá más de uno de sus compañeros proviene de familias que saben de este y otros menesteres, y que llegaban al plantel en esas camionetas de lujo.

Por esos lares ve cómo se estacionan y arrancan. Ve cómo agandallan lugares y rebasan. Aceleran y frenan estridentemente. Y van haciendo eses con tal de ganar la primera posición frente al semáforo. Todo eso lo ve. Y lo registra.

Porque igual sabe cuáles son las suburban y las cheroquis. Juega con sus carritos y los nombra con los modelos de esos vehículos que tanto le gustan y atraen. También le gustan las patrullas, las grúas, los camiones de bomberos y las camionetas de los socorristas, pero menos.

Y va de sorpresa en sorpresa. Fue insistente aquella vez que me confesó que cerca del trabajo de su mamá, en el centro de la ciudad, había una tienda de pistolas y rifles. Le dije que no era cierto, pero él insistió: sí, cerca de la casa de mi mamá. Como a dos cuadras, en una esquina. Y también hay uniformes militares con los que visten a los maniquís, y balas para las armas. Y yo de nuevo lo negué, incluso lo reprendí por andar inventando.

Pero me dejó con la duda. Una tienda de pistolas y rifles, ¿dónde, dónde, dónde? Hasta que prendió la luz roja del semáforo de la escasa memoria alcohólica. Francisco tenía razón: esa tienda de armas es en realidad una tienda de artículos deportivos en Rosales y Morelos.

Ya habla de accidentes, con todo y muertos. Ya habla de heridas graves. De balazos y tanques de guerra. Armas ultrasónicas de destrucción masiva. Naves modernas y aviones que disparan misiles.

Y eso que no ve películas violentas —al menos delante de mí—, que no tiene armas de juguete compradas por sus padres ni sabe leer. Pero sí ve y oye: las fotos en los periódicos, las historias de los adultos sobre balaceras y muertos.

Trae en su inocencia un lenguaje de muerte. Quién sabe. Yo jugaba a policías y ladrones y él no. Yo mataba con esas pistolas que fabricábamos con pedazos de madera y clavos. Con las de triquis. Él sabe dónde venden las de verdad.

35 SEGUNDOS

Cámara. Acción.
En la imagen aparece un hombre adulto boca abajo. Tiene ambas manos en la cabeza. Ojos cerrados. Ojos cerrados y apretados. Alguien lo sujeta de la cabeza, le jala los cabellos.

Está postrado en el piso de algún vehículo. Debajo se ven los tapetes y a un lado el asiento.

Son dos o tres los que lo mantienen ahí, cautivo, amarrado a los puños y a los nudillos. Aparece en la imagen, bien centrada, una pistola escuadra. Puede ser una cuarentaicinco. Cachas blancas.

Le gritan: cierra los ojos, hijo de tu pinchi madre. Ciérralos.Pídele perdón a este cabrón. Y el prisionero responde a gritos que parecen llantos: perdón, perdóname, viejo. Ya nunca lo voy a volver a hacer. Chingo mi madre si lo vuelvo a hacer. Ya nunca, viejo, ya nunca.

Si no, te mato, a la verga, ¿no? Te mato, hijo de la chingada.

Ya nunca, Pa. Ya nunca.

¿Nada?

Nada, Pa. Ya nunca. Nada. Lo juro, Pa. Chingo mi madre si lo vuelvo a hacer.

Aquello es un diálogo desigual en el que sólo el cautivo escucha, recibe órdenes, amenazas, insultos: del otro lado no hay quien reciba sus súplicas.

¿Seguro?

Seguro, viejo. Seguro, Pa. Seguro. Chingo mi madre si me vuelvo a meter. De verdad, viejón.

A la escuadra se une un fusil. El cañón gris asoma en el cuadro del video sin dejar de moverse ni de apuntar. Frente al hombre sólo parecen estar los cañones, que no le quitan la mirilla de encima.

Pérate. Pérate, pendejo. Dos patadas. Una, otra y otra cachetada. Pérate, pendejo. Y el tipo no se mueve. No va a ningún lado. No espera más que ese funesto escupitajo de fuego. Ese manojo de

plomo. Ese rasgar del sonido y del viento. Esa muerte cortita, terminante y cercana.

Pérate. Le vuelve a gritar. Otra cachetada acompañada de su respectivo puntapié. Voltea. Voltea. Y el tipo no se mueve. No puede porque está sujeto a esos nudillos morenos que lo mantienen sometido. Abre los ojos. Abre los ojos, a la verga. Y los abre.

¿Cuál prefieres? ¿Cuál, pendejo?

Uno de ellos corta el cartucho del cuerno de chivo. Crac-crac. Cuál quieres para que te lleve la chingada.

Apenas abre los ojos, pero no quiere ver. No de tan cerca, no tan rápido. Y parece decir: déjame ir, respirar, vivir un poco más. Las venas de la frente se asoman bajo la piel. Sobresaltan la epidermis. Quieren emerger, reventar.

Un mapa de venas saltadas se le forma. Los ojos también se le saltan. Quieren brincar. Hay humedad en sus cavidades. Es la eternidad certera de la muerte y lo efímero del respiro vital.

Otra cachetada. Está rojo, azul, verde, gris el rostro.

Ya ciérralos. Ciérralos, pendejo. Y no sólo los cierra: quiere girar la cabeza, no ver más, no tener de frente los túneles oscuros de ambas armas.

Ya no abras los ojos. Fíjate bien en qué terreno te metiste. Fíjate bien porque a la otra te mato, a la verga.

Sí, sí. Está bien, viejón. Ya no me voy a meter, ya no. Ya no me voy a acercar.

Fíjate bien porque no va a haber otra. Y no abras los ojos.

Corte.

Son treintaicinco segundos de un video. Lo trae Juanito en su celular. Lo trae y lo presume. Dice que son sus amigos. Que al bato lo dejaron ir, pero que lo trae para enseñarlo, para repartirlo. Que sepa la raza quién es él. Con quién se meten.

CIBERNAUTA

Era una chole con las computadoras: cuestión de que tuviera una enfrente y la devoraba como su platillo favorito, postre y coyotito. El Jáquer, le decían, por sus constantes hazañas como cibernauta.
Ese naufragio navegante, placentero y edificante era su forma de vida y su vida misma: los caminos, las rutas de internet, en las que de todo hay.

Ahí encontró sectas secretas. Las redes de traficantes de féminas. Y violó las páginas virtuales que se le pusieron enfrente; todas, incluidas las de la policía federal y el gobierno del Estado.

Era un briago de las computadoras. Pero también un haragán sin causa, un merolico de sus fechorías y travesuras cometidas frente a los teclados y las pantallas.

Esa vez halló una conversación en un salón de chat. Entró y participó con un seudónimo. Pero él no debía estar ahí. Los participantes eran narcos y sabían de las movidas de mercancía, los casos recientes de ajustes de cuentas: todo sobre los sótanos de la droga.

No le preocupó participar. Tampoco lo pelaron. Dieron datos, nombres. Su valemadrismo y esa soberbia que da el conocimiento lo mantuvieron en ese lugar durante varios minutos.

Y en cuanto abandonó ese juego osado de las computadoras interconectadas y los diálogos prohibidos se levantó del lugar y comenzó a platicar su osadía. Presumido e indiscreto, esparció por todos lados lo que había visto esa tarde en la red.

Se lo dijo a los vecinos con los que compartía esa sed atroz por las computadoras que nunca se saciaba. Hizo lo mismo con los compañeros de escuela. Sus amigos recibieron también su reporte. Parientes, conocidos y desconocidos.

Lo esparció tanto que no supo de dónde le llegó la respuesta. Tal vez otro jáquer tan osado y ágil como él le siguió la pista. Quizá se lo habían encargado aquellos que habían sido espiados: hay que dar

con él, habría sido la orden.

O puede que hayan sido sus ansias de ufanarse públicamente sobre lo que había encontrado en la red y que no debía decir. No todo. Y menos eso de los traficantes.

Cuando llegaron a su casa ya estaba sentenciado. Lo sacaron a empujones y patadas. Le preguntaban sin parar qué tanto sabía y qué tanto de eso había divulgado por toda la ciudad.

Les dijo todo y más. Las preguntas pararon, pero no los golpes ni las patadas. Siguieron como si estuvieran entrenando. Ya había fracturas y cortadas. Los hilillos de sangre se volvieron mapas, océanos, en su cara. Quedó inconsciente en el umbral de su casa. Le echaron agua para que reviviera. No querían que les aguara el festín aquel. Uno de los sicarios sacó un arma: mira, cabrón, pa que veas con quién te metiste. Y le sobaba la sien con el cañón de la nueve milímetros.

Pero él no veía nada. Tenía a la muerte cerquita. La tenía a distancia de abeja, sonriéndole, invitándolo. Parpadeaba apenas. Silenció sus labios. Masculló algo.

Los paró su ángel de la guarda. La abuelita soltó gritos y llanto cuando lo vio ahí, derruido y en los linderos de la muerte. Abrazó con fuerza la pierna del que empuñaba el arma. Le imploró sin muchas palabras: no lo mate, por favor, por su mamacita.

Le dijo que era su niño. Lo único que tenía. No lo volverá a hacer. Perdónelo por favor, le gritó, abriendo sus brazos y extendiéndolos en oración.

El matón agarró la pistola. Hizo un clic y la guardó. Ella se agachó a arroparlo con su cuerpo. Y cuando levantó la mirada ya no estaban ahí. El Jáquer sí, pero muerto en vida.

TÚ NO SABES

Apenas siete años. Uno lo ve de cerca o de lejos y piensa que es inofensivo. Siempre anda bien vestido. No le hacen falta los cintos piteados ni las botas de piel exótica. No. Bastan sus bolsillos y esa firmeza al hablar.

Buscapleitos. No es bueno para los chingazos, pero se defiende y no deja de buscarlos. Es una suerte de masoquismo altanero: ese que dan las bolsas repletas del pantalón y el ejemplo que representa su padre, de poder y dinero.

Su familia huyó cuando llegaron los cateos. Un pitazo y salieron antes. Apenas tuvieron tiempo para hacer maletas, guardar los documentos comprometedores y algo de ropa. No importaba el destino ni la forma, salir de ahí era impostergable.

Los minutos siguientes lo dijeron todo. Los militares llegaron por docenas. Con ellos iban agentes de la Federal Preventiva y un ministerio público. No hubo a quién mostrarle la orden de cateo. Se metieron y esculcaron.

Sacaron cajas de papeles y otros objetos. Mientras, hombres de verde olivo secuestraron toda una manzana del fraccionamiento. Los fusiles ge-tres empuñados. Otro cerco formaron los de gris, de la Federal Preventiva.

Los militares iban tras él y sus negocios, pero les ganó el jalón. Los cateos se repitieron en otros puntos de la ciudad. Exjefes policiacos vinculados con el narco, gatilleros y operadores de los cárteles eran el objetivo.

Pero fue una calentura otoñal. Tres semanas y de nuevo para atrás. Los soldados se fueron y apenas iban a la vuelta de la esquina cuando los que habían sido buscados regresaban a sus casas. Borrón y cuenta nueva.

Lo mismo hicieron ellos. A las semanas, cuando ya no había rastros de más militares ni más cateos ni operativos espectaculares, ocuparon de nuevo su residencia en ese fraccionamiento privado y

exclusivo.

Y el niño aquel volvió a las andadas. A dejar florecer en sus bolsillos los dólares, que asomaban abultados y se multiplicaban. A comprarle todo a la señora de la tienda: dulces, globos, pan, chimichangas, jugos y refrescos.

Presumido y envidioso. Si no lo tenía lo compraba. Si no lo compraba lo arrebataba. Acostumbrado a usar sus billetes, también adquirió amigos. Varias veces se lió a golpes con los menores y los de su camada. Invariablemente perdió.

Pero los colmaba con su sentencia, la favorita: tú no sabes de quién soy hijo. Así la bola se dispersaba. Y si alguien quería pagarle sus abusos con la misma moneda, entonces se alejaba.

Es hijo de fulano. Tienen mucho dinero. Son buchones, narcos. Por qué crees que siempre trae dólares y lo compra todo. Por qué crees que es tan presumido. Y entonces ya ni se metían.

Los guardias del fraccionamiento ya no podían con él. Hasta a acusarlo con sus padres le sacaban. No tenían gratos antecedentes. Por eso el niño podía pasearse en su tricimoto en zumba por las calles de la privada y cometer tropelías impunemente.

Presionados por los vecinos y hartos de tanto influyentismo, los vigilantes se le acercaban, casi a escondidas, para decirle en voz baja, para pedirle de favor que se calmara.

Y así, a sus siete años. Con esa frialdad en la mirada. Y la voz que sonaba con esa seguridad que se impone. Y con esos bolsillos rebosantes de billetes verdes les contestaba, amenazante:

Tú no sabes de quién soy hijo. No sabes quién es mi padre.

FASCINACIÓN POR JAVIER

A sus doce años tenía una admiración desmesurada por Javier. Casi casi le prendía veladoras a la fotografía del narco aquel: bigotón, tejana cubriéndole el pelo oscuro, sonrisa bonachona y esos collares de oro en el centro de la camisa desabrochada.
Era algo más que su ídolo. Él ni en la secundaria estaba aún, pero ya traía celular. Ya se ponía esos pantalones de mezclilla de marca que le había pedido a su papá. Esas botas amarillas con acné. Y el celular con pantalla colgando del cinto.

Sentía que no era él, sino Javier, el que caminaba por esa acera, rumbo a su casa. Que el que cargaba los libros de sexto grado era el objeto de su fascinación. Que era ese tal Javier, y no José Ángel, el que se recargaba en el barandal para admirar a las morras del aula contigua.

Se imaginaba alto frente al espejo. Alto y con bigote poblado. Con ese sombrero color crema. Esa mirada profunda y seductora. Veía de su bolso los billetes verdes desbordarse.

Se imaginaba mandando. También escogiendo muchachas para su diversión. Pasaban las camionetas y él no era quien miraba, sino el que iba conduciendo con el codo del brazo derecho recargado en el marco de la puerta, y siempre sonriente.

Se imaginaba con esa pistola de cachas de oro y empuñando el cuerno. Metiendo el cargador para estrenar su tableteo en cualquier camino de terracería. Y también rodeado de guaruras, no menos de seis.

Y hablaba de Javier como si lo conociera y tuviera trato con él. Nombre, es un bato chingón. Javier sí es bueno y ayuda a la raza. Javier esto y otro: tiene mucha lana, es buena onda, reparte entre los que necesitan, es un bato sencillo.

Por eso se enojaba cuando hablaban mal de él, como si fuera un narco malo, como si anduviera por ahí envenenando personas, como si matara gente y policías. No creía nada de eso. Algunas

veces se molestaba y guardaba silencio, otras sumaba enemistades a su no corta lista.

No puso su nombre en la identificación del chat: lo cambió por el de Javier Torres, pero dejó ahí su foto: esa cara de morro de primaria, esa ausencia de las huellas que deja la adolescencia, esa mirada limpia y sin deudas.

Pero pronto realizó de nuevo modificaciones. En lugar de su foto colocó la de una pistola nueve milímetros, Colt, toda de oro.

Agregó a este culto las canciones. Aquel corrido que le compuso Chalino y todas sus versiones, interpretadas por otros grupos de música norteña. La tambora y los gruperos que seducen y se dejan seducir por el mercado de los capos. Y por la lana.

Aprendió esas canciones y las colocó como una fotografía en una parte de su cerebro. Cantaba como si tuviera un micrófono enfrente y el respectivo público admirándolo. Ya no era él ni Javier, era un tercero que acercaba a ambos, o quizá no era nadie. Era el saldo de esa admiración.

Se le desfiguró la cara y su vida se averió el día que leyó en los periódicos la nota sobre la detención de Javier. Repartió mentadas al gobierno, los militares, los periodistas y detractores.

Al día siguiente encontró de nuevo el camino hacia la fascinación por el diablo. En el chat, con un nombre diferente, escribió junto con otros seducidos: Javier es un chingón, el gobierno debe soltarlo, que viva Javier y mueran los guachos.

VIDEO ESCOLAR

Mira, mira. Ven, acércate. Vamos a ver un video divertido. Vamos a agarrar cura.
Los niños hicieron bola en uno de los pasillos de la escuela. Hora de recreo.

El griterío rebosando en los patios. Patios desnudos de zacate y tapizados de tierra muerta. La polvareda nace en los pies y en sus pisadas, en ese balón que rueda en la rudimentaria cancha de futbol. Hay una niña sentada en una de las bancas de concreto.

En cuanto sonó el timbre que anunció el inicio de la media hora de recreo empezó la corredera: los morros saltaron de sus pupitres, brincaron hasta la puerta, levantaron los brazos y no aventaron libros ni libretas porque la maestra estaba cerca.

La diversión se repartió entre las canchas y los amplios páramos que hacen las veces de jardines. Unos jugaban el partido de beisbol que dejaron a medias desde el recreo del día anterior. Otros sólo pateaban una pelota, arbitrarios y demenciales, a poca distancia de la portería.

Y ellos ahí. Jalados por las imágenes. Por la novedad del teléfono que puede grabar y reproducir video. Que toma fotos. Que repite imágenes claras, de buena calidad, nítidas y vivas.

Hicieron un remolino que luego se hizo tromba sin lluvia. Hicieron viento al acercarse, empujándose y tallando sus cuerpos con los de otros. Respirando aires ajenos. Respirando con los poros del otro, tan cercanos, tan juntos, tan ellos. Tornado infantil.

Tan juntos que parecían uno solo. Como una mazorca. Construyeron, destruyeron y alimentaron esa bola: salían y entraban, viejos y nuevos, asustados, enrojecidos, curiosos, aterrados y traviesos, frente a la pantalla del teléfono.

Vean, miren, qué cotorreo, es un video divertido, decía como un rezo alegre uno de ellos. Primero los invitó: les dijo vamos a agarrar cura. Luego fue uno de los que se retiró con las alas caídas, como

lloroso, y los cachetes rojizos, hinchados.

Miraaa. Eee loco. Chale. Qué mala onda. Sss.

La bola nacía y moría. Entre empujones y expresiones de azoro y sorpresa; asidos, entrelazados, la colectividad de ese montoncito fue efímera. Pero así como fenecía, renacía: salían y entraban niños del salón, y luego de otros salones, y de otros grados.

Fue a la vuelta de la casa, en un fraccionamiento. ¿Dónde? preguntó uno. Nadie contestó. Y luego la voz del portador y dueño del teléfono: fue a la vuelta de la casa, en la calle de atrás, hace poco. ¿Cuándo? De nuevo el silencio.

Un dónde es en cualquier lugar. Un cuándo es siempre. Así es Culiacán. Así es, pero ellos no lo saben. Y si lo saben, no lo dicen: lo sienten.

En el video, tres hombres le daban golpes a otro. Golpes con los puños. También le daban patadas. Una vez derribado, lo azotaron de nuevo. «Órale, hijo de la chingada, ¿no que muy cabrón?», nomás se oía por las minúsculas bocinas del aparatito.

Cosa de segundos. Segundos que son primeros. Segundos que son últimos, sobre todo cuando está de por medio una vida.

El video avanzaba. Las imágenes eran claras, nítidas, como esos trozos de vida.

Los agresores dejan de golpear al que estaba en el suelo. Parecía inconsciente. Sacan rifles y pistolas.

Le disparan así, de cerquita. Le disparan y le siguen gritando: tu chingada madre, ahora sí ya te llevó. Sin dejar de disparar.

El hombre parece brincar. Baila inerte, involuntariamente. Se queda en el suelo y parece aflojar el cuerpo. No se le ve la cara. Sólo manchas rojas, afluentes que nacen de los orificios de bala.

Los de las armas festejan. Los niños pierden el habla. La bola se desmorona.

A TODA MADRE

Desde que estaba en la secundaria, su madre lo andaba persiguiendo: lo sacaba del grupo de jóvenes que se la pasaban fumando y que desde la tarde iniciaban el ritual de empinar el codo y secar botes y botellas; lo arreaba para que se pusiera a estudiar y mejorara calificaciones, le ponía tareas domésticas para que no anduviera de chile bola en la calle.

Años después, esos que fumaron Raleigh apretaban entre sus dedos cigarros de yerba seca y ponían música de Eicí Dicí. El olor a yerba quemada vencía el aire y se metía en los patios de las casas, en recámaras, en la escuela primaria y las canchas de basquetbol. De ahí también lo sacó esa madre que lo vaquereaba. Fue por él y no le dijo una palabra. Lo tomó del brazo y lo jaló, y casi a rastras lo llevó hasta la sala de la casa y lo sentó en el sillón. Ahí, en cortito, le puso una buena regañada.

Ponte a estudiar, ponte a trabajar; agarra la onda, Betito, le decía esa madre de treintaitantos que parecía de veinticinco. Abnegada, con licenciatura y posgrado, ama de casa y catedrática universitaria. Supo ser profesional en sus labores, pero más madre en el hogar.

Betito, renegando, pegándole talonazos al piso, pateando el sillón y la flaca mesita de madera, dándole puñetazos a la puerta. Eres bien berrinchudo, así deberías ser para sacar las tareas y mejorar en la escuela: más te vale que le bajes dos rayitas, le advirtió su madre. Pero no las bajó: le llegó con una pistola que ella rápido detectó. Frente a él tomó la escuadra y en cuatro minutos la desarmó y metió al bote de la basura. Luego la tiró.

Betito con la boca abierta. Su madre sabía de armas o qué. A los días él llegó y ella le encontró una bolsa con polvo blanco. Sin que él se diera cuenta, la escondió. Al día siguiente, Betito buscaba desesperado. Se tiró al suelo y se puso a llorar. Mamá, si no la entrego me van a matar. Vale mucho dinero. Ella habló, le advirtió

de las consecuencias. Al final se la dio a cambio de que prometiera salirse de ese ambiente.

Un día el jefe le llamó. Mande patrón. Hoy nos toca aguinaldo, vamos a ver al mero viejón. Subieron a una camioneta todos los de la clica y el jefe los miró uno a uno. Vamos sin armas, les dijo. Sorpresivamente, le pidió a Betito que se bajara. ¿Por qué? Tu mamá siempre te busca, morro. Nos vemos luego. Él maldijo a su madre, chilló y pataleó.

Tenía dos días sin ir a su casa, y ahora menos. Se fue con sus amigos y se perdió en los orificios de las botellas: se prendió de una y otra y otra. Llegó a su casa y su madre lo besó y le dejó las babas en los cachetes y la frente. Apretujados ahí en la sala ambos se enteraron que a todos los de la camioneta los habían encontrado esa mañana decapitados. Él se salió de la clica y volvió a la escuela. Ella lo sigue arreando.

JÓVENES PISTOLEROS

ACHICHINCLES

De una, pasaron de la gloria a la escoria. Ese día, lunes, la opulencia pasó de largo y se posó sobre ellos una suerte de pobreza y orfandad: el jefe, capo de moda y operador en la zona, había sido detenido por los militares.
Y ahora qué. Qué hondas, qué hacemos. Qué.

Eran chavos de prepa. Morros que no llegaban ni a los veinte. Batos entrones, atrabancados, estridentes. Mequetrefes de los lujos, de las prendas costosas, del calzado y los vehículos, del andar, las morras y los paseos de lucimiento por las calles de la selva de chapopote.

Ahí, montados en los bemedobleú, las cheyén, las jámer y los minicúper, eran otros, se transformaban. Eran ellos y eran otros: porque encima de esos monstruos de cartera, plástico, luces, velocidad y colores ellos eran todopoderosos, intocables, elevados.

Esos morros son chingones, son perros. Son batos pesadillos, gente de fulano, del jefe. Tienen mucho o hacen como que tienen. Por eso no pelan, no saludan ni voltean.

José apenas era un vendedor. Un promotor. Un empleado de la Comercial Mexicana que no pasaba de ser dueño de su pasillo, de los estantes de los lados, de acomodar ciertos productos, las latas, los paquetes, y pegar las etiquetas de los precios. Y nada más.

Y él era menos que ellos. Era, para ellos, nada, nadie. No volteaban ni a verlo. Mucho menos lo saludaban. Y cómo, si ellos iban montados en las camionetas de lujo, vestidos con ropa cara, al volante, volando. Y él en su bicicleta de montaña. Eso sí, cromada.

Con esas camisas Versace y Pavi iban ellos. Las botas de avestruz, los cintos piteados. Y ese andar, venteando con las piernas y los brazos, llamando la atención, jalando los reflectores.

Y esas cangureras. Aquí traigo con qué, cabrones, decían. Pero era pose, parte del blof, para que pareciera que andaban armados. El caso era traer esas bolsitas, de cuero o de vinil, colgando en la

parte frontal de la cintura, o a un lado. Abultadas y nutridas.

Siempre con las morras. Siempre en bola, tres, cuatro, cinco. Con la música, abusando de los decibeles, castigando invariablemente los tímpanos de vecinos y transeúntes. Haciéndose notar: ésa era la consigna. Y las morras emperifolladas: con todos sus brillos, todas sus prendas, las uñas como armas punzocortantes, macabras y adorables, con los pantalones untados y los escotes eternos, temblorosos y saltarines.

Ellas siempre frescas, como recién bañadas. Moteleras y ensabanables, argüenderas y gritonas. Herederas de esa estridencia, de ese espíritu mequetrefe de sicarios, achichincles, émulos, narcos y buchones.

Pero ahora estaban huérfanos. Huérfanos ellos, los batos pesados, de su jefe, el narco de moda; huérfanas ellas de ellos, de sus caprichos, gastos y paseos, de reflectores y aparadores.

Andaban de duelo. De alguna manera estaban humanizados, pisando la tierra, la banqueta, el asfalto. Los bochos en que andaban, los taxis, el nisán blanco, los habían devuelto a lo terrenal, entre los mortales.

Y ahora sí saludaban a José. Voltearon a verlo y uno de ellos le dijo qué onda loco. Otro hasta amigo le llamó.

Venían de una de las casas de seguridad de su exjefe preso. Habían ido a ejercer la rapiña. José los escuchó decir que buscaban las camisas Platiní, pero que otro más gandalla se les había adelantado. Uno de ellos contó que apenas alcanzó una bota de piel de avestruz. La otra se la llevó otro cabrón, otro achichincle. Aunque sea de recuerdo. Y José permaneció en silencio, desconcertado, sin bajarse de su cromada bicicleta tipo montaña.

TARDE MACABRA

Tenía el ojo en la mira telescópica y disparó hacia la silueta: todo lo que se movía merecía que jalara al gatillo, y así lo hizo, sin separar el ojo, sin divorciar el dedo del resto de la estructura del arma.
Así inició el tableteo. Ráfagas que dejaban huellas en las paredes del edificio. Fachadas de negocios mancilladas por las balas. Cristales reventados y esparcidos por miles. Ruido ensordecedor y mortal.

Ta-ta-ta-ta-ta. Veinte, treinta sicarios se repartían, corrían por el estacionamiento. Otros, parapetados, bailaban la danza de los cuernos de chivo: movían el fusil automático de lado a lado, de arriba abajo, sin dejar de disparar.

No dejaban ir a la cheroqui ni a la lobo extralarga. No podían fallar. Ahí, tirados en el asfalto y escondidos tras los árboles y vehículos, se propusieron coser a tiros la lámina de las camionetas.

Los vigilantes del estacionamiento corrieron. Los que habían ido al cine con hijos y esposa gritaron y apuraron aterrados sus pasos. Otros, muchos, se tiraron al suelo. Las trabajadoras del restaurante se escondieron detrás del mostrador.

Llantos. Siluetas que latían a mil por hora. Gente rezando, acurrucados, acuclillados, temblorosos. Gerentes tratando de calmar los ánimos. El tableteo arreciaba afuera y ellos se esmeraban en llamar a la calma. Torpes, repartían envases de agua y refrescos.

Las cortinas de acero fueron bajadas. Puestos los candados. Qué corte de caja ni qué nada. No hubo cuentas ni quien las pagara. Tampoco quien las reclamara.

De repente la actividad comercial en esos locales se volvió caótica y huracanada: sin comandas, ni facturas, ni tallas, ni etiquetas, ni buenas tardes, qué desea, en un momento la atiendo, en qué le puedo servir.

Había que correr más que los matones. Más rápido que las balas. No en sentido contrario, sino a los lados. Tirarse al suelo, pegarse a

la pared y aferrarse al cuarto del baño: como esos siete, nueve, diez que compartieron miedo y sudor en ese rincón.

Fueron diez, quince minutos de tableteo. Media vida, una calentura, una meada que no llega al sanitario. Adrenalina diáfana entre tantos corazones angustiados, ojos saltando, fosas nasales insuficientes y pasos apurados.

Culichis que estaban en el lugar adecuado y a la hora debida, pero con un reloj y unas manecillas diferentes a las de los sicarios y víctimas. Pero aquí se vive siempre en el lugar equivocado, pues por aquí van siempre las balas.

Era el caso de aquella maestra que murió a las puertas de su casa. Una bala la atravesó, pero no fue disparada en su contra. O el de la joven que trabajaba en los locales de Soriana: los proyectiles no debían acabarla.

Y esos cientos, miles, ahí, atrapados en la historia y el pavor. Y se apagó el tableteo. Duró tanto que se quedó con ellos. Al final, cuando no había sonido de metralla más que en sus cabezas, juntaron sus temores y tiraron los latidos apurados.

Tomaron a sus hijos de la mano. Se incorporaron. Contaron a los suyos, recuperados ya. Y de paso, llevaron a los niños a ver los cuerpos inertes, los orificios en las paredes, las sábanas cubriendo el cuerpo de uno que antes estuvo vivo.

Y el joven ahí, en medio de la sala de aquel local. Era un negocio de maquinitas. El local estaba solo: nadie frente a las pantallas, ni dedos en los controles ni empleados. Y él ahí, inmutable. Estupefacto, hipnotizado. Autista. Seguía derribando enemigos en aquel juego de video.

Igual que afuera. Pero aquellos eran de carne y hueso. Y plomo.

EL GRUPO DE LOS SIETE

Después de aquella última llamada el teléfono se había quedado mudo. No sonaba. La voz se oyó fuerte, como un golpe de martillo en la cabeza de acero de un clavo: cuídate cabrón, porque en donde te encontremos te vamos a matar.
Eran seis sus amigos. Todos de su camada. Los seis estaban muertos y sólo quedaba él en la lista negra. Empezó a sudar helado. No supo qué hacer. Hasta que se lo contó a su padre.

Los muchachos vieron algo. Tal vez se metieron con alguien pesado. O quizá con alguna mujer de narcos. O en algún pleito callejero. Quién sabe. El caso es que fueron los siete, o al menos la mayoría de ellos: por eso fueron contra todos.

Él era el menor de la familia. Un joven tranquilo, de buenas calificaciones. Sus amigos no eran una banda de yúniors ni vándalos. Se juntaban para pistear y asistir a fiestas. Escuchaban música y se iban al mar, a dar la vuelta.

Pero no andaban de desmadrosos. Sí, de vez en cuando, algún ligue. Y los pleitos efímeros que nunca faltan, de esos que se apagan tan pronto como se encienden, que se quedan ahí, para ser recordados como algo chusco, nomás.

La bronca, que no se sabe cómo inició, es que empezaron a matarlos a todos. Uno por uno y hasta de a dos. Así fue con el Charli y el Sebas. Todo porque andaban juntos esa tarde, por casualidad.

Por lo menos él tuvo la suerte de recibir esa amenaza. No supo de qué se trataba, pero sí que tenía que hacer algo. Huir, esconderse, buscar protección, contárselo a su papá. Empezó por esto último.

Se movió con algunos amigos, gente de la policía. De esos que andan de uniforme, dizque investigando, pero que tienen contactos con la maña, o más bien que trabajan para ellos a cambio de una buena lana.

El policía les contó que era una bronca gruesa. Sin salida. De todos modos lo van a matar. Les aconsejo que si pueden lo saquen de aquí, a la sorda. La otra es esperar, a ver si se enfría; pero no creo.

Lo sacaron y fue toda una proeza: de madrugada, saltó hasta la casa de atrás y de ahí se metió en la cajuela de un carro, después a toda prisa con destino a Guadalajara. Allá estuvo tres días.

Dos hoteles y la casa de un pariente lejano fueron mucho movimiento para tres noches. Y de nuevo la madrugada lo vio partir rumbo a Colima.

Sus parientes lo esperaron en una casa. Ya lo sabían, y hasta dieron pasos en busca de una solución. Eran parientes narcos, y de los encumbrados. Tuvieron una reunión con otro grupo, los que querían matarlo.

Uno de los jefes, pariente del joven, les advirtió: no queremos broncas y lo mejor es que ahí la dejen. El muchacho no tiene pedos, pero si aun así quieren darle para adelante, pues nomás digan y nos matamos todos.

Entonces recularon. Ahí muere pues; nada más una cosa: si se aparece por allá, si tan sólo pisa el terreno, le damos pa bajo.

Asintieron. Lo sacaron de ahí. Más allá de la frontera: esa ciudad estadunidense los albergó a él, a su esposa y a sus dos hijas.

Cada año o más vuelve a su ciudad, a su casa. Nadie avisa que viene. Nadie va a recibirlo. Se aloja en casa de sus padres. Va y viene con la familia, pero sólo a ver a hermanos y a la abuela. O se queda encerrado.

De vez en vez voltea a ver el teléfono. Sigue mudo para él. Ninguna llamada. Es como si no existiera en la ciudad, como si no estuviera. El teléfono enmudece. Y él se queda sordo y mudo también. Cada que viene.

CARRILLA MORTAL

Si vas a Culiacán no voltees. No veas a la gente de otros carros. No grites ni reclames. No pites. No cambies de luces. No manejes en chinga ni andes rebasando. Y si voltean a reclamarte y te cambian las luces y te gritan y te pitan y te pasan en chinga por un lado, rebasándote, no los peles.
Se lo dijo claramente: si vas a Culiacán, y no se te olvide.

Venía de Veracruz: tierra cándida, habitantes jacarandosos. La arena de mar es cómplice y concupiscente, y el mar es un alcahuete, un pararrayos, una terapia.

Pero estaba en Culiacán. No es tierra caliente: es gente caliente, y cruceros y banquetas, y plazuelas y cafés y cantinas y oficinas. Culiacán ardiente y no siempre cálida. La ciudad, el chapopote, los semáforos en rojo y los relojes: todo está caliente.

La gente anda de mal humor. Apurada. Las camionetas, esas grandotas, monstruosidades que todo lo minimizan, son las que mandan. Ellos, sus conductores, tienen permiso para pasarse los altos sin ser infraccionados ni perseguidos.

Ellos, los narcos, los dueños. Y con ellos esa fauna consustancial: los pistoleros, los que venden droga y los que la cobran, los que la siembran y la bajan al valle y luego la llevan a la costa, los ayudantes, los mandaderos, los mitoteros, aprontados y émulos.

Cualquiera, cualquiera: cualquiera de ellos puede matarte. Y no pasará nada.

Todo eso se lo dijo: aquí es tu tierra, tienes tus amigos, tus rincones, la familia. Allá no hay nada. La universidad tiene casas de estudiante y ahí vive gente de Chiapas, Oaxaca, Sonora, Nayarit y Guerrero; raza jodida que viene de otras partes del país. Pero Culiacán es otra cosa. La gente está pesada allá. Tú no digas nada. No te metas con nadie. Estudia, estudia. Saca las tareas, los trabajos y termina la carrera. Puedes hacer amigos, tener novia, sí, pero de lejos, guardando siempre las distancias.

No te pelees en la calle. No uses el claxon. No voltees a ver al que viene en el otro carril. No le hagas señas. Ni siquiera pretendas entablar conversación. Tú, a lo tuyo. No pases de ahí.

Asintió a todo. Y rápido se dio cuenta del ritmo de vida, de la selva que se respira en las calles culichis y de la tensión, de esa amenaza acechante, de esa violencia que transpiran las miradas, de ese andar y esa forma de conducir los automóviles.

Mi tío tiene razón, ya sabe cómo andan las cosas.

Y por un tiempo no miró ni volteó ni reclamó ni pitó ni rebasó ni anduvo en chinga. Pero fue poco tiempo.

Se dejó envolver por las cantinas del arrabal, que están cerca del centro de la ciudad: teiboleras presumiendo sus cesáreas verticales, puchadores, matones baratos, asaltantes, meseras cómplices atisbando billeteras.

Y él infaltable en esa mesa. La mesa de siempre, el lugar habitual, la bebida eterna sin eternidad.

El Ambriz lo conocía. Ambos habían llegado a saludarse. Transitaron de los comentarios banales a los gritos. Y llegó la carrilla entre ellos sobre las formas de vestir, de hablar, de andar. Burla constante y recíproca. Convivencia entre las mesas de la cantina.

Uno le gritaba al otro ahí va tu novio, ahora vienes con mayate.

La carrilla imperante y peligrosa. Las agresiones verbales. Hasta ese día. El Ambriz tenía tres calacas en su lista. Esta vez no andaba de humor y se lo advirtió: párale bato, no tengo ganas, ando encabronado. Pero él le siguió y el Ambriz no aguantó mucho.

Se levantó, sacó una escuadra de entre sus ropas y le gritó de cerca te dije que no me dieras carrilla. Y le dio un tiro en la cabeza.

No voltees ni reclames ni grites ni te pelees…, la voz de su tío, la voz suya y el recuerdo, muriéndose, los tres, con él.

POR UNA MUJER

Todo lo grande le gustaba. Por eso no iba a la capilla de Malverde. Prefería el templo de La Lomita. Y por la misma razón escogió a Gladis, que era mayor que él siete años, y ese carro que por fin se iba a comprar.

A sus dieciocho se sentía un hombrón: se crecía cuando le decían Riqui Martin por su parecido con el cantante, que no era de su agrado, pero sí la comparación y la implícita ratificación de su atractivo visual.

Hombre realizado. Billetes en el banco y en los bolsillos, una novia que decía que lo amaba y le pedía que no la cambiara por otra, y ese carro del año que ya se había comprado con los jales que se había aventado. Qué chingón soy, se repetía.

No dejaba de agradecerle a su novia que lo hubiera metido en el negocio y que le hubiera presentado a su tío. Dejó la prepa y sintió el miedo de verse detenido por los federales o los soldados en medio de la carretera, pero no se rajó.

Varios meses de trabajo. Estaba acostumbrándose a la adrenalina, que no sólo no lo dejaba en paz sino que iba en aumento, y a los billetes que incrementaban su cuenta bancaria.

No olvidaba aquella expresión. Le taladraba la cabeza y le permitía ahondar la respiración: tú no te preocupes, nada te va a pasar, y si así fuera nosotros te vamos a cuidar.

Y a la primera oportunidad todo se vino abajo. El federal de caminos le hizo señas al tío de su novia, que era el conductor del tráiler. Primero su corazón saltó con fuerza, luego sintió correr una gota de sudor por su frente.

Se calmó pronto. Recordó que él personalmente había revisado que bajaran la mercancía en la frontera. Habían sido tres mil kilos de mariguana, de ellos nada quedó en la caja.

Detrás del federal venía un camión lleno de guachos. Y eso le soltó otros hilos de sudor.

Eran cien kilos. Estaba oculta en donde va la llanta extra. Cuando lo esposaban junto al chofer se dio ánimos: es una pendejada, pronto pasará; ellos dijeron que me iban a cuidar, a ayudar, que no me dejarían solo.

Estaba fuera del estado. A doscientos kilómetros de tu casa la vida es más pesada, y si estás en la cárcel es peor que el infierno. Diez años le dio el juez por transportar droga. El tío de su novia salió pronto. Nunca entendió por qué.

Supo de Gladis cuando le llegó el rumor de que estaba embarazada. Habían pasado un par de años. Que el tipo con el que había andado había vuelto por ella, que con él se iría quién sabe a dónde.

Pero ella nunca fue a visitarlo. Tampoco supo del fin que tuvieron sus ahorros: los billetes, el carro, ella y lo chingón que se sentía tenerlo todo se fueron con su encierro.

De veintisiete volvió a su casa. Regresó a la prepa, en un intento por rehacer su vida, que ahora le parecía chiquita y endeble. Tras diez años y con esa amargura que dan los barrotes no quedó nada en él que hiciera que lo llamaran Riqui Martin. Ni siquiera Cristian Castro.

Todo en su barrio era igual, menos él. No eran esos años en la cárcel: era la soledad, el abandono y la nostalgia. Le llegaba ese rostro y las promesas de que no amaría a nadie más. Esa mujer que lo había convertido en un hombre ya no estaba.

Ahora su vida pendía de ese salario mínimo y de la prepa. La esperanza de una vida mejor se empequeñeció junto con todo lo demás. Ya nada era grande en sus días, sólo Gladis y ese terco recuerdo. Grande.

EL RELOJ

Para Martín Amaral: que no
te ganen toques ni piquetes.

Era un reloj muy caro. Sumamente caro. Lo traía en la muñeca izquierda y lo tallaba como queriendo sacarle brillo. Lo empañaba con su aliento y lo restregaba con la manga de la camisa musitando que ése era el reloj que le había regalado su papá.

Así caminó, con ese reloj pesado, frente a la secundaria. Iba a su salón, pero un joven lo interceptó. No iba solo: cuatro o cinco más lo acompañaban. Le sacaron navajas y a pesar de resistirse lo despojaron del reloj.

Él era tranquilo y callado. Las buenas calificaciones no eran su fuerte, pero sí la ecuanimidad con que se desenvolvía y la ausencia de problemas con sus compañeros.

Dio aviso del asalto a las autoridades de la escuela y éstas les avisaron a sus padres. Luego descubrieron que el asaltante y sus cómplices eran estudiantes del plantel, pero del turno vespertino.

Eran los mismos que tenían en jaque a los secundarianos de primero y segundo grado: teléfonos celulares, relojes, pulseras, llaveros, cintos, anillos y cadenas de los del turno matutino eran el botín cotidiano de la pandilla.

Cuando llegaron los padres de la víctima el panorama cambió para todos. El papá era un comandante de la policía. Se decía que era un maldito, que trabajaba para narcos. Mandó a un grupo de investigadores a la escuela. Interrogatorios y pesquisas.

Emergieron otros jóvenes que también habían sufrido atropellos. Con los ministeriales frente a ellos y sabiendo que el padre de uno de sus compañeros era comandante, los otros se animaron: dieron nombres, domicilios y detalles sobre los ataques sufridos.

Aquello revolucionó el plantel. En un par de horas la escuela entera sabía lo que estaba pasando. Algunas casas de los atacantes ya habían sido visitadas, otras esculcadas y algunas más apenas

ubicadas por los agentes.

Eran unas investigaciones de a de veras. Qué impunidad ni qué nada. Vamos por esos cabrones, me vale madres que sean menores o que sean hijos de papi, me los voy a chingar.

Así dieron con el jefe de la banda. Llegaban ellos por la puerta de enfrente y él se les evadía brincando la barda trasera. Hablaron con los padres y les contaron todo. Al minuto llegó el comandante y se los dijo: si lo agarro primero, lo mato.

Quince minutos después apareció el reloj. Un poco raspado de la carátula, pero por lo demás enterito.

La voz de la amenaza ya había corrido por la escuela y por la colonia. Los asaltantes se refugiaron con sus padres y después con otros amigos y familiares. Saltando techos y bardas, burlaron el operativo. Si me agarran me matan. Y así fueron huyendo.

Con la aparición del reloj la tensión bajó de volumen. A ninguno habían atrapado. No hasta ese momento. Pero empezaron a regresar, como sacados de la chistera, las pulseras, los teléfonos celulares, los cintos y las billeteras, aunque vacías.

¿No que no?, repitieron festivos los alumnos. Pero nada fue suficiente para que todos regresaran a sus aulas en una mañana sin clases y no por eso infructuosa: los malos habían huido y el botín había regresado a sus dueños.

Los de la banda de asaltantes salieron despavoridos. Nadie más los volvió a ver por ahí. No se sabe si emigraron o si les cobraron la afrenta. Pero se habían dado cuenta que ése, efectivamente, era un reloj caro. Carísimo. Así les había costado a ellos.

DONCELLA

Eran sus preferidas: no más de veinte años y virginales. En el pueblo y las comunidades aledañas tenían conocimiento de sus gustos. Nadie se resistía. Al contrario, lo aprovechaban.
El señor era todo un don personificado: un rey Midas que con el uso de su miembro viril era capaz de convertir una vida de fracasos en casas, ranchos, dinero y ganado.

Y los hombres del lugar, padres y madres, estaban más que resignados. Vivían pensando que sus hijas podían ser candidatas a formar parte del harem de aquel poderoso traficante de drogas, aunque eso significara cierto sacrificio. Y la honra.

Pero también era la oportunidad de salir del fango: dejar de esperar las lluvias en esas tierras que dependían de Tláloc para ver crecer sus flacas plantas de maíz o los huesudos becerros.

Las mujeres del señor tenían casa grande en la ciudad, en la Chapule, Las Quintas o la Guadalupe. Uno o dos carros. Unas tierras de riego para sembrar hortalizas, frijol o maíz. Ganado de engorda y lechero. Un negocito por ahí.

Era asegurar el futuro de cualquier joven, y el de sus padres y hermanos: era salir de pobres para tenerlo todo.

Aunque primero se resistían a ver partir a su hija, a entregarla «nueva» a ese señor rico. Les dolía. Pero después les entraba la resignación, y destellos de ambición y codicia aparecían en la apagada mirada de los que podían ser elegidos.

Pero una cosa estaba segura en medio del páramo de sus vidas, y ésa era que entregar a una de sus hijas significaba sacarse la lotería, y sin cachito.

Ése era el destino de las muchachas del lugar. Los padres las cuidaban: nada de andar enseñando, nada de perderse, nada de coquetear y en ocasiones ni bailar. Nada de nada. Apenas respirar.

Y llegada la hora no se oponían ni ofrecían resistencia. Rara vez fue motivo de pleito o conflicto: era el destino y la forma de vida.

Era la única manera de acercarse al futuro promisorio y abundante. La otra era seguir así: en la sombra gorda de la incertidumbre.

Así creció ella, candidata de candidatas al trono de los brazos del señor del oro. Con esos cuidados y precauciones. Siempre en el seno de la familia y bajo la lupa del padre y la madre, y del hermano mayor.

Pero se fue a Estados Unidos. Vivió en Los Ángeles un par de años. Trabajó, hizo migas y conoció el mundo más allá de la orilla del arroyo.

Regresó a su tierra a los diecinueve. Con esa blusa rosa parecía un frondoso tabachín en mayo, de ramas y hojas juguetonas. Por eso fue señalada por el dedo divino del señor Midas.

Habló con sus padres. Cuál problema, ¡nombre!, ninguno; al contrario, con mucho gusto: llévesela. En el pueblo hubo fiesta. Tocó la banda y un conjunto norteño, hirvió la barbacoa y los frijoles puercos se repartieron.

Refrescos y cerveza engrosaron el arroyo y amarraron los bocados. El bailongo no se quedó atrás. El pueblo entero se echó por la ventana: había que festejar la partida de la joven.

Antes de medianoche la pareja apuró la despedida. Sin anunciarlo a la concurrencia y con frases cortas a los padres, avanzaron hacia la salida. El cortejo nupcial se perdió en la profundidad de la noche.

Ya de madrugada y con la fiesta briaga, a los padres los sorprendió el regreso. El señor estaba serio y traía a la hija de vuelta: su hija no es virgen. Ya está «usada», aquí se las dejo.

Les dio un fajo de billetes. Y se fue de ahí, llevándose el futuro de ella. De ellos.

EL PERFUME

Es un perfume marca jalston, profe. El profesor se sintió apenado. No estaba acostumbrado a recibir este tipo de regalos. ¿Sabes qué?, entonces yo te voy a dar otro regalo: voy a llevarte unos pescados. Así lo hizo a la semana siguiente. Fue su abuela, la del secundariano aquel, quien lo recibió gustosa. Y más cuando le explicó que él era el profesor aquel del que tanto le hablaba su nieto. El profe.

Todo esto por lo que ocurrió aquella mañana. Esa vez entró al salón y de inmediato percibió ese ambiente denso, de un respirar pesado y lento. A ver, ¿qué les pasa ahora? ¿Qué se traen? Nada, nada profe.

Cómo que nada, cabrones, díganme la neta. Los muchachos estaban acostumbrados a la forma de hablar del maestro, eso les permitió tratarlo al chile, como ellos mismos decían: les daba chance, aunque también les ponía sus buenas regañadas.

Caminó entre los pupitres, serpenteó entre las hileras mal acomodadas, volteó hacia las mochilas, hacia los compartimentos ubicados en la parte inferior de los asientos. Miró fijamente a varios de ellos. Había algo ahí, en el salón: una peste a miedo.

No era complicidad lo que se respiraba, tampoco la juguetona carrilla de la broma colectiva: en esas miradas se escondía, agazapada, una noticia que los tenía aterrorizados.

Su insistencia hizo que los jóvenes se rindieran. De una, como en un desfile militar, todos voltearon a ver al que estaba sentado en la parte de atrás, a solas, en la esquina.

¿Qué te traes, Pancho¿ ¿Me dices la neta o qué? Pancho se le quedó viendo y no dejó de marcar esa sonrisa traviesa, picarona, de diablo de pastorela: se desabotonó esa chamarra larga y guanga y poco a poco fue descubriendo el aparato: un fusil a-errequince.

Con esa seriedad condescendiente lo regresó: te me vas al carro; llévalo a tu casa o a donde quieres y te regresas a clases, pero ya.

El gesto desactivó el denso respirar dentro de esas cuatro

paredes del salón de la secundaria.

El muchacho hizo lo que se le ordenó. No hubo molestias ni reclamos; calladito, escondió de nuevo el fusil y se dirigió a la puerta del aula.

A su salida la clase continuó. El muchacho, en lugar de mantener un sentimiento negativo hacia el profesor, experimentó una suerte de gratitud: al menos el viejo no me puso el dedo.

Se lo contó a su abuelita. Ella, festiva y parte de una familia involucrada con las armas y los paquetes de mariguana, le recomendó un gesto de agradecimiento: cómprale algo. Un perfume, eso es.

No es nada, profe; no se agüite, le dijo a su profesor cuando le entregó el regalo. Él se apenó en un principio, se resistió a aceptarlo, pero el gesto le pareció sincero. Lo agarró y sentenció: yo lo acepto, pero te voy a llevar una yelera llena de pargos.

Pancho siguió en lo suyo. Un día le confesó a su profesor que no quería estudiar más, que se iba. Dos semanas después desapareció. Lo vio a los años en una camioneta lobo negra.

De lejos, le echó grito. El muchacho le explicó apurado que había conseguido el certificado de secundaria, y con buenas calificaciones. Orgulloso, le gritaba mientras aplastaba el acelerador.

Lo que supo después del Pancho fue el silencio: la muerte lo sorprendió cuando quería abordar su vehículo de lujo cerca de los cines. Un sicario lo agarró de cerca y abrió fuego. Le agüitó enterarse al otro día, por los periódicos.

Sonrió con la complicidad de la memoria de aquellos tiempos del a-errequince. Él sigue usando, desde entonces, ese perfume jalston.

EL PADRINO

El padrino se vio con los ahijados. Los había citado en su casa, luego de los últimos incidentes: miren cabrones, déjense de pendejadas y no me causen más problemas… menos en mis terrenos, ya.

Los muchachos, mayores de edad pero imberbes en esa incipiente carrera delictiva, habían estado asaltando camiones de pasajeros que se detenían a la orilla de la carretera internacional, frente al pueblito donde vivían.

Los contactos del patrón le pasaron el reporte. El capo mayor y padrino de los jóvenes estaba encabronado, tanto que no cabía en su cuerpo. Tráemelos, ordenó.

Sentados frente a él, en la sala de la casa, los reprendió: ésta es la primera y la última, cabrones, a la próxima no respondo. Mientras hablaba y gritaba los señaló insistentemente con el dedo: les dolió más el fuego del índice que la voz imperativa.

Así logró que se calmaran, pero sólo unos meses. El ocio los echó a perder. Era el ocio con dinero y abundancia, sin necesidades de ningún tipo, volante a la puerta y futuro asegurado.

Pero eso los aburría. En aquella comunidad no pasaba nada y ellos querían ser los protagonistas. La misma gente, el mismo ritual de salir a la plazuela, de pistear a la orilla del río los fines de semana e ir a la disco los viernes o los domingos.

Ya no querían eso. La vida en ese pueblo les quedaba chica. Ellos, que tenían armas y eran hijos protegidos y de familias acomodadas, querían más en sus vidas que música de tardeada y mujeres apalabradas.

Su padre les daba todo, pero siempre algo les faltaba. Por eso emprendieron de nuevo el camino de la diversión criminal: ellos se divertían, se emocionaban, y sus víctimas sufrían y se aterrorizaban.

Nomás son asaltos, decían ellos con cinismo. Pero los que controlaban la región, con su padrino al mando, no lo veían igual.

Ellos lo movían todo y no querían ningún tipo de ruido ajeno. Si alguien hace ruido aquí soy yo, nadie más, así se había dicho.

La reincidencia le llegó por otra vía: el papá de los muchachos, su compadre, le llamó por teléfono. Los ahijados estaban en la cárcel de la policía municipal del lugar, detenidos por asalto a mano armada.

Compadre, perdónelos, compadrito: yo me encargo de que no vuelva a pasar, se lo juro, se lo prometo.

Y aquél los sacó de los separos de la policía. Esta vez no habló con ellos. De hecho no los quiso ni ver. Volvió a hablar con su compadre, igualmente encabronado: compadre, de verdá ésta es la última, no habrá más.

Otros meses pasaron y ellos apaciguados. Volvieron a la cotidiana vida de plazuelas, fines de semana en el río, pisteadas y tardes de discoteca. Las mujeres eran suyas cuando se lo proponían y los nuevos modelos de camionetas de lujo también.

Pero no basta el tiempo para calmar la dependencia a la adrenalina y la aventura, al poder que les daba empuñar sus armas, apuntar al chofer y a la gente, y ordenar, a punta de gritos y empujones, que les entregaran dinero y joyas. Nada como eso.

Esa necesidad los alcanzó de nuevo y los puso otra vez en el estribo de los autobuses de pasajeros. Estaba cantado: no tenían remedio.

Lo supo el padrino. No hubo llamadas telefónicas ni banquillo de los acusados en los sillones de la sala de su casa. Ordenó que fueran por ellos, que ya sabían qué hacer. Y los hermanos no volvieron a aparecer.

SIN PALABRAS

Siempre había sido buena para correr. En las competencias de la escuela su suela pisaba fuerte la tierra y dejaba huella hasta en podios a la hora de recibir las medallas. Gacela, le decían en su casa.
Correcaminos, era la carrilla entre los compañeros de la escuela.

Pero esa tarde sus heroicas piernas no le habían servido para nada. Se quedó ahogada ahí, hincada sobre el seco y caliente asfalto. Y sus lágrimas evaporándose rápidamente bajo el sol de junio.

Su papá era un tipo modesto y formal. De la casa al trabajo y del trabajo a la casa era la rutina que envolvía esa vida de burócrata en la Secretaría de Educación Pública. El desayuno temprano: café y pan tostado. Llevar a las niñas a la escuela. Media hora en el carro hasta llegar a la oficina.

De regreso era casi igual: partía la jornada para ir por sus hijas y llevarlas de regreso a Villa Satélite.

Era una vida sin sobresaltos. Una rutina de esas que carcomen silenciosamente y por la que nadie, mucho menos él, protestaba. Él renegaba del tráfico, del calor o de los molestos niños que insistían en limpiar los cristales de su carro, nada más. Buen sueldo y casa, un automóvil y todo a la mano. Casi todo.

Era la una y media. Un calor de varicela recorría la ciudad. Bulevar Madero al oriente. El rojo de la Aquiles Serdán los paró con tiempo de sobra. Las bocinas de los carros que se quedaron atrás seguían protestando, otros estaban atrapados entre los estacionados en doble fila sobre el bulevar: hora de salida de la escuela Tipo.

El vecino de carril le pidió chance para aprovechar la flecha. Él accedió y siguió de frente cuando el semáforo cambió a verde.

Siempre optó por el carril de la izquierda: prefería soportar a los que daban vuelta que a los impertinentes choferes de camiones urbanos, sin luces traseras de frenos ni direccionales y bajando el

pasaje sin orillarse.

Siguió así. De lejos vio el verde del semáforo de la caseta cuatro y aceleró apenas, casi imperceptiblemente. Una camioneta de lujo y negra venía detrás, muy pegada.

No hizo caso a la presión del conductor de la camioneta, que ponía y quitaba las luces largas, y siguió en esa velocidad moderada, pero el verde empezó a parpadear y no era su estilo pasarse con luz amarilla, así que frenó sin pensar más y con tiempo suficiente.

El golpe le llegó así, de sorpresa. La camioneta negra que antes casi se le subía a la cajuela le había pegado fuerte a su vehículo. Sintió que su cabeza se movió como un resorte. Puso el automático en parking y preguntó a sus hijas y esposa: ¿todo bien? Revisó el retrovisor y divisó una silueta con sombrero tejano.

Voy a ver qué pasó, ahorita vengo. Se bajó con cierta parsimonia. Ni siquiera ahí portaba los sobresaltos o corajes que a otros acongojaban, sobre todo en esos momentos. Vio su carro abollado y volteó hacia la camioneta. Vidrios oscuros y arriba. Tocó el cristal. El elevador automático bajó el vidrio y se asomó una pistola. Dos tiros en la cara, a quemarropa, sin palabras.

Ella volteó al oír las dos detonaciones. Sangre a borbotones del rostro de su padre, su cuerpo encontrándose con el suelo. Quiso bajarse rápidamente del carro. Entre gritos y manoteos encontró como pudo el seguro de la puerta de la puerta y lo quitó.

Bajó al fin y corrió hacia la camioneta. Se sintió pesada y lenta. Corrió tras ellos, los apuntó con el índice mientras intentaba apoyarse en el viento: ésos son. Ésos son los que mataron a mi papá.

ARREMANGANDO TODO

Un tío suyo escuchaba corridos del narco y todos se los aprendió. Escuchaba que hablaban de andar encuernados, con las pecheras, en las troconas del año a todo lo que da, disparando ráfagas plomizas, trozando y arremangando gente. En la cuatrimotor se sentía poderoso. Hacía piruetas y dejaba la marca de los arrancones en la tierra.

Se aprendió las claves con las que los malandrines, los jefes, los sicarios, salían de los retenes. Y las usó cuando los de la municipal lo atoraron en la cuatrimoto haciendo desmanes. Los polis lo sometieron a chingazos y esposado se lo llevaron a los separos de la corporación, de donde lo sacaron sus padres.

Era un morro de bien ondeado por la propaganda grotesca de esas canciones en las que los protagonistas siempre eran valientes y guapos y altos y güeros y leales y entrones. Sus padres trabajaban y él estudiaba. Cuando salió de la secundaria agarró trabajos de fin de semana y luego encontró un empleo que no le impidió seguir estudiando.

Como dicen ustedes: andas bien piñado, mijo, fue el regaño de su madre. Le pidió que no dejara la escuela ni el trabajo, que esos morros alterados y enclicados no tenían mañana y que no querían aprender que en la vida había que estudiar y trabajar. Por eso van a terminar mal: en la cárcel o dentro de una caja de madera, en medio de un funeral. Sí amá, le contestaba él, ta bien, amá.

Pero sus amigos tenían peso en sus lealtades. Andaba con ellos y supo lo que era arremangar jodidos. Trozaron a uno y a otro, pero luego fueron cayendo ellos también: uno a uno, despacio, por separado, por andar de desmadrosos, cajeteando los jales, llamando la atención de los policías y los militares.

En una ocasión los soldados los detuvieron. A todos se los llevaron porque traían bolsitas con coca. A él no le encontraron nada. Lo soltaron porque traía la credencial de la escuela y les dijo

que también trabajaba. ¿Sabe tu mamá en qué andas, morro? Le dieron una cachetada que le dejó la mejilla como tapadera de olla exprés y lo despacharon a su casa.

Un día salió a la escuela y en el camino se enteró que habían arremangado al último que quedaba de ese grupo de amigos, cinco en total, habitantes del panteón, ausencias, nostalgia de la oscura vida criminal. Frenó un poco más y se clavó en los estudios y el trabajo. A solas, en un semiencierro, en su casa, puso los corridos de la narcada, la buchonada y eso de andar arremangando cabrones. Tarareó despacio, casi en secreto.

Hijo, ¿por qué ya no sales? Ve con tus amigos a una fiesta. Diviértete, pero sanamente. No amá, ya no tengo amigos: todos están muertos. Y se asomó a la calle vacía, damnificado de nostalgia y llovizna. Y se volvió a meter.

JALES PELIGROSOS

INEXPERTOS

No sabían cómo, pero querían. No sabían sembrar y sembraron. Ni cosechar ni cortar ni empaquetar ni guardarla bajo la camioneta para trasladarla. No sabían casi nada acerca de la mariguana, pero querían.

Así que sembraron en esa parcelita, entre veredas y terrenos cercanos al arroyo. Como quien acaricia la panza de su esposa embarazada, esperaron sentados el parto y se esmeraron en los cuidados.

Podar aquí y allá. Agüita en las plantas de abajo. Fertilizante hoy y mañana. Fungicidas por las tercas equipatas. Maíz tupido alrededor para el camuflaje y para que no les llegaran los fal ni los machetes a esos sueños de color verde frondoso.

Así que le echaron ganas: se esmeraron en las condiciones de la temperatura, la humedad, el sol, los animalitos que se vuelven plagas y esas manchas en las hojas de la mariguana. A ellos les faltaron algunos víveres, a las plantas no.

Cuando llegó la hora hicieron los ladrillos con su uniforme oficial: cinta canela, envoltorio color beich, rectangulares y prácticamente del mismo peso cada uno. Media tonelada.

La pusieron debajo de la camioneta de redilas. La acomodaron sobre todo en la parte de atrás, debajo de la zona de carga. Otro poco cerca del motor, también por abajo. No había retenes en el trayecto de la sierra de San Ignacio a la Internacional, lo sabían.

Trayecto corto. Poco riesgo. Mucha lana para ellos seis del otro lado de la Internacional. Iban a lo cincho y lo sabían de sobra. Era el broche de oro que necesitaban para tantos cuidados y aquella espera como de parto.

Manos a la obra. En marcha. Camino despejado. Hojas y plantas de maíz en la parte trasera, mazorcas tupidas, gordas y de buen tamaño. Hasta en eso se reflejaba la buena cosecha.

Pero la celada se las puso el motor, o la gasolina, o lo caliente de

tantos fierros en movimiento allí abajo. Se prendió un paquete y luego otro y otro y otro: ya no hubo reversa para el fuego ni la quema.

El humo ya no era el del escape, ni el de un motor viejo o desgastado; no era negro porque no era monóxido de carbono: era la mota que ya se estaba quemando, y sola. Había humo a los lados, atrás, debajo, y la estela que iban dejando era generosa.

El viento también hizo lo suyo: los mapas ondulantes viajaron más allá de la carretera y se adentraron en el monte; el olor llegó a los pueblos cercanos y a los sembradíos de más allá: se propagó como las malas noticias. Las narices que lo captaron se dijeron sorprendidas; las que sabían lo disfrutaron, pero otras que también sabían tomaron medidas. Era un pelotón del ejército que ya se las olía. Sólo necesitaron oler ese rastro travieso y delator que les dijo: sígueme.

Llegaron hasta ellos. Las frentes se pusieron a sudar y los corazones galopaban en los pechos de los de la cosecha, pero el oficial llegó riéndose, contento, como saboreando el olor, y los soldados estaban relajados.

Se burlaron de ellos. Luego negociaron: nosotros nos quedamos con todo y ustedes se van. Ya, ya, ya. Y el humo desapareció.

MALETÍN BLANCO

Le encargo el maletín. Si intenta irse con él, la mato. Si lo abre, la mato. Si no lo entrega o se lo da a la persona equivocada, la mato.
Y le dejó el maletín. Era negro. Brillaba. De piel. Cerrado. Para abrirlo se requería combinación. Va a venir otra persona, no yo, y le va a preguntar por un maletín blanco; es negro, pero le va a pedir uno blanco, y usted se lo va a dar, sin preguntar, sin más ni más.

Ella enterró el maletín en el patio, junto a la pared del cuarto. Lo dejó a dos metros de profundidad: si alguien escarba, lo vamos a oír, pensó.

El que le dio las instrucciones encabezaba esa noche a la docena de hombres fuertemente armados. Dos camionetas oscuras se estacionaron en el patio de enfrente. Cuatro de ellos se distribuyeron en las esquinas del lote y ahí permanecieron vigilantes.Los otros se quedaron en la camioneta o escoltaron al tipo que, bien vestido y de sombrero tejano, se acercaba a paso seguro hasta donde ella se encontraba; todos con cuernos de chivo, algunos con escuadras a la cintura.

La contraluz impuesta por los fanales le impidió ver rostros. El foco del exterior dibujaba apenas algunos rasgos del interlocutor. El que parecía ser el líder se dirigió hacia ella. Sabemos quién es usted y quiénes viven aquí; sabemos qué hace su esposo y quiénes son sus parientes: todo.

Así que le dejo este maletín. No me lo puedo llevar, así que usted es la responsable. Es negro. Espere unos días, tal vez semanas, y vendrá otra persona a preguntar por un maletín blanco. Entonces tendrá que entregárselo así como yo se lo entrego a usted ahora.

Nadie hablaba... Algunos de ellos permanecieron expectantes, otros no se le despegaban.

Al chasquido de dos dedos terminó la conversación y la visita. Todos subieron a las camionetas; él primero. Los que resguardaban el lugar lo hicieron cuando las unidades ya estaban en movimiento.

Y ahí se quedó ella, inmóvil; el maletín frente a ella. Llegó Juan, su esposo, y ella le platicó todo. Coincidieron en que tenían que enterrarlo en el patio, pero en un lugar pegado a la casa: no vaya a ser que se lo quieran robar. Y dos metros cavaron.

Días. Semanas. Meses. Nada.

Una foto en la sección policiaca de un diario local le llamó la atención: era la víctima de un atentado del narco que murió a tiros durante el ataque. Era él, sin sombrero tejano ni ropa presentable; lo reconoció luego de unos segundos.

Se preguntó qué hacer, pero luego ya no dudó: tenía que esperar, pues aquel tipo bien vestido le informó que no iría él por el maletín blanco que era negro, sino otra persona. Así que esperó nuevamente.

De noche llegaron las novedades: una camioneta con siete sujetos interrumpió la apacibilidad de la casa en medio del monte. Eran otros. Uno de ellos se acercó y le dijo: vengo por el maletín blanco, démelo por favor.

Así que lo desenterró. Le ayudó su marido y fue él quien lo entregó. Frente a ellos, los desconocidos abrieron el maletín, revisaron la carga y lo cerraron. Nadie más vio el contenido.

Los desconocidos subieron rápidamente a la camioneta. El que habló le preguntó a la señora si quería algo. Le dijo que podía pedir lo que quisiera: una casa, un carro, dinero, cualquier cosa; le insistieron.

Ella los miró fijamente. Recordó meses de angustia y espera, de insomnio y miedo. Nada, dijo; no quiero nada, sólo que se vayan y no regresen con ese pinche maletín negro que por sus pendejadas dicen que es blanco.

MAL DE FAMILIA

Parece que la muerte les sienta bien. Y la vida se les va, uno a uno. Empezaron con uno de los hijos: a balazos lo cazaron cuando llegaba a su casa. Lo otro vino después y no fueron necesarias las balas.

No se le notaba mucho, pero era un hecho que andaba metido. Sin una vida ostentosa ni carros de modelo reciente, pero andaba. Esa vida apacible se vio trastocada muy pronto: el negocio lo quiso así y todo se le vino encima, como bola de nieve.

Por deudas, negocios mal terminados, diferencias o envidias. Quién sabe. Lo cierto es que prácticamente lo cazaron. Primero lo levantaron y al día siguiente fue encontrado muerto: atado de manos y con el tiro de gracia.

Era diciembre. Mal mes para morir. Canje de posadas por novenario. Una madre enferma que parecía no estar en peligro, un hermano abogado y entrón, un padre taquero por la Obregón.

Pero la muerte tiene permiso. En el panteón todos se veían desmoronados. La despedida fue dura y cruel; lo de siempre: llantos, abrazos a esa caja fría y gritos de dolor.

Ahí se despidió de él su madre. La señora se puso de pie entre los asistentes y le dijo adiós por él, cuyo cuerpo ya depositaban en la cripta, y por ella: al siguiente día murió. Estaba enferma, sí, pero la calaca no necesitó de eso.

Qué Navidad ni qué nada: salían de un velorio y ya estaban en otro. Había en el ambiente una mezcla de rabia y tristeza, y todo por partida doble: dos muertes inesperadas en la misma familia.

Ahí, sombrío e impotente, el joven abogado se decidió. Sabía que no iba a haber justicia. Que del lado del gobierno no habría detenidos. Que nunca encontraría nombres ni causas si esperaba esa vía.

Así que se decidió a ir por su cuenta. Inició pesquisas. Preguntó con amigos y gente del negocio cercana a su hermano. Encontró

algo, poco. Indicios, huellas, sospechas. Pero la cuerda le duró unos meses.

Llegaron advertencias que luego fueron amenazas. Tocó fibras prohibidas. Creyó que tenía delante al remitente de las balas que acabaron con su hermano. No hizo caso a los emisarios y siguió de largo.

Hasta que se los topó. Ahí, muy cerca de la casa de su hermano, le dispararon: los matones lo alcanzaron, a quemarropa acabaron con él.

Nuevo sepelio. Otro novenario. Y nuevas amenazas; con esas palabras que pesan y que caen en los oídos como martillazos, le dijeron al padre: vete, o sigues tú.

¿Por qué iban a tener tanta saña? No puede ser. Se le hizo fácil no creerles y siguió en su carreta de tacos. Pensaba ¿qué tanto podía haber quedado debiendo su hijo, el mayor? ¿Qué tanto, para tantas muertes?

Eran una familia de seis; ahora solo quedaban tres, y cada uno en su sitio, ninguno metido en el negocio: todos queriendo olvidar, desgastados y adoloridos por tanta muerte; ya no querían más.

El más chico andaba en la mecánica de automóviles, tratando de recuperar la cotidianidad. Había pasado casi un año y en el recuento de los daños las pérdidas eran altas.

Él siguió ahí, en su carreta, y hasta ahí llegaron. No tenían pierde. Y había que cumplir la amenaza: los que antes usaron el teléfono esta vez iban armados, y le cumplieron: él estaba en la lista.

Ahora hay nuevo novenario. Y los deudos, los dos últimos, se preparan para emigrar. Quieren otra ciudad, tal vez otro país: quizá allá la muerte no los alcance más.

SEGURO COBRADO

Sintió el frío oscuro del arma a sus espaldas. Vio sin ver el cañón con el silenciador embonado aunque estaba de espaldas al orificio, boca abajo y tirado al suelo junto con su secretaria. Era el fin y lo sabía. No dijo nada.

Una llamada telefónica recibida quince días antes: la voz de su «amigo» produjo un destello en sus ojos. Órale, hay lana de por medio, mucha, y una avioneta quemada, y un seguro que cobrar.

Le pidió que como abogado, colega y amigo le entrara en su auxilio. El caso tenía carácter civil y necesitaba de alguien de confianza que le ayudara en este terreno: lo suyo era lo penal.

Y dijo que sí. La mitad del cobro sería su pago. Hizo cuentas. Releyó el código civil. Comentó con especialistas. Revisó el expediente sobre los hechos y averiguó en qué punto se encontraba el juicio. Está cuichi, fue la conclusión.

Su intervención fue decisiva: los tribunales les dieron la razón. La aseguradora tenía que cumplir con el pago de tres millones y medio de pesos. Se frotó las manos y casi las estiró para recibir su parte, pero no llegó.

Habló de nuevo con el abogado «amigo» suyo. Le recordó el trato, pero la amnesia le nubló lo que habían hablado apenas una semana antes. Insistió sin resultados satisfactorios, los reveses le llegaron a gritos.

Sin decir agua va preparó la defensa de sus honorarios. Sabía que, si ganaba, le entregarían apenas el diez por ciento del total. Pero unos trescientos mil pesos no se deben dejar bailar, y menos en el aire.

Otra vez revisó el expediente. Trabajó en su defensa tan bien como lo había hecho para que se pagara el seguro por pérdida total de la aeronave. Y tuvo suerte. El fallo le guiñaba el ojo, pero la contraparte se enteró.

De nuevo le llamó. Le pidió que se desistiera. Que tendría que

dar más datos sobre el propietario de la avioneta y que eso era peligroso. Que le iban a pagar, que platicaran para arreglarse.

Y se desistió. Pensó: retiro la demanda por honorarios y busco al dueño para que no haya malentendidos. Hablo con el abogado para que me pague y asunto arreglado. Tuvo miedo y apuró el desistimiento.

Si vas a estar en la oficina, ahí nos vemos: era la voz de su «amigo». Pensó que el arreglo se acercaba, antes de lo previsto. Llegó primero un enviado y sólo intercambiaron palabras: le dijo que en un momento más estaría ahí su patrón.

En su lugar arribaron al despacho dos tipos. Preguntaron por él. Pistolas escuadras en cada mano derecha. Silenciador instalado. La secretaria no dijo nada. No hacía falta. Volteó a verlo. Lo derribaron con la mirada y ya estaba boca abajo.

Le dijeron que debió haberse calmado. Te equivocaste, licenciado, no debiste reclamar, por eso se enojó el patrón. Luego le salieron con una cortina de humo: que por qué no había sacado al hermano de la cárcel, que estaban enojados, que era mucha lana. Mentiras.

Su secretaria lloraba. Él no se animó a voltear a verla. Ni pronunció palabras. No se movió. Oyó las palabras a lo lejos, como pronunciadas dentro de una oquedad oscura, pero lo vio todo sin verlo. Luego los sonidos aquellos como escupitajos y el mapa rojo ganando terreno en el vitropiso. Estaba cobrado el seguro.

SEPELIO

Tenían que encontrar la manera de hacerlo regresar. Las cosas no podían quedar así: había matado a uno de sus hermanos para luego huir, así que no importaba cómo ni dónde, pero tenían que hacer que pisara de nuevo terreno culichi.

Todo empezó porque el joven quiso defender a la muchacha. De familia brava y conflictiva, empezó a frecuentar a aquella morra. Eran tan cabrones él y sus hermanos que hasta a la mamá le pegaban.

En un atisbo de amor la empezó a cortejar. Ella accedió. Salían muy poco y platicaban mucho, casi siempre en casa de ella. Ahí se encontró con el padre. El viejo era cabrón, muy cabrón, y golpeador.

Ella siempre se lo platicaba, anegada en llanto: ésas sí eran madrizas. Él se enojaba, pero hasta ahí. Le decía que no se dejara, que hiciera algo. Se ofreció para interceder, pero ella no quiso.

Las llamadas telefónicas llegaban a medianoche, en la madrugada. Que el papá llegaba bien pedo y terminaba pegándole a ella, a su madre y a quien se le pusiera enfrente.

Después del timbrazo de aquella madrugada, y de verle pómulos hinchados y labios partidos, ya no pudo más. Fue con el papá y le reclamó. Se hicieron de palabras y luego de gritos. Pasaron a los golpes. El señor sacó su pistola y lo mató ahí, en medio de la calle.

Cuando los hermanos del novio supieron buscaron al verdugo. Le pusieron plantones en su casa. Preguntaron por él en su trabajo. Ni con sus parientes había recalado. Desde aquella noche había salido huyendo y hasta la borrachera se le había quitado.

Cómo le hacemos, cabrón; el pinche viejo tiene que venir. Y tiene que pagar: mató a mi carnal y esto no se queda así. Se lo va a llevar la chingada, de mí te acuerdas.

No tuvieron otra, y ni les pesó. Le pusieron cola a uno de sus hijos, de los mayores. Encontraron la oportunidad, ahí cerca de su

casa: tres balazos le dieron y quedó tendido en medio de la calle, desangrado.

No era suficiente: era un abono. El resto del cobro vendría después y ellos lo estaban esperando.

Llegó la vagoneta de la funeraria. La familia organizó el cortejo fúnebre. Dos días para velar el cuerpo por el bulevar Zapata, al tercer día realizarían el sepelio.

Estaba la hermana golpeada: aquella que había sido defendida por el otro joven que ahora estaba muerto. Todos a la expectativa. Tíos, hermanos, compañeros de trabajo, amigos y otros parientes.

Estaba listo el cortejo. De ahí partirían al panteón ubicado en la salida sur. A la cabeza la carroza. Nadie a pie. Los asistentes se repartieron entre las camionetas que hacían fila por la Obregón.

Enfilaron hacia la salida de la ciudad. El bulevar de La Costerita abría paso a la cola de automóviles que avanzaban con lento y tenso duelo hasta que varios hombres que viajaban en una camioneta alcanzaron a toda velocidad la punta de la fila.

Eran los hermanos del primer joven muerto. Buscaban al padre golpeador: ese asesino. Lo encontraron entre los primeros carros. Quiso esconderse. Se bajó del automóvil y corrió.

Los primeros disparos lo alborotaron todo. Malherido, intentó perderse en el monte y escapar. Le dieron un balazo en un brazo. En la confusión, una mujer fue alcanzada por los proyectiles y quedó malherida al costado de uno de los carros.

Siguieron tras él. Metros más adelante lo remataron. Quedó tirado entre las ramas secas: siete impactos fueron el cobro. Los matones habían matado a su hijo para obligar al padre a volver a la ciudad: para cobrarse con dos vidas la de su hermano.

LOS CINCO MIL

Se acostó pensando en la lana que tenía que meterle al consultorio. Todo el equipo que le faltaba. Y lo despertaron temprano. Toc-toc-toc: los golpes en la puerta de su casa hicieron más que sacarlo de la cama, de la que saltó espantado.

No hubo muchas explicaciones. Lo subieron a una camioneta y de ahí a una pista de terracería. Ya los esperaba un piloto. Volaron alto, rumbo a la sierra. Bajaron en la parte plana de un cerro. Y luego a pie, en medio de la selva.

Cuando le dijeron que había un herido reaccionó como si trajera un resorte. El juramento hipocrático se le hizo poco. Pero cuando vio el cuadro aquel su ritmo cardiaco, ya alterado por tantas veredas, subidas y bajadas, subió de volumen.

Tres heridos, dos de ellos con lesiones aparatosas y sangrientas, pero leves. El tercero era el que preocupaba: fractura de costilla y cráneo, golpes en el rostro y fractura expuesta de tibia y peroné.

La sangre protagonizaba una fuga masiva. El herido, con los ojos bien abiertos, le suplicaba al médico que lo salvara.

A un lado de ellos la avioneta humeante, destrozada. Media tonelada de mariguana y tres traficantes eran mucho peso para esa nave vieja y ruidosa. Así se los advirtieron, pero cerraron sus oídos: no vapasarnada. Pero pasó.

Como pudo le cubrió los huesos. Tapó la herida con gasas y trapos y con cuatro ladrillos de mariguana empaquetada le entablilló la pierna. Se sentía como médico de guerra y el humo en la avioneta se hizo fuego.

Los otros buscaban desesperados cómo sofocarlo y él le conectó al herido la aguja del suero. El sangrado era intenso aún, no paraba. El fuego crecía. El sangrado amainó y el incendio fue controlado. Qué bueno, pa que no vengan los guachos.

Sorteando piedras y árboles, por un camino accidentado y resbaloso, regresaron a la avioneta. Y de ahí a la ciudad.

El médico, recién egresado de la facultad, estaba frente a su primera prueba: era su incendio interior, su hora de la verdad, el momento de aplicar lo que vio en las aulas de la universidad.

Con fuerza aplastó simultáneamente los paquetes de suero. Con esa hipovolemia el enfermo podía morir pronto: a chorros tenía que salir el suero.

Lo llevaron a una clínica en una camioneta. El joven no le quitaba los ojos de encima ni las manos de las bolsas de auxilio. Malherido, el otro le preguntaba: ¿qué le hace falta en su consultorio, doctorcito? Insistente, lo repetía.

Él no contestó: quería salir del apuro y no despegarse un milímetro de las atenciones urgentes que el caso requería.

En la clínica los estaban esperando. La sala quirúrgica estaba lista. El otro le pidió que no se le separara: no se me vaya, doctorcito, lo quiero ahí, dentro, en la operación.

En la sala de espera la familia le dio las gracias al joven. A sus veintitrés años había salvado una vida rescatada en la selva montañosa, había surcado el aire de la sierra sinaloense y llegado a salvo a la sala de operaciones.

Le dijeron que luego arreglaban cuentas. No pareció importarle mucho. Unos cinco mil pesos no me vendrían nada mal. No dijo nada. No hay problema, para eso estamos; lo bueno es que todo salió bien y que él está bien.

Pasó los siguientes días entre consultas de infecciones en la garganta, parasitosis, mujeres embarazadas. Una insistente llamada telefónica lo sacó de esa rutina de estetoscopios y abatelenguas.

Le habían depositado cinco mil. Pero dólares. Suficiente para equipar su consultorio. Y para seguir viviendo. Le dijeron que lo iban a buscar si se ofrecía. Se acostó pensando en eso: ojalá que no. Toc-toc-toc, se oyó con fuerza.

PRESENTIMIENTO

Un secuestro era el siguiente paso. En esa ciudad en la que todo se realiza aprisa ellos tenían apuro por obtener dinero, hacer negocios, mover mercancía y ajustar cuentas. Siempre hay cuentas qué ajustar. Siempre.

Iban contra un empresario. Un bato cercano al crimen organizado, pero de la competencia. Había que mandar un mensaje: nosotros también podemos llegar hasta ustedes, hacerles daño, cobrárnoslas, meternos en sus cuevas y salir airosos, ufanos.

Ciudad de grandes avenidas. De pasar y pasar, sin detenerse ni mirar. La muerte también tiene prisa: no voltea ni pregunta, nadie la ve aunque pase de cerca y el plomo roce las testas inocentes.

Él estaba ahí, participando en la encrucijada criminal de secuestrar, comprar y vender yerba, coca, procesar cristal, cobrar cuentas por última vez, traer lana para acá y para allá.

Muchos trabajos de este tipo y él había salido entero, sin rasguños ni malos gestos. Jales garantizados, terminados sin rastros, acabados de lujo, disparos certeros, madrazos al mayoreo; mentadas, ni se diga.

Pero en su cabeza se prendió el foco amarillo de su semáforo personal. Algo andaba mal. Algo no le gustó, aunque no sabía qué: un foco amarillo e intermitente, como cuando esos monstruos de cuello largo instalados en los cruceros prenden y apagan sus colores: el amarillo preventivo entre el rojo de alto y el verde de siga.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac: era la luz otra vez; la luz que le avisaba, pero no sabía qué. Luz amarilla que prende y apaga, prende y apaga, prende y apaga.

De qué se trataba, quién sabe. Les dijeron a él y a sus cómplices: vayan por ese güey, tráiganlo a la casa de seguridad y de ahí lo llevan a la oficina, ahí se va a quedar, no quiero problemas, que todo salga bien; vayan, pues: vayan porque nos va a quedar una

lana.

No le gustó pero no dijo nada. Sus amigos, únicos en la ciudad, eran también sus parientes y parte del equipo de trabajo. Se habían conocido desde antes, pero la confianza, lo mejor de aquellas relaciones, estaba en los jales que realizaban.

Y ya de cerca, tan cerca como las balas esquivadas y repartidas y la adrenalina expedida y compartida, les anunció: me voy, no puedo, me rajo, quién sabe por qué pero me pelo, me voy por mi cuenta, ai nos vemos.

Ni pedo, le contestaron; tú sabes, no hay tos. Le preguntaron ¿qué onda, qué pasa? Dijo: nada, no hay bronca, sólo que esto no me está gustando, no sé por qué pero tengo qué irme. Y se fue.

Se fue a su ciudad. Llegó sin avisar y también le preguntaron qué andas haciendo por acá. Nada; me vine nomás, a descansar, de vacaciones, a ver a mi amá, a mis hermanos, a cotorrear, sin más.

Se relajó a sus anchas. Aprovechó para sumergirse en el recreo consanguíneo de andar de casa en casa, de fiesta en fiesta, disfrutando el ocio.

Y en pleno ajetreo recreativo leyó unos titulares en un periódico local. Las letras negras y grandotas, en la policiaca, jalaron sus ojos, apretó los nervios de la cara por dentro: detienen a secuestradores, se les acusa de tener nexos con el narco y de varios homicidios.

Estaban todos ellos: el que jalaba el gatillo, el de la lana, el que cobraba las facturas no pagadas, el que manejaba, el que mandaba. Son una célula del narco… logran liberar al empresario.

Ya no leyó. Todos habían caído. Dos días después mataron a su jefe en un enfrentamiento.

Tragó saliva. Se apagó el semáforo y la luz amarilla intermitente desapareció. Se puso en verde.

ADIVINA

Las cartas estaban sobre la mesa. La mujer le dijo a la joven aquella que avisara, que les iban a caer los guachos, que sacaran de ahí toda la mariguana y las armas porque les iban a catear la propiedad.
Aquélla se levantó en chinga, tomó el teléfono y pasó el recado. Sin creérsela mucho, los que le contestaron procedieron. A los minutos el lugar se había llenado de militares que buscaban droga y armas de fuego en todas las habitaciones.

El dueño de la casa mandó por la adivina. Dos hombres la estaban esperando afuera de su consultorio. Le preguntaron si era ella. Vente con nosotros. Les contestó que estaba bien, pero que le permitieran avisar. Habló con alguien: me llevan y no sé a dónde.

Llegaron a una casa grande. Una niña de catorce años se esmeraba en aspirar las rayas de polvo y apagar la sed con una cerveza. Dos hombres tomaban bucanans, otros dos la vigilaban. Había una cocina y un comedor que nadie limpiaba y un refri lleno de desperdicios.

Otros dos hombres, con armas a la cintura, la condujeron hasta el jefe. Con voz de trapo le preguntó quién le había avisado del operativo de los militares. Ella le respondió que nadie, que ella se dedicaba a leer las cartas.

Era un hombre de unos cincuenta años; moreno, alto y algo voluminoso. La miraba como queriendo esculcarla, como asomándose a esa voz pausada y a esos ojos que no lo esquivaban. Una y otra vez las mismas preguntas, quince veces.

Les dijo a los pistoleros llévensela y al ratito me la traen. Los hombres la sentaron en la sala. Muy cerca tenía dos armas cortas, y pensó: si las agarro y les disparo me llevo a uno o dos, pero aquí voy a quedar. La pensó mucho y poco.

Otros dos matones jugaban baraja, uno más la veía a ratos, vigilante. Se levantó, estaba ansiosa y tenía que hacer algo: caminó

con soltura hacia la cocina, limpió todo como si fuera de ella y preparó chicharrón ranchero, frijoles y machaca. Calentó tortillas.

El olor convocó a la niña que aspiraba rayas de polvo, a los cuatro pistoleros y al jefe. Qué bien guisa, oiga. Ella respondió con un tenue gracias. Unos comieron en la sala, otros en la cocina y el jefe arriba, en la recámara.

Volvieron a llevarla: cómo supiste, para quién trabajas, quién te avisó. Nadie, repitió ella otras diez veces. El jefe miró a los matones aquellos y les ordenó: compren gasolina y quémenla. Ella le dijo por qué, si no he hecho nada, si hasta le ayudé.

En eso llegó la joven a la que ella le había leído las cartas. Era mujer del jefe. Supo lo que pasaba y se encerró a pelear a gritos con el patrón. Se escuchaban mentadas y chingados y puta madre por todos lados.

La joven salió echando madres y les ordenó a los guardaespaldas que la llevaran a su casa; ellos voltearon a ver al patrón y éste asintió con la cabeza. No te van a hacer nada estos pendejos, le dijo a la mujer al oído.

Ella traía todavía el sismo en la panza y las piernas. Aquellos le cerraron el paso a un taxi, le aventaron quinientos pesos y le gritaron déjela dónde ella quiera. El conductor se espantó y no sabía para dónde conducir: así no puedo, oiga; no puedo manejar.

Nervioso, interceptó a un colega, le dio el billete y le encargó a la pasajera.

Eran las cuatro de la mañana. Frente a su casa, la mujer soltó el llanto. Resucitó.

APRENDIZ

A Julio parecen estar entrenándolo. Esta vez va con otros, y le cuentan que las instrucciones del jefe eran ir por un bato y cobrar con su vida: habían pasado semanas y el muchacho no quería pagar y les daba largas cuando lo buscaban, así que era hora de ajustar cuentas.

¿Qué es lo que debe este güey? preguntó Julio a uno de los jóvenes empistolados. Una parte se la echó toda por la nariz y el resto la vendió a sus clientes; y ahí ha andado el cabrón, de fiesta en fiesta, viajando, con un chingo de viejas: pos ta de la chingada, eso le explicó.

Entraron a la tienda y rápido lo ubicaron. Eran cuatro. Lo tomaron de los brazos y a empujones y puñetazos en abdomen y espalda lo domaron. Así lo subieron a la camioneta. Lo acostaron boca abajo en el suelo del asiento trasero y tres de ellos pisaron su cuerpo.

Una patada cada vez que abría la boca para decir yo no soy, me están confundiendo. Ya le habían dicho que se callara el hocico y que a cada respingón un culatazo. Se lo cumplieron a la tercera. Usaron los cuernos de chivo que llevaban en las piernas.

Joaquín aprovechó para gozar el flujo de la adrenalina, el poder de sus acompañantes y el suyo, porque fue de los que le pegó varios chingazos en abdomen y espalda. Era nuevo en eso de la clica, los punteros o halcones, los sicarios; sabía que había que cumplir las órdenes del patrón, pero nunca le había tocado un caso como ése.

Era un joven de dieciocho; pelón, porque ése era el uniforme de los narcos con los que andaba, con una facilidad para hacer cosas malas y conservar ese destello en la masa esférica de sus cavidades oculares y esa mueca de boca jalando para un lado y para el otro, nunca simétrica.

¿Qué le van a hacer? Todos se quedaron callados. Julio sonrió a medias, con un aire de nerviosismo, con músculos que peleaban

entre sí bajo su piel, entre la tensión del momento y el relax de la diversión. No portaba armas. No lo dejaban, aunque insistía.

¿Qué me van a hacer? ¡Cállate, pendejo! Él gritaba y pum-pum, con culatazos le respondían. Les decía, boca abajo, volteando un poco para que se lo oyera, que le dijeran al patrón que le iba a pagar, que lo perdonara. Lo juro por mi mamacita, lo juro. Y se puso a llorar.

Un sonido de portón eléctrico inundó el ambiente. Mételo, dijo el que iba junto al conductor. Le ataron las manos atrás y le cubrieron la cara con un trapo blanco y sucio. Lo bajaron como si fuera un costal y en vilo lo llevaron hasta el cuarto del fondo.

Era una casa de seguridad en medio de una zona residencial. Casa con portones y rejas, con cámaras, cercas electrificadas y censores que encienden luces en el frente y los patios si hay intrusos. La calle, un desierto. Las cocheras y jardines, un secreto. Julio se quedó afuera, en la banqueta. Había otros jóvenes ahí, uno de quince. Todos tenían varias calacas sin muescas en sus armas. El jefe le dijo: ahí quédate. Los otros entraron. Escuchó gritos lejanos. Lo están cortando, le pegan toques en los güevos.

Al ratito se enteró de que ya lo habían matado: no escuchó los dos disparos. Eso fue lo que más le extrañó.

EL CANTINERO Y EL BUCHÓN

No era un buchón cualquiera. Tenía ese vozarrón imponente. Barba tupida y cejón. Ese sombrero de lujo, esa piel blanca, coloradosa en pómulos y nariz, y esa mezclilla con final de botas, y cinto piteado. Todo un hombre: un macho.

Así le pareció al cantinero cuando empezó a ir al bar. Hizo migas con él porque ahí se quedaba, parado o sentado en la barra. Tomaba güisquis y cerveza. La buena, para hombres, como decía, era la roja, la tecate.

Ahí se quedaba horas. Y mientras él tomaba y el cantinero preparaba otras bebidas y atendía clientes, surgía la conversación: le contaba sus proezas en los negocios furtivos, la lana captada, los muertos embolsados a la vera del camino.

Las bromas fueron incluidas en ese río de palabras y anécdotas. Y entre güisquis y rojas tecates la relación fue adquiriendo más cercanía y confianza. Las visitas al bar fueron cada vez menos espaciadas. La conversación fue también más nutrida.

Te invito unas cervezas, nos vamos a dar la vuelta, a cotorrear; si quieres, espero a que salgas y nos vamos en la trocona: yo invito.

El cantinero aceptó de inmediato: nomás aguántame a que me desocupe, como a eso de las once de la noche, y nos vamos.

Pistearon en la calle, dando vueltas, oyendo rolas de Los Alegres de la Sierra y Los Vega. El sonido del estéreo con emepetrés experimentó una transición a lo romántico y tocó el turno a Intocable. Aquel buchón pedestre y agreste transitó del corrido de matones güevudos y episodios sangrientos a las rolas de amor y quimeras, entre expresiones cursis y versos fáciles. Y cantó: me-volví-un-romántiiicooo.

Terminaron en casa de él. Solos, el cantinero y el buchón. Era un caserón en lo alto de una loma; le faltaban muebles y habitantes a tanto espacio y eco, a ese mármol frío y fino y a esas puertas entreabiertas por las que no pasaba nadie.

Vivía solo. Le extrañó. Pistearon y siguió la música, güisquis y cerveza. Continuó berreando en su intento por cantar, se quitó el sombrero y las botas. Y empezó a llover; llovió diluviadamente en la ciudad.

No hay camiones, no pasan por ahí, y ya no es hora. El cantinero no traía carro ni forma de regresar a su casa. Quédate, le sugirió el buchón, puedes dormir en la recámara que quieras; yo aquí le paro, estoy muy cansado.

Entró al cuarto que estaba frente a la escalera. Entró y dudó en desnudarse. Se quedó en pantalones, sin camisa ni calcetines. Media hora. Medio pedo. No podía dormir. No así, de sopetón, en la casa de una persona que le caía bien, pero que no conocía del todo.

Toc-toc-toc. Era el buchón. Ingresó a la recámara y se instaló a la orilla de la cama: me siento muy solo, te necesito. Le soltó el sablazo: dormimos juntos y te pago; te doy mil dólares, o dos mil, lo que quieras.

Tartamudeó. Enmudeció. Sudó la cerveza. Apretó el bote. Bueno, pues. Pero nada más esta vez.

Volvieron a salir. Le insistió en el encuentro carnal. Dijo que sí; es la última, ¿eh? Yastuvo: tres mil dólares.

Y de nuevo. Y de nuevo. Entonces le dijo que no. El otro subió la oferta. Te digo que no: tengo familia, hijos, no quiero pedos; ai muere.

Y de nuevo llamadas, visitas al bar, mensajes, amenazas al teléfono celular. Lo abordó en la calle. No quiso subirse. Le sacó la pistola: súbete, cabrón, te voy a matar; te vienes conmigo o te mato.

Y fue. Fue la última: apareció con la soga al cuello bajo el árbol del patio de la casa de su mamá. En su carta póstuma dijo por qué.

Su esposa supo. Su mamá supo. Sus amigos supieron. El buchón también. Y se fue.

LA BENDICIÓN

Vamos a un jale, le propusieron los amigos. Se le hizo fácil: pensó en todo lo que no tenía, en la ausencia de padre y madre, en que le había tocado cuidar a sus hermanos, en todo lo que quería y añoraba, en nada. Y contestó que sí. Se alistó en un dos por tres, llenó la mochila de trapos y se fue con ellos.

Era un joven como cualquiera, sólo que a pesar de no tener quién lo guiara, a falta de progenitores, había salido adelante a punta de chingadazos. Bien en la escuela, disciplinado, deportista, sin vicios y en general buena persona. Sus tíos, primos, vecinos y amigos lo sabían y acudían a él por solidario y confiable. Había alcanzado, a pesar de todo, o quizá por todo eso, un lugar en ese entramado social y familiar: el de joven honesto y trabajador.

Pero tenía sus amigos malandros y lo sonsacaban para que anduviera con ellos. Se había resistido a esa vida de espinas y cañones humeantes, de dinero rápido. A la mota y la coca. A eso no, bato, yo de plano paso sin ver: no le entro. Pudo dar dos, tres pasos atrás. Supo hacerse a un lado, esquivar. Esgrima frente al plomo y los bultos de quinientos sin perder amistades, buenas relaciones y cercanías.

En los deportes era siempre el líder. Hasta lo distinguieron con el cargo de capitán en el equipo de futbol. No faltaba a los entrenamientos y siempre tenía energías para más y más y más. Impetuoso, sometido a la dinámica del grupo y del entrenador, dispuesto a los sacrificios y a trabajar en equipo. Tejió redes de convivencia que le permitieron tener contactos aquí y allá, a la vuelta de su casa y en la colonia de enseguida, en los salones de al lado y con los de cuarto grado.

Pero esa vez que lo invitaron algo en él se descuidó. Aceptó ir con ellos sabiendo a qué se exponía: ellos mismos le habían platicado de otros jales mal paridos en los que la sangre les había llegado a los tobillos y más arriba, los parches de los amigos

muertos en algunos enfrentamientos con enemigos, con la policía y el ejército, estaban en la panza, pero más en el corazón. Cuando hablaban de esos que habían sido trozados, sus ojos se deshidrataban y los parches mostraban sus grietas.

Pero de ésa no regresó. Los torcieron en el camino, y les dieron con todo, sorpresivamente. Algunos se salvaron, él no: regresó en un traje de madera que le quedaba grande. Los vecinos le lloraron, la familia se desvaneció a tal grado que parecía un pelotón de vaho y los amigos cayeron en el sepelio, a pedazos y con nuevos parches resquebrajados. Uno de ellos se acercó. Traía entre los dedos un churro de yerba. Le dio un toque profundo, aguantó el humo y lo esparció sobre el ataúd, como queriendo abarcarlo todo con esa ola enervante. Le dijo: te doy mi bendición, morro amigo.

BUCHONAS Y BELLAS

BUSCO NARCO

Mujer sola. Guapa y joven. Simpática, agradable y jaladora. Con apenas un inconveniente: sus dos hijos.
Así parece decir ella, con esa mirada esperanzada. Pero sus ojos no ven la luz del otro lado del túnel oscuro y patético: una soledad que parece devorar sus mejores años, a sus treintaitantos, y una rutina más terca que los días nublados y las equipatas de diciembre y enero.

Y sí, es una mujer indudablemente guapa: alta y morena, pelo lacio. Molde de la mujer culichi: generoso patio trasero, unos cerritos frontales 34-B y ese andar que parece ofrecer sus caderas desde la otra acera.

Pero sola, muy sola. Y sin lana. Sus dos hijos son más que su única compañía: los gastos de la escuela, la ropa y alimentación le recuerdan que no le alcanza el dinero que gana vendiendo joyería y que por lo tanto necesita quién le ayude a mantenerlos.

Ella se reparte entre ese trabajo que la lleva a buscar a sus clientes a sus negocios, trabajos y casas, y la atención a los niños, sus tareas y necesidades. Pagar para que se los cuiden y los recojan de la escuela no ha sido mala idea, pero cuesta.

Eso la ha llevado a comentarles a sus amigos, a insistirles, a machacarles a sus amigas, clientes y otros conocidos: me urge un narco de esos que son generosos, no importa que tenga esposa, para que esté conmigo y me mantenga.

Quiero uno que no esté muy viejo, que me financie viajes a las playas del país y al extranjero, que me lleve de compras a jiuston y me dé para los niños, que me tenga una camioneta del año en la cochera y me envíe gigantescos arreglos florales en mi cumpleaños.

De esos que sueltan la lana, que dejan los bultos de billetes en las bolsas de la ropa que regalan, que sea buena onda. Y que la vea de vez en cuando, no le hace.

Era su cuento eterno, de hadas: me urge un narco. Ya casi lo

ponía en la televisión, en los servicios sociales de canal tres. O en los anuncios clasificados de los periódicos locales: se solicita un narco, buena presentación, buen billete, buena onda. Informes…

Fue tal su insistencia que un día el pez gordo picó, mordió el anzuelo. Se lo presentaron en una fiesta. Ambos sabían del encuentro y ninguno perdió la oportunidad: salieron de ahí juntos y nada se supo de ellos hasta el día siguiente.

El motel les había sentado bien. Las sonrisas de sandía marcaban sus rostros. Ella contó a pocos los detalles de la noche aquella. Pero el saldo todavía era flaco: un fajo de billetes en el pantalón, dos orgasmos y la promesa de que se volverían a ver.

Le mandó flores aquel 14 de febrero. Un ramo que apenas cupo por la puerta y muchas promesas de días de fiesta y viajes, de carros, casas y un nuevo teléfono celular. Él sabía de la necesidad de ella y la quería explotar.

Siguieron a este encuentro los mensajes por teléfono celular y una que otra llamada. Y luego ni eso. Fuego fatuo.

Miró a sus hijos de vuelta, en medio de sus actitudes demandantes. Lo mismo: escuela, ropa, comida y regalos de cumpleaños. Pero no quería verlos como un lastre. Nada estaba resuelto. Una noche motelera no era para ella. Además duraba muy poco.

Y de nuevo sola, solicitante de narcos: uno, uno nada más, que la saque de aquí y la lleve allende las fronteras. A jiuston. Nada más.

RUDA Y BRILLANTE

Apenas faltaba un mes para que terminara la secundaria. A sus dieciséis años acumulaba tantos dieces en su boleta que se dio un lujo: desaparecer de la escuela y huir con ese señor que tanto la invitaba a salir.

Nadie supo a dónde. Sus padres estaban preocupados y sus amigos desconcertados. ¿Cómo era posible que esa niña, acaso una púber, se fuera así nomás, con aquel buchón que tanto la rondaba?

Era una estudiante de buenas calificaciones. Ocurrente y aventada. Su tez era morena clara, pero su estatura y esas formas emergentes en su cuerpo la hacían lucir de dieciocho o quizá veinte. Coqueta e irreverente, se tuteaba con el conserje, el prefecto y el director.

Y jugaba igual al futbol que a la chinchilegua.

Popular, simpática, responsable con las tareas. Participativa en clase y muy formal a la hora de tratar temas de importancia y seriedad frente a sus compañeros, padres y amigos. Todo un caso.

Pero igualmente ambiciosa. Coqueta cuando algo frente a ella brillaba: el oro, las pulseras, las joyas, los diamantes y el dinero. Coqueta y con pretensiones si a unos cuantos metros estaba un auto de lujo, un paseo en limusina por el malecón o esa cara ropa de moda.

Su pata de palo: la codicia, la traicionaba. O más bien le ganaba: ésa era ella, una buena parte de su forma de ser, la que hacía mayoría a la hora de tomar las decisiones más importantes.

Qué clases, qué secundaria, qué familia ni qué nada. Vámonos, le contestó a él, afuera de la secundaria. La noticia se esparció como si fuera una fatalidad. Todos supieron de qué se trataba, pero no conocían mucho de él: era un narco, un buchón, andaba en una cheroqui y siempre enfierrado.

Y todos a coro se preguntaron: ¿pero cómo?, si era casi una niña, con tan buenas calificaciones y tan bien portada en la escuela,

tan inteligente y tan simpática y tan…

Los preparativos de la graduación avanzaban con rapidez. El glamur de la ceremonia, de esos vestidos. Y todo sin ella.

Sus padres la buscaron. Denunciaron la desaparición a la policía. Las investigaciones no avanzaron mucho: no era rapto ni secuestro. No la habían forzado. Era menor de edad, sí, pero también era su voluntad.

Un mes exacto. Y apareció. Se presentó ante el director y fue un grato reencuentro, a pesar de que no había pasado mucho tiempo.

Le contó casi todo: de repente estaba en la ciudad y su viejo, con quien vivía, la llamaba en cualquier momento para avisarle que la esperaba una avioneta y que tenía que abordarla aunque no supiera a dónde se dirigía.

Podía estar en cualquier lugar de Estados Unidos y al otro día en Guadalajara o la Ciudad de México. Cuatro pistoleros la resguardaban y una camioneta de lujo, aparentemente blindada, la esperaba en el estacionamiento.

Traía un pantalón de mezclilla, una especie de gabardina le cubría la blusa ínfima. Zapatillas y un singular sombrero lucían en sus dos extremos. Le explicó al director que quería el certificado de secundaria. Alcanzó un promedio de ocho, pese a la ausencia.

No hay problema. Y se lo entregaron. Ella abrió la gabardina y en ambos costados asomaron dos pistolas. Sacó de la sobaquera izquierda una cuarentaicinco. Es para usted, profe. De una bolsa del pantalón extrajo dos cargadores abastecidos.

Límpiela de vez en cuando. Y úsela… cuando se ofrezca. Dio la media vuelta y salió de la oficina como si estuviera en una pasarela. Qué contoneo. Qué pistolón.

DE CARTÓN PIEDRA

Para el Sica, en estos días aciagos.

Desde que la cambiaron a esta tienda, solía pasarse las tardes viendo la calle. Instalada en el escaparate se probaba vestidos con regularidad. Llegaban remesas de ropa y los trabajadores se la ponían como si vistieran a una reina.
Así la sorprendieron aquella tarde: la mirada perdida al otro lado del cristal; descalza, como acostumbraba posar en esa alfombra roja. Sonrisa agradable y de un rojo seductor. Ese vestido blanco ostión que le caía sobre las piernas y le dibujaba un cuerpo esbelto, tallado y perfecto. Esas manos, ofrecidas y extendidas, lo mismo querían dar que recibir.

Transeúntes del otro lado. Siete de la tarde. Tráfico nutrido por la Obregón. Jóvenes departiendo alrededor de un café en el restaurante de la contraesquina. Púberes ex doncellas bamboleando sus caderas con ese uniforme azul cielo del güinsor.

Los compradores deambulando como almas en pena por los pasillos del centro comercial. Gente en la escalera, frente a las cajas registradoras, detenida ante los aparadores del lugar.

Y ella ahí, nada más divisando. Estupefacta, anonadada, sólo miraba y seguía sonriendo, como si eso definiera el tuétano de su vida: el gozo de mirar y ser mirada.

Así estaba, en lo suyo. Los gritos rompieron la aparente rutina: no disparen, aquí no, fue la voz que se oyó, como un grito, en el umbral del elevador. Las voces se disimularon bajo los decibeles del traqueteo aquel: nueve milímetros que escupían fuego.

La gente corrió para donde pudo. Las paredes de tablarroca cedieron fácilmente, los cristales fueron penetrados, resquebrajados. Tres muertos en los pasillos. Charcos de líquido rojo estropearon el encerado piso.

Los sicarios se acercaron a los cuerpos. Dispararon de nuevo

para garantizarle a la muerte su comité de recepción. Algunos policías del lugar corrieron, otros se escondieron con su revólver empuñado; no hicieron nada.

Un automóvil de modelo reciente emergió del oscuro estacionamiento del sótano. Unos dijeron que era rojo, estratus; otros que color plata, que yeta, que malibú gris. Unos que salieron huyendo rumbo a la caseta cuatro; otros que no, que hacia la glorieta. Igual se escaparon.

A los tres minutos llegaron los ministeriales. Los de periciales poco después. Huellas, casquillos calibre nueve milímetros y sangre recogieron del lugar. Otros mitotearon, nada más.

Y ella, en cambio, permaneció inmóvil, estupefacta. Se quedó igual: ni de reojo miró a los mirones. Aguantó el estruendo del accionar de las armas y luego los gritos y luego el ulular de las patrullas, y siguió con la mirada extraviada y la sonrisa puesta en el rostro, afable y ofrecida.

Ya la gente no la miraba. Nadie se percató de que ella seguía ahí, atenta y presta. Que del otro lado del cristal brillaban sus labios carmesí y que esos pezones se conservaron erguidos, cubiertos por la seda blanca ostión.

Tan como siempre y tan como si nada. No se percató de su vestido estropeado; ni siquiera notó el orificio de bala en esa tela fina, en ese vientre plano: no sintió la muerte porque no había vida detrás de ese cuerpo de cartón piedra, de maniquí.

LA ENFERMERA

La vida en ese maletín de enfermera. Nada qué ver con los tiempos en que cachaba los ladrillos de cocaína que le aventaban sus vecinos cuando huían de los federales brincando bardas y aplastando el acelerador.

Pero ella nunca se zafó del negocio. Nunca, porque no estuvo dentro. Querían que guardara paquetes, que los transportara, que vendiera: la invitaban, pero ella siempre se negó. Sólo participó cuando le aventaban los ladrillos y fue solidaria.

Pasaban los federales en chinga, pistola en mano, jadeantes y bofeados, cuando correteaban a los narcos vecinos. O desesperados, en el interior de esos carros largos que parecían lanchas.

Ella sentada en la cochera de su casa, en el patio frontal. Los vecinos pasaban corriendo, hechos la mocha, le aventaban el paquete: ai te encargo, morra, y se pelaban. Al ratito llegaban los federales, desconcertados e impotentes.

Oiga, señorita, ¿no ha visto pasar por aquí a unos muchachos? Iban vestidos así, de pelo largo, mediana estatura; así, morenos, uno de ellos gordo y el otro esbelto.

Y siempre les contestaba que sí. Sí, sí, claro: pasaron corriendo y agarraron pallá, eran dos, acaban de pasar y andaban como desesperados; se fueron por esa calle y dieron vuelta en la esquina.

¿Y no traían algo en la mano?, preguntaban insistentes los policías. Y ella les decía que no se había fijado porque todo había pasado muy rápido, pero que sí, que eran ellos.

Algunas veces los alcanzaban, la mayoría no. Cuando daban con ellos, calles abajo, era porque ya no traían el cuerpo del delito entre sus manos: todo lo habían tirado en el camino, en los patios de los vecinos, en las cocheras del vecindario.

Se los llevaban en sus patrullas, pero siempre volvían al barrio. Y siempre volvían con ella, por la mercancía. Ella se encabronaba: ya me tienen hasta la madre, les dijo cientos, miles de veces.

La Chepa es morena y mediana. No es bonita, pero se impone: su carácter pesa en esa mirada de ojos cafés y altaneros y en esa voz de bocina ratson, medio chillona y de mando.

Mira, cabrón, que sea la última vez: la próxima me vas a meter en broncas y voy a tener qué decirle a los federales quién eres y dónde vives; porque si me agarran a mí con el paquete no creas que me voy a quedar callada: yo no quiero broncas.

Llegó a negarles el ladrillo: cómo apesta esta madre, pero no te lo voy a regresar. Eran sus conocidos de la infancia, los que tenían prisa en su carrera por vivir y por tener dinero. Y no le hacían nada: sabían que al final se los regresaba.

Uno de los que la invitaban al negocio le puso la pistola en la cabeza. Ándale pues, cabrón, le dijo ella: jálale, ¡pero jálale! Tenía el cañón de la trescientosochenta enfriándole la sien derecha; hasta que se rio de ellos y de ella misma, y le retiraron la pistola.

Ta bueno, y les entregaba la coca; pero que sea la última vez. Y esa última llegó. El jefe de la pandilla se fue a Tijuana. La invitó: no, no le hago, prefiero seguir viviendo tranquila, sin tener que correr ni esconderme, y además quiero estudiar para enfermera.

Ahora trae ese maletín blanco, igual que su uniforme. De tarde y de noche acude al hospital, al área de oftalmología. De mañana vende medicina energizante, de esa que estimula la memoria y sacude las hormonas.

Ella no trae mucha lana. Ando perreando, dice. Trae su vida en ese maletín. Él, aquel capito de vecindario, fue ejecutado en una «peliculesca» persecución. Eso dicen sus amigos.

SOLA

Me quedé sola, oiga. Y ahora aquí ando, trabaje y trabaje. De noche, oiga, porque no hay de otra. Ya me estoy acostumbrando, no crea. Entrar a las cinco y salir a las dos o a las tres de la madrugada. ¡Nombre, voy llegando a la casa a eso de las cuatro!
Y ni modo, oiga. Yo tengo cinco hijos y treintaiséis años. Y ninguno es de él. De todos modos todos estos meses, años, me ayudó pa la comida, pa los niños y la escuela y la ropa. Y nunca dijo nada en contra ni se quejó ni reclamó. Nada.

El pobrecito se peleó el otro día. Ni ganó ni perdió. O más bien sí perdió, porque ya lo traen en la mira para pasarlo a la rana, que es la celda de castigo. Lo agarraron con poquito, oiga: poquitito. Y ya lleva cinco, seis meses.

Sí, ya sé a qué se dedica y no necesito preguntárselo. Si ahí traía el pobre. Poquito, pero traía. Lo agarraron los ministeriales y pues es delito federal. Ahí lo traen con esa bronca que se echó. Y yo con él.

En estos meses ya lo extraño. Toi sola, oiga: solita. Y no crea, ya estaba acostumbrada al trabajo nocturno: de cantina en cantina, oiga. Que aquel bar, que aquel restaurante, que en el motel La Puerta del Sol. Ya sabía yo de trabajar de noche, pero me desacostumbré.

Ahora estoy otra vez agarrando el hilo: tengo las manos llenas de ampollas y arrugas y callos. Dice una hermana mía, más chica, que tengo manos de viejita, pero no: son treintaiséis, ni uno más.

¿Otra coronita? Hay aguachile de camarón, oiga; botanita: tenemos carnes frías, quesito, también tortas ahogadas enchilositas, tacos y quesadillas mixtas. ¿No?, ¿nada? Sale, pues.

Vienen días pesados. Más pesados que los pasados. Pero ¿sabe qué?, no hay bronca, oiga. No-ha-y-bronca. De veras. Resulta que él me ayudó todo este tiempo. Y los niños no son de él, como le digo. Y de todos modos. Ai va la lana pa esto, ai va la lana pa esto otro.

Y sí. ¡Cómo me ayudó!, oiga. Mucho, muchísimo. Y nunca me pidió nada, nomás que anduviéramos juntos. Muy bueno él, de veras. Menor que yo, eso sí: de treintaicuatro, pero si a él no le importó, pues a mí menos.

Ya le llevo yo los cien, los doscientos. Cuando nos toca o se nos antoja pago yo una carraquita, oiga, pastar solos. Y es que ahora me toca a mí ayudar. Y no crea: en veces me va bien, en veces me va mal.

Pero no me falta, oiga. No me falta pa pagar la renta de mil pesos, allá en la Agustina Ramírez. Una casita buena, de dos recámaras y salita. ¿Y sabe qué me aliviana, oiga? Las propinas. Eso sí, qué alivianón.

No, yo no le hago. Él sí. Le gusta esa cosa: la coca. Pero no creo que haga desorden. No sé ni a qué se dedica. Bueno, sí: por eso lo agarraron, aunque era poca. Y ni le pregunto, ¿para qué?

Es que ahora me toca a mí darle. Y también sacar adelante a los morros. Pero no me pesa, no crea. Él es bueno y nunca me pega. Ya le dije que se porte bien ahí dentro, que no haga desorden, que no se meta con nadie. Porque está grueso.

Que salga pronto, oiga, que salga. Porque me duermo parada. De día me duermo: en el camión, en el trabajo, cuando llevo a los niños. Y estoy sola, oiga; estoy sola... ¿otra cervecita?

CALIENTE, CALIENTE

Pues se calentó este muchacho, compadre. Y sí, era cierto: andaba caliente por dejar la escuela, irse de la casa y meterse al narco.
Todo empezó con esas amistades que se traía el morro. Primero me llegó con esos cabrones de las camionetonas lincoln negras, de esas que no se ve ni madres para adentro. Luego que quería unas de esas botas, que camisas de seda, que el cinto piteado.

Entonces sí me puse buza. Me dije que mi hijo no podía terminar así, como muchos jóvenes de aquí que se meten en la movida y luego no salen, o los sacan, pero ya muertos; que se encandilan con eso de la lana, los carros del año y todo eso.

Y la comadre tenía razón: no era por ahí. En la facultad ya iba en tercer año. Pero luego, luego se vio que ya cargaba las influencias de sus nuevos amigos. El hijo de un narco conocido era su compañero de salón. Todos querían andar con él, pero él quería andar con Chuyito.

Lo traía de arriba pabajo en ese yeta, en la lobo, en la explorer de una hermana, pero prefería la negrona esa: la lobo. En ésa andaban hechos la mocha por Ciudad Universitaria, el centro, Las Quintas y la Chapule.

Con esto llegaron los billetes. Y la cerveza. Yo sé que Chuyito no le hace al polvo, compadre: lo sé bien: meto las manos al fuego por él, deveritas. Pero sí andaba pisteando seguido: dos o tres veces a la semana, y con esto los desvelos. Y hasta agresivo se volvió el güey.

Por eso me llegó ese día con el culo caliente: que dejaba la escuela, que estaba harto de mi viejo y de mí; ¡ah!, y que no quería saber de nosotros y que por eso se iba de la casa.

¡Ah cabrón!, dije yo: éste se alebrestó. Y se me vino el mundo encima.

La comadre ató cabos: las tecates, más los billetes, esas nuevas amistades, las camionetonas… Todo sumado le dio como resultado su hijo convertido en un ogro que ve el poder cerca y que cree

tenerlo, pero que no lo tiene ni tantito. En eso se había convertido el Chuyito: en un émulo de narquillo.

No, compadre: puse las cartas sobre la mesa. Le dije: mira, cabrón, te damos todo para que estudies y no te pedimos que trabajes porque es muy importante que termines la carrera, y por eso te damos casa y te llevas el carro y no te exigimos nada. Así que, si te quieres ir, vete, pero primero date cuenta de todo esto, y súmale.

Pero no le sumó ni le restó. Anduvo serio varios días. Apenas les hablaba. Esa vez se le pusieron las mejillas rojas y hubo chispiteo en sus ojos, un atisbo apenas. Ahora andaba como perro regañado y no cabía en la casa ni en ningún otro lado que no fuera con sus amigotes.

Hasta que se encontró a la Jimena, compadre: esa cabrona sí es de fiar, y este cabrón se fue clavando y clavando. Empezó a despegarse un poco de aquéllos. Ya iban al cine, ya a bailar, ya se desaparecían por horas y sin avisar.

Primero pensé que andaba con sus calenturas. Es la edad, dije. Pero después confirmé que era algo más: amor. Y el cabrón dejó aquellos ratos y amigos, incluido el narquillo, pero no la escuela.

Lo que agarró fue a esta cabrona. Y ahí andan, los dos. Se encierran en el cuarto por horas y ya se sabe para qué. Si no por nada se la trajo a la casa. No sólo no se fue ni nos dejó: se trajo a la Jimena. Por eso le digo que anda caliente, caliente.

OLOR A PÓLVORA

Era una mujer muy cabrona. De repente se bajaba de la camioneta y con la mano en alto reclamaba a gritos: ¡me vale madre que traigas pistola: eso no te quita lo pendejo, y a mí no me tocas, hijo de la chingada!
Eso lo hacía en los semáforos, de carro a carro, en la calle mientras caminaba o en cualquier restaurante. Desde los quince anduvo en lo suyo. Y si alguien se sentía identificada con aquel comercial de «a mí lo que me gusta es la lana» era ella.

Le gustaban especialmente los billetes, los verdes. Le gustaban tanto como respirar y tomar agua: eran una especie de delirio y hasta le excitaba tener esos puños de papel moneda en las manos, abultándolo todo.

Se metió aquí y allá. Se perdía por varios días, a veces semanas. Que iba a Guadalajara, que a la Ciudad de México, a Tijuana o a Estados Unidos. O a la sierra, sin rumbo fijo ni dirección.

Ahora, también era alegre y su personalidad tenía destellos de buenos ratos y sonrisas. Se presentaba a los cumpleaños de la familia con un pastel en las manos y un regalo colgando en esas bolsas de cartón estampadas.

Pero aun con ese brillo de mujer de aventuras, traía siempre sus nudos en las tripas, las losas en la espalda y la amargura en el pecho. Hueles a pólvora, le dijo un familiar; y así era, aun relajada y cantando expedía esa secreción explosiva.

Se la pasaba repartiendo madres a su paso como si fuera la estela olorosa de su perfume favorito. Las mentadas son para mentarlas, repetía con chispa y travesura, pero convencida.

Les echó el carro encima a varios. Y encabronada, como si siempre anduviera a punta de bala, los espetaba retos: ¿qué quieres, hijo de la chingada? ¡Aquí nos va a llevar a los dos… y me vale madre que andes armado!

Muchas veces flaquearon las piernas de sus interlocutores. Otras

se reían: la miraban valiente, altiva, resuelta, y pelaban gallo festejando lo que aquella mujer, joven y bella, les decía entre gritos y reclamos.

Otras la encaraban. Terminaban amenazándola con meterle una bala. Ella, con el cañón enfrente y la mirada sostenida, seguía erguida, sin temblores en las corvas ni pasos de reversa.

En esa trayectoria prolífica de andar con unos y otros, narcos todos, y poderosos, se topó en medio de la polvareda con matones a sueldo, capos y capitos, burreros y corruptos policías.

Supo de armas y drogas. Métodos, nombres, rutas, negociaciones y arreglos. Supo de muertos antes de que sus cuerpos posaran inertes para la lente de los fotógrafos de los periódicos. Y de operativos de la policía buscándolos para no encontrar nada.

Lo supo todo. Ese mundito podrido y lleno de lana y poder era para ella: giró en la cima viniendo desde abajo; con esa intensidad se entregó a todo, pero no fue de todos, y vivió como ráfaga la mitad de su corta vida.

A los veintiocho no se supo más de ella. Andaba con uno de la Federal. A los días con él apareció, flanqueándolo, boca abajo los dos. Estaban en la cajuela de un neón, a la vera de un camino vecinal.

Sus cuerpos con extremidades amarradas, huellas de tortura y orificios de bala. Sangre seca, piel mortecina, ojos que ya no se abrieron. Ahí olía a todo: a perfume rancio y a muerto, a balazos a quemarropa… y a pólvora.

DE PLACAS Y PLACOSOS

¿Y A QUÉ SE DEDICA?

¿Y a qué se dedican? El policía observó a los cinco sujetos. Estaba pardeando el día. Veía ojos brillosos, rostros jóvenes en los que apenas se dibujaba una media sonrisa, que no separaban los brazos de las piernas, que no parecían relajados.

Hasta ahí había sido una tarde cualquiera. La jornada era joven y el turno todavía daba para largo. Pero se toparon con ese marquisón blanco: vidrios polarizados, sin placas, alardeando en cruceros y semáforos.

Les prendieron la torreta. Trrrt-trrrt, la bocina de la 2053. Sólo uno de los agentes, que iba solitario en la caja de la camioneta, se bajó. Tomó el rifle errequince que traía a la espalda y lo empuñó. Colgaba libremente la correa del arma.

Lento pero firme, caminó hacia el automóvil. El conductor lo vio desde el retrovisor. Ya había dado las instrucciones: la señal eran dos golpes en el volante. Todos se acomodaron, listos para reaccionar.

Pero el policía parecía hacer tiempo, o el tiempo lo hacía a él, pero lentamente. Impostó la voz para apantallar. Se acomodó el cinto y con él las fornituras. Ensayó mentalmente un saludo que le abriera paso en ese camino trepidante y peligroso.

Se tocó la libreta de reportes, sintió los cargadores bailando en uno de los costados de la cintura, repasó los movimientos habituales. Una posible revisión, un reniego tal vez, una protesta.

Todo en esos quince pasos, hasta alcanzar la puerta del conductor del marquisón. Vio de frente la profundidad de la avenida Revolución. En los semáforos sincronizados guiñaban los amarillos. Parpadeaban a lo lejos los rojos de los cuartos traseros de los automóviles.

Pronunció con éxito el buenas tardes. Su interlocutor le respondió; casi sin voltear a verlo agregó la palabra *oficial*. Y el policía le dijo jefe. Es de rutina, jefe. Qué anda haciendo, jefe.

Mucho trabajo, jefe.

Sí, ei, mmm, ajá, le reviró el otro. Pero no quitó las manos del volante, ni el pie derecho del pedal del acelerador. No apagó el carro, mucho menos se bajó, para nada. Siguieron los monosílabos.

Pidió identificaciones. Les preguntó, ya arredrado, a qué se dedicaban, pero nadie lo escuchó. O nadie le contestó. Volteó a la patrulla, en busca de una señal. Los de la unidad lo miraron también.

Luego un ademán como preguntando qué pasaba. Era el jefe de grupo, del otro lado del cristal delantero. El agente sacó una lamparita, roja con amarillo. La encendió. Temblaban sus dedos, la mano entera.

Arrojó luz al interior: descubrió cinco rostros veinticincoañeros, miradas frías, sonrisas incompletas. Siguió por los interiores. No pidió que se bajaran, no se animó. Dio con sendos cuernos de chivo, dedos en el gatillo; el del copiloto le apuntaba.

Calma, jefe. No hay bronca, jefe. Apunte eso pa otro lado, jefe. Por favor. Qué calma ni qué la chingada, ¿qué quieres? ¿Qué quieres, cabrón? ¿Quieres saber a qué me dedico? ¿A qué me dedico?

¿Qué no ves, cabrón?, ¿qué no ves?, soy malandrín y ando cuidando a un narco, ¿eh?, ¿cómo la ves?, ¿te haces a un lado o te trozo, cabrón?

No, jefe, no. Que le vaya bien, jefe. Adelante. Y se quedó ahí, con su linternita bicolor y esa luz que parecía morir por culpa de las pilas bajas.

POLICÍAS Y DELINCUENTES

Tacos de tripa y quesadillas mixtas: ideal para esos fines de semana de juerga. El sitio era el de siempre: los tacos de la Revolución, con don Juanito y esa carne asada a las brasas.
Cuatro órdenes para cuatro hampones. Fin de semana sin chamba: también nosotros tenemos días de asueto, pero sin lana garantizada. Con un solo jale, un encajuelado, un viaje a la frontera o al otro lado sale para la quincena y más.

Y en medio de esas tecates sudorosas y arropadas por la escarcha, de los trajines por el malecón nuevo en busca de nuevos ligues y de ese sonido estereofónico para hinchar los tímpanos de toda la ciudad, decidieron darse un recreo gastronómico en la carreta de tacos.

El atractivo no son las salsas ni la generosidad de don Juanito a la hora de servir las órdenes. Ni siquiera la ubicación o el buen servicio, que lo hay. Más bien la carne: esa consistencia, esos jugos rojizos, la blandura al masticar. Y el sabor… ¡mmm! Daba para chuparse los dedos.

La carreta era para ellos. Cuatro clientes y todos en la banca. Las salsas, los pepinos y rábanos. Cebolla asada y chiles toreados. Limón y aguacate. Todo pa que amarre.

Pero esos dos les echaron a perder el rato. Y el taco. Fingieron interés en la cena: se asomaron al rinconcito en el que se asaba la carne y parecieron prepararse para pedir tripa y asada.

Los cuatro los miraron como quien ve aparecerse al que le echa a perder un festín gastronómico, resignados.

Don Juanito, su esposa y sus dos hijos se dividían las tareas. Los niños se encargaban de llevar los platos y de servir el agua y los refrescos. Los adultos, marido y mujer, no le quitaban la mirada a la parrilla, las salsas y las tortillas.

Fue justo en eso cuando el tiempo se detuvo. Ellos, esos dos, pensaron que tenían permiso para seguir en lo suyo; creyéndose

impunes, sacaron pistolas: una veinticinco y una veintidós, para amenazar a los encargados.

Con esa mirada atrapada por los enervantes, el que parecía mandar les gritó que le entregaran todo. La señora no vaciló. Era un buen fin de semana, principio de quincena; el botín era bueno, pero no era para ellos.

Con torpeza y apuro llenaron los bolsillos de sus pantalones con billetes y monedas. Dos pasos atrás, sin dejar de apuntar sus armas, media vuelta y a correr.

Los otros cuatro se quedaron quietos. Intercambiaron miradas, interrogándose. ¿Vamos?, ¡vamos! Caminaron apurados hacia sus camionetas, dos lobo con cristales de humo. Cortaron cartuchos de dos cuernos de chivo, sacaron una cuarentaicinco y una nueve milímetros. Tras ellos.

Tomaron esa calle ancha con el acelerador cerca del fondo. En la primera esquina dieron vuelta a la derecha: no podían estar lejos. Metros adelante los encontraron. A gritos y con las armas apuntándoles los sometieron fácilmente.

Los esculcaron después de los respectivos cachazos y una que otra patada. Doblados e implorando que no los mataran, los otros entregaron todo, hasta sus credenciales de elector. Si intentan hacer algo, ya sabemos dónde viven, putos.

Regresaron a la carreta y apenas llegaba una patrulla de la Policía Municipal. Todo fue que vieran de cerca a los asaltantes y los agentes les dieron la sorpresa a los cuatro: eran de los mismos agentes de la corporación. Ahora estaban detenidos.

Los cuatro justicieros, malandrines consumados que se autodenominaban la Cuadrilla de la Muerte, festejaron el triunfo: otra vez le habían ganado a la policía.

CAMBIO DE BANDO

Tas. El sonido de la cachetada se fue pronto, el dolor se quedó: sintió caliente ese costado de la cara y la sangre hirviente bajando por la mejilla. No hizo nada. Sostuvo la mirada unos segundos y luego la bajó.

Disculpe usted, patrón, respondió, mordiéndose el escroto.

Qué discúlpeme ni qué la chingada, quítate de mi camino si no quieres que te dé piso.

Era un tipo alto y fuerte. El sombrero ladeado, barba rala y una mirada que encendía lo mismo que aplacaba. El policía que estaba al mando del retén no dudó en marcarle el alto cuando lo vio bajar por la carretera a Tepuche.

Todo en él era placoso: la camioneta, el cinto, las botas, el pantalón, las cadenas y los anillos, la camisa. Y esa altanería que caracteriza a los que tienen dinero y poder: son los que mandan.

Y ése fue el error del policía: haberle marcado el alto para una revisión. En cuanto se bajó empezó a imponer su poder: párale, hijo de la chingada. Agarró el teléfono, un motorola flaquito y negro: ahorita vas a ver.

Terminó de hablar y le pasó el celular. Era el comandante de la policía. No sabes con quién te metiste, déjalo ir inmediatamente y cuando llegues a la oficina platicamos. No lo podía creer: el placoso había hablado con el comandante y luego se lo había pasado.

Fue cuando le devolvió el aparatito. Tas. Como un latigazo. Como si le hubieran dado la cachetada con una cuarta. Eso para que no te me andes atravesando, y ya te dije: te doy piso.

Vio partir la camioneta, y mientras más se alejaba, perdiéndose entre las curvas de la carretera, más se le hinchaba el cachete y amargaba el alma: estos cabrones mandan y encima me ordenan que lo deje ir, y aparte la cachetada.

Se subió a la patrulla. Atragantándose de impotencia siguió con esos rondines de vigilancia de los que nunca resulta nada. Nada que

no sea esa galopante amargura de querer cumplir con el deber y no poder.

Manejó despacio toda esa tarde. Su compañero lo escuchó mentar madres, vaciarse, mientras conducía la patrulla desde la 6 de enero, hasta la Loma de Rodriguera, y de ahí a Tepuche. Era el sector asignado para esa jornada.

Pensó y habló: las condiciones en que realizan su trabajo, los bajos salarios, las cuatro balas en el cargador y otras cuatro en las fornituras, los chalecos antibalas anticuados, el uniforme derruido y la patrulla tosijosa.

Todo esto para una cachetada. Es humillante. Llenó su cabeza y su estómago de piedritas amargas y pesadas para alimentar la ira y el rencor.

Su compañero lo escuchó. Guardó silencio: sabía que tenía razón.

Duraron meses en esos rondines de vigilancia. Rutina para alimentar el tedio. La partida de la policía cambió, la ruta fue cubierta por otros y él, que era jefe de grupo, fue enviado a realizar su trabajo con otros agentes.

Al tiempo, el agente aquel que había sido el depositario de los desahogos del que era su superior fue ascendido a jefe de grupo. Y rumbo a Imala, zona en la que realizaba sus rondines de vigilancia, paró a los ocupantes de aquella escaleid color plata.

El conductor bajó: alto, fornido y con lentes oscuros. Era su exjefe. Se saludaron con amabilidad, sin abandonar la sorpresa. Y se explicó: ya dejé eso de andar de policía, los bajos salarios, la chinga que se arrima uno y las maltratadas.

Me pasé a este bando. Gano harta lana. Y ahora soy yo quien da las cachetadas.

LA SENTENCIA

La vida que me queda es muy corta: la expresión era de tristeza y resignación. Quienes lo escucharon sintieron los nudos en las palabras de aquel exministerial que veía caer sobre su cuello la guadaña funesta.

Nadie le contestó, no pudieron: sabían que tenía razón. Estaba en la lista mortal y de todos los incluidos sólo quedaban dos, él y un ex comandante que contaba con dinero y protección.

En cambio, él era él: un perro sarnoso, un soldado raso que fue obligado a renunciar como parte de la llamada «reestructuración» de la corporación; desempleado, sin dinero y con un cañón de fusil automático que no dejaba de apuntarle.

Todo por haber estado ahí por órdenes del comandante y porque le tocaba, pues andaba en esa partida. Él sabía que estaba planeado: que iban a ir de cacería a la selva de asfalto de la ciudad en busca de aquel capo del bando contrario al que ellos servían.

La emboscada se realizó y el saldo fue positivo: los enemigos fueron eliminados. Dos bajas de este lado y él ni siquiera el gatillo jaló. Pero estuvo ahí, y eso fue suficiente para que quedara marcado.

Sus jefes les dieron las gracias. Y los otros jefes, los de la policía, prometieron protegerlos. Nada de esto sirvió ni existió: antes de que se cumpliera el año lo obligaron a renunciar y las gracias quedaron en eso.

Pero, como dicen, la mafia no perdona: ésos, los pistoleros del bando contrario, dieron respuesta y fueron eliminando uno a uno a los policías que participaron en la cacería aquella.

Se echaron primero a los de la Preventiva. Siguieron en el turno los federales y, antes de acabar con ellos, empezaron a darles piso a los ministeriales. A balazos, de carro a carro, con fusiles automáticos y el sello en la cabeza: el tiro de gracia.

Nadie faltó en la lista fatal. Los plazos se fueron cumpliendo

para alimentar fosas del cementerio con sus respectivos sepelios.

Y él, enterado de ese porvenir inexorable, deambuló en la soledad del desempleo y la miseria; apestado, arrinconado en cualquier casa de cualquier comunidad de Navolato, y ni de un lado ni de otro consiguió que le dieran chamba.

Y ahí, frente a sus amigos y vecinos, soltó la sentencia: me queda poca vida, ya mataron a muchos y ahora nomás quedamos el comandante y yo. Los esfínteres se le estaban cansando de permanecer apretados, esperando la hora, el momento de la cita.

Yo no soy más que un pinche exministerial, no tengo lana ni me protegen los jefes, y ni chamba me dan. Ando solo para que no le toque a gente inocente, y ya no me cuido ni me fijo ni volteo a ver las camionetonas: nomás espero, espero.

La humedad apareció en su cara. Como tajos bajaron las lágrimas. Su voz estaba quebrada y llena de oquedades amargas, y esas manos encallecidas ya no esperaban asirse de nada: era cuestión de tiempo y ya le pesaban más las horas extras que la muerte misma.

Salió de ahí como pudo. No pidió nada. No se despidió ni le dijeron adiós. Los que recibieron su mensaje vieron claramente en su espalda, cabeza y tórax la diana del tiro al blanco, plasmada en blanco y negro.

Ni modo, ni hablar.

A las semanas oyeron al carro de sonido que vendía el periódico: y ándale, mataron a expolicía ministerial, le dieron quince balazos de cuerno de chivo; era vecino de Navolato, tenía el tiro de gracia.

Al fin había acabado su pena. Y ese deambular de ministerial errante.

EL COYOTE

Para todos hay feria en la feria ganadera. Las mentadas de madre se las reparten, pero no les tocan por igual. Y casi no se dan, no entre ellos, que reparten los lugares en el estacionamiento y reciben propinas por ello.
Médicos, deportistas, contadores y otros especímenes del subempleo estaban trabajando ahí. En lo que consiguen colocarse, beca o dinero para emigrar, aspiran a un sustento, aunque sea efímero y dietético.

La chamba consiste en cobrar a quienes usan el estacionamiento y en apartar los lugares más solicitados en busca de la propina: de veinte a cien dólares puede ser el billete, nada desdeñable.

El desfile empieza temprano y termina allende la medianoche. En la nebulosidad de ese lapso y espacio desfila de todo: narcos y pistoleros, narcos y amantes, narcos y narcas, narcoyúniors y aprontados, émulos de narcos, aspirantes a narcos y capos de tercera fila.

Sí, también hay ganaderos de verdad y de utilería: esos que apantallan con la lana, la vestimenta y las camionetas de lujo. Los policías y sus jefes están adentro, unos en vigilia y otros agazapados en espera de que alguien meta la mano a sus bolsillos.

Veinte pesos era la tarifa mínima, pero ni eso quiso pagar el Coyote. Iba con toda su gente; algunos con ese uniforme gris y todos con los cuernos y los errequince colgando de los hombros.

Llegó muy altanero la noche aquella. Entró al estacionamiento y escogió uno de los lugares más peleados. Le dijeron que no, que estaba apartado. Me vale madre, contestó. Y ahí metió su camioneta.

Los otros que iban con él lo siguieron de cerca: tenían que acomodar otras dos camionetas más; les gustaron dos espacios que los cuidacarros del estacionamiento tenían apartados y que también eran apreciados.

Ahí, dijeron. La mitad de ellos se fue sobre uno de los carros estacionados perpendicularmente para abarcar dos de los espacios, lo fueron empujando y levantando en abonos hasta que dejó de estorbarles.

Hicieron lo mismo con una camioneta que también ocupaba dos lugares. Levantaron y empujaron y jalaron varias veces, hasta que cedió.

El encargado, un joven pasante de arquitectura, le dijo de nuevo: son veinte pesos. Pero lo ignoró. Siguió su camino y apenas volteó a verlo sin verlo: como cuando Dios mira una hormiga… ¿la piso o no la piso?

Adentro los pasillos hervían. Las mujeres militando en la línea del ligue, los hombres hurgando en las minifaldas. El cotorreo, la farra, el palenque, las pedas, la banda tras de los que querían reflectores, los vacíos juegos infantiles y el fatuo andar de los narcos.

Pero todos ellos dan, y los que no dan, no agreden. Sí, hay reclamos y mentadas, prepotencia y hasta malos tratos, pero pocos: la mayoría es generosa y más si andan en el negocio. Las mujeres no son la excepción, y si son narcas hasta coquetean.

Todos entran, todos pagan, ¿por qué el Coyote no habría de pagar? ¿Quién se cree? Porque si no paga él tendrá que pagar el joven aspirante a arquitecto. Por eso no se dio por vencido.

El tercer intento fue desastroso y las piernas le flaquearon. Estuvo a punto de derrumbarse, de desvanecerse frente a la mirada fría, amenazante y dura del Coyote. Son veinte pesos, señor. Qué veinte pesos ni qué la chingada: si te pago te mato.

Si te pago te mato. Si te pago te mato.

Lo dijo dos veces, pero para él fueron miles, millones de marrazos en la frente.

Su compañero, otro de la camada, le dijo: ha de ser un pesado, un narco de arriba, pero no, ni narco ni de arriba: era el jefe de la policía.

LA EXHIBICIÓN

Es una exhibición, le dijo el militar; la necesitamos porque aquí va a haber una exhibición y no la pueden destruir: no pueden fumigar aquí, son órdenes del alto mando.

El piloto de la pegerre se quedó pasmado. Se llevó una sorpresa cuando vio a los soldados cuidando el plantío, pero esta noticia, la de que no podía fumigar por lo de la exhibición, le hizo ruido. ¿Será?, pensó. Y se retiró.

Era un plantío de mariguana. Grande. Más bien inmenso: por su tamaño y por el lugar en el que se encontraba. Era una cosa enorme aquello, cerca del mar, en pleno valle, a cien kilómetros de Culiacán.

Cuando vio el predio desde lo alto se dispuso a fumigarlo: a esparcir ese líquido quemante, matar las plantas, incendiar ese frondoso verde que tapizaba el suelo y evitar así la cosecha.

Bajó lentamente, la nave y el equipo listos. Bajando y preparando el paracuat. Bajando, bajando, bajando. Y ya cerca, a punto de esparcir el veneno, se le apareció entre los surcos un militar. Le hizo señas con los brazos; los alzó, manoteando.

Interrumpió el descenso. ¿Qué pasará? Subió de nuevo y decidió aterrizar. El uniformado no estaba solo: veinte soldados rodeaban el plantío. Uno de ellos, el que parecía que tenía la superioridad, se dirigió a él.

Titubeante, el soldado puso el fal a un lado, se acomodó las fornituras y la nueve milímetros que pesada colgaba en el lado derecho de su cintura. ¿Qué pasa?, preguntó el piloto de la Federal. Nada, contestó el soldado. Es que vamos a tener… una exhibición, y no pueden fumigar.

¿Será? Pues ni hablar. Se regresó a la base de la pegerre. Dubitativo, con el signo de interrogación como un virus carcomiéndole los adentros. Qué raro. Y decidió preguntar al jefe del programa de erradicación de enervantes.

No sé nada, pero me parece extraño, dijo el jefe. Y éste se decidió a consultarlo con el delegado, y éste con el ejército. Oiga, mi general, hay un plantío, aquí cerca, y no nos dejaron fumigar: dicen sus soldados que van a tener una exhibición.

Qué exhibición ni qué la chingada, ninguna exhibición, no hay nada. Entonces el delegado se lo dijo al jefe del programa y éste, en cosa de minutos, se lo comentó al piloto y le dio instrucciones: chíngatelo, quémalo.

Regresó. Los soldados seguían ahí, entre las plantas, entre las estacas para simular tomate o chile. Bajó despacio. Bajó, bajó. Pronto encontró en la orilla, emergiendo de entre la verde mariguana, al soldado.

Esta vez no le hizo señas. No levantó los brazos cual naufrago en el olvido. Nomás lo vio acercarse, descolgó el fal del hombro, cortó cartucho, apuntó al helicóptero.

El piloto no se lo creyó: se aprestaba a fumigar un predio grande de mariguana y un militar le apuntaba con su fusil. Pero no era el único.

El soldado quitó el ojo de la mirilla del rifle y abrió grandes los dos: el piloto que había regresado no iba solo, cuatro helicópteros blanquiazules lo acompañaban.

Hizo señas a los otros militares. Los helicópteros dieron una vuelta y otra. Los soldados se juntaron en uno de los extremos, subieron a un camión del ejército estacionado ahí cerca. Y se fueron.

La tercera vuelta fue para soltar el fumigante. El piloto que llegaba al lugar por segunda vez en ese día sonrió: había triunfado. Entendió que los soldados no estaban preocupados por la exhibición, porque no había.

RAMO DE FLORES

El plantío coloreaba. No puede ser, pensó, y dijo un chingada madre en voz alta ante el que todo el mundo se sacó de onda. Su comitiva iba con él en la suburban. Arreglen esta chingadera porque si no vamos a tener problemas.
Tenía que deshacerse de la amapola que estaba sembrada en ese predio inconmensurable, frente al templete donde sería el evento.

Inmediatamente le avisó al gobernador. Estaban preparando la visita del secretario de Comunicaciones. El evento de la primera piedra de la presa estaba a punto de iniciar.

Vete de avanzada, le ordenó el gobernador: vete para allá inmediatamente, que todo esté listo y no falte nada. Dos horas antes.

Apenas bajaba de la carretera cuando vio a lo lejos las flores emergiendo entre las ramas verdes de la plantación, mostrándose, bellas, formando una alfombra colorada que se contoneaba con el viento.

¿Qué hago?, ¿qué hago?, se preguntó, suplicó. Las edecanes que lo acompañaban nomás se le quedaban viendo, los de su equipo de trabajo también.

Ordenó a sus empleados que cambiaran el templete, que lo pusieran de tal manera que quedara de espaldas a la amapola. No disponían de mucho tiempo: hay que acelerar los cambios, muevan aquello para acá y de aquel lado pongan unas mantas.

Pero sus edecanes, maravilladas por tanto colorado en esas flores tan extrañas como fascinantes, empezaron a recolectarlas: acariciaban con delicadeza los bulbos lechosos y se quedaban atónitas, hipnotizadas.

Hicieron ramos pequeños y nutridos. Brincaban entre las plantas, jugaban a intercambiar flores y racimos. Reían, festivas, entre tan imponente color y tan hermosas flores. Lo prohibido a sus pies, el delito en sus manos.

Parapetó el escenario para que aquello que se les imponía fuera menos evidente.

Arribaron el gobernador y el secretario. Un séquito de trajeados, con radios de intercomunicación, carpetas y maletines, corría tras ellos. El secretario se instaló, poderoso e indiferente: no vio ni de reojo el mar colorado y coqueto que simulaba la amapola.

Callado. No se puede hablar cuando está en pleno discurso el mandatario. Ni reir ni llorar. Luego se acercará el secretario al micrófono para leer su discurso: bla, bla, bla. Que se apuren, que termine esto ya.

Y él rezaba para que no viera: que no voltee a ver las flores, que no diga nada, que no pregunte y siga de largo.

Unas edecanes formadas alrededor del templete, otras cerca del sillerío: repartieron folletos, refrescos, agua natural. Nada de desayuno, como inicialmente estaba programado: hay que apurar los malos tiempos.

El evento fue instantáneo. Las edecanes se subieron a la suburban; traían con ellas los racimos que momentos antes habían escondido en la camioneta. No me las dejen ahí, muchachas.

Las llevó de regreso. Se bajaron en el centro de la ciudad, frente a catedral. Cada quien con su ramo. Ufff, por fin.

Días. Dos semanas. Todavía recordaba el episodio: lo sacó del recuerdo un retén que lo esperaba metros adelante. Eran federales. Volteó hacia atrás, a los asientos… y le brotó el sudor cuando vio un ramo de amapolas en el piso, marchitas y aplastadas.

¿Dónde lo tiro? ¿Dónde? En ningún lado. Ya los tenía a pocos metros. El policía lo detuvo y antes de esculcarlo le preguntó a qué se dedica. Trabajo con el gobernador. No le gustaba charolear, pero lo primero que hizo fue enseñar la identificación metálica, antes de que se la pidieran.

Pásele. Respiró profundo. Sonrió nervioso. Buscó un bote de basura. Pinches flores. Y las tiró.

LA BOLSITA

Nosotros jalamos con la raza que jala. Era la voz del comandante de la policía. Más que una petición o sugerencia, era una orden vestida de cordialidad.

Dos de la mañana. La ciudad duerme. Los jóvenes cotorrean, bailan y pistean. La policía, en vigilia y al acecho. Policías cazando, aguzando la mirada en busca de incautos, patrullando las calles, afilando dentaduras para las mordidas.

Pero esa noche él había decidido no beber cerveza ni tequila. Se lo propuso y lo estaba cumpliendo: nada de peda, nada de alcohol, vamos a echar una platicada, a mover el bote y a hacer desmadre entre camaradas.

Fin de semana. Las fiestas de amigos siempre duran muy poco. Se ponen bien, la raza canta, cuenta chistes. Los compas bailan y se burlan de todo. Ei, loco, pasa los cacahuates; ei, loco, alcánzame los totopos, el jocoque, las papitas.

Son buenas, por eso duran poco. Uno se divierte y se mea de la risa. Así andaba él, rebosante de alegría, eufórico. Qué poco dura, qué buen rato, qué chingón fin de semana.

Hora de salir. A las dos de la mañana los arbotantes reinan sobre las aceras y arrojan algo de luz, manchas de luz amarilla sobre el pavimento mojado de agosto. Chispitea: caen montones de gotas ligeras, una brisa nimia y fina los recibe en la calle.

Salen cuatro. Van él, dos de sus amigos y la novia de uno de ellos. Camioneta negra. Qué preciosa tu camioneta, dice ella con tanta enjundia que bien podría referirse a una persona. Lobo, doble cabina, vidrios con polarizado reglamentario.

Camioneta nueva pero no del año. Su papá la compró, la sigue pagando. Él va a la carrera, es amiguero, amista fácilmente.

Emergen de esa casa, los recibe la noche, la calle, el asfalto mojado, los arbotantes, las dos de la mañana. Extasiados de carcajadas y pedazos de felicidad arrebatada y compartida. Nadie

borracho, nadie drogo.

Vámonos pa la casa. Ámonos, pues. Calzada de las Ciudades Hermanas, llegan a la avenida Andrade, doblan a la derecha. Traen sed, la chava quiere echarse un refresco, tal vez unos chicles: una farmacón, un ocso.

Las luces rojas y azules les llaman la atención: los códigos de la patrulla de la policía indican que debe detenerse, pero nadie se lo dice; no hay voces en la bocina de los oficiales que así se lo indique, pero lo sabe.

El momento coincide con el estacionamiento de un minicúper. Los agentes dejan la patrulla atravesada en la parte trasera de la lobo, una revisión de rutina, argumentan. Son cuatro: uno platica con ellos, tres revisan la camioneta.

Él no les despega el ojo. ¿De dónde vienen, a dónde van?, identifíquense. Todo el ritual de las revisiones, toda la rutina.

Los agentes están agachados, empujan asientos, levantan tapaderas de los compartimientos, abren la guantera, meten mano. Uno de ellos saca una pequeña bolsa de su pantalón: restos de polvo blanco, apenas visibles. Tira la bolsa en el suelo, cerca de ellos, cerca de la camioneta.

El comandante pregunta de quién es la bolsa. El agente que la había aventado dice que uno de ellos la tiró. Le echa la culpa a él. Insiste en que traía droga. Él dice que no: no es cierto, éste la tiró, la sacó del pantalón y la dejó ahí.

Nosotros jalamos con la raza que jala, fue la frase del comandante; acuñada, repetida tantas veces: tú sabes cómo nos arreglamos, pa qué la juegas, tú sabes, no te hagas.

Pero él dijo que no, y no cedió.

Cuarenta minutos ahí: ellos querían mordida, él no se dejó. No tengo nada y ni pedo ando. Recibieron una llamada de la central: una balacera, una persecución, solicitud de apoyo, algo así. Algo así, porque en cuanto oyeron se fueron de ahí, encabronados.

AQUÍ CORRIÓ

Era obsesivo como él solo. Con ese uniforme café y las rayas oscuras en los costados, esa corbata, el cordón blanco «de mando» que baja de su insignia al hombro y que termina en la bolsa de la camisa, el tolete, la moscova, esa treintiocho a la cintura.
Pero lo mejor era la moto: dos pistones, cabezona, la burbuja roja en lo alto de la parte trasera, la radio frente a él y las claves de las órdenes de sus superiores sonando a todo volumen. Ella era imponente y él gallardo, erguido.

Los dos en uno solo, extensión del otro.

Era obsesivo a la hora de aplicar la ley de tránsito. Le encantaba detener a automovilistas y deseaba sorprenderlos in fraganti: dando vuelta en *u*, violando la luz verde del semáforo peatonal, a alta velocidad, rebasando o sin el cinturón de seguridad.

Era su delirio torcerlos en plena maniobra ilegal y corretearlos, y luego el ritual de toda persecución policíaca: encender la burbuja roja para que dé vueltas sin atarantarse ni cansarse, descolgar el micrófono de la radio y comunicarle a la central la infracción, su ubicación, en qué dirección va, las placas del infractor.

Esa voz, esa voz ronca y segura que usaba cuando se comunicaba a la central, formaba parte importante del placentero ejercicio de ser agente de tránsito.

Sí, treintaiiiocho a central, cincueeentaiii-tres, deeecatooorce… cincueeentaiii-tres.

Una vez alcanzado, le gustaba que el automovilista evadiera su mirada. Sus ojos a oscuras, sombreados, debajo del casco blanco con café. Esos guantes negros de vinil, ese ruido al separar los broches de fieltro, esos dedos suyos, tan suyos, moviéndose al escapar de los guantes apretados, esos lentes oscuros imitación raiban.

Cometió usted una infracción. Entonces seguía la discusión. Él siempre ganaba y terminaba el ritual con el block de boletas

dejándose acariciar por la punta de la güereber negra que dibujaba números en los casilleros vacíos y tachaba otros opcionales.

Esa mañana se levantó feliz, listo para hacer cumplir la ley, para esa obsesión de ser el perseguidor y usar la radio y la burbuja roja, y los guantes, y traer su treintiocho a la cintura. En su rutina, enfiló por el malecón viejo, luego la Xicoténcatl, Doctor Mora y bulevar Sinaloa: era el sector asignado.

Turno tempranero, desde la siete. Sábado. Sin novedad, fue su primer reporte por la radio.

Y cuando vio esa camioneta negra a toda velocidad por la Xicoténcatl, burlando el semáforo, se alivianó: ésta es la mía. Prendió la burbuja y puso a ulular la patrulla. Imprimió velocidad y alcanzó a su objetivo cuadras adelante, después de una zigzagueante persecución hasta el bulevar Sinaloa.

Treintaiiiocho-a-ceeentral… camioneta negra, cincuentaiiicinco-tango-romeo negativo-tercero-negativo-tercero.

Dirigió sus pasos firmes hacia el lado del conductor, se quitó los lentes de los ojos y desnudó sus manos con la misma parsimonia de siempre. Llegó a la puerta y lo recibió el fino ruido del elevador del cristal. Del otro lado descubrió a un tipo desgarbado, alto y de aspecto buchón.

Lo miró de reojo. Saludó de mano y el conductor aprovechó para abrir la puerta. Sus movimientos torpes anunciaron que estaba amanecido. Un bote de cerveza y una mirada sin rumbo, extraviada.

Alcanzó a ver una pistola cuarentaicinco bajo la pierna izquierda, un cuerno de chivo recostado en el piso del lado del copiloto y una escuadra atorada en el pantalón, a la altura del ombligo.

¿Qué pasó, amigo?, se le adelantó una voz ronca y seca, arrastrada. Esta vez no pidió licencia ni tarjeta, ni dijo nada sobre el semáforo y la velocidad. Nada, aquí chambeando. Y le soltó con timidez un cómo le fue. Bien: bien pedo, muchas viejas. Ándele pues, que le vaya bien.

Se olvidó del block de infracciones y de la radio. Ya montado, apuró el encendido y se fue del lugar. Iba descompuesto, había perdido el porte. En su huida, repitió más de una vez, obsesivo: mejor que digan aquí corrió…

A PUNTA DE PISTOLA

Llegaron en busca de un hombre, pero se quedaron por unas mujeres. Entierrados, imponentes, entraron en el salón surcado por las luces de colores. Ya había empezado el chou, pero en cuanto los encargados los vieron ingresar al local ordenaron parar todo.
Las luces de colores cesaron.

Fueron entre veinticinco y treinta minutos los que los uniformados invirtieron en esculcar a los feligreses que en ese momento estaban en el Lord Black.

Y salieron como llegaron: sin nada, sin nadie, solos, pero sonrientes. En los últimos momentos de su estancia, cuando la búsqueda quedó concluida, reían viendo aquellas montañas y curvas de carne. Carne tibia, bien puesta e inmoderada.

Parecía que la nueva orden para las teiboleras era entretener a soldados y policías que eran parte del operativo.

Los polis se posicionaron en la salida y entrada del local, que están a tan sólo dos metros de distancia una de otra.

Sensual, fue sensual el reinicio del espectáculo del teibol. Descarado, como todo ahí dentro. Ahora las jóvenes rara vez volteaban a ver los ojos alcoholizados de los verdaderos clientes y fijaban sus miradas en los agentes.

La tribu de tangas minúsculas se movía sólo para ellos, los fuertes, los de los fierros en las cinturas y los fusiles automáticos empuñados. La ley tomaba un descanso y saboreaba el zangoloteo de esas posaderas rubias y morenas.

Más lujuriosos, más lascivos eran los movimientos, los guiños, las entradas y salidas de lenguas húmedas de las reinas de la noche.

La pasarela se tupió: todas ellas para todos ellos, para los agentes, nada más. El espectáculo se volvió marco interminable en el que la lujuria barata salía gratis a la vista de todos.

Abajo brasieres con encaje: libres los pezones amables. Arriba las minifaldas de licra: montes de Venus rebasando el borde del

calzón. Manotazos en las posaderas: una invitación al tacto, a palpar y a viajar por los poros epidérmicos de esas musas.

Miradas provocativas, filosas, portaban esas féminas: las mentiras más grandes del mundo en esos ojos centellantes. Todo para ellos, entrando por los sentidos y la imaginación, desequilibrando sus reacciones.

Soldados y agentes permanecieron de pie. No dejaron de empuñar sus armas. Ni de mirar. Ni de responder a invitaciones corporales ni a miradas coquetas. Sin sentarse, sin dejar de vigilar: de vigilarlas.

Habían dejado de buscar las miradas de los clientes. Dieron tregua al operativo y abandonaron la búsqueda de algún jefe, capo, capillo del narco local, y se quedaron por ellas.

Qué operativo ni qué nada: la noche apenas empezaba.

UNA PAQUITA

Deseaba que le cayera algo. Lo que fuera: cualquier tochita es buena para calmar los ánimos; una paca de verdes, un cuerno, una esclava gruesa, unos gramitos, cualquier cosa era buena.

Le dijo su jefe, el de la sección de robo de vehículos, que por ahí no era. Topó con pared cuando le llevó el caso de aquellas unidades robadas de allá del malecón nuevo. Lo mismo pasó con el caso de la 5 de Mayo y el de Montebello.

Todos apuntaban hacia la misma banda y el comandante le dijo que con ellos no se metiera: a ésos ni los toques, cabrón.

Y ésos eran los buenos. Y de ahí pensaba sacar pal chivo, las cervezas, las mujeres, la coca y las cocas. De ahí se iba a alivianar, pues los jales más importantes y recientes se los habían aventado ellos. Pero nada.

Tenían una red de buenos operadores en las calles de la ciudad. Y también en las policías: muchas veces los reportes de robo llegaron a tiempo al Departamento de Radio de la policía, pero el operativo se iba al norte si el carro lo habían hurtado en el sur.

Había pruebas periciales que apuntaban a ellos, testimonios y retratos hablados que coincidían con las descripciones de los capos del cartel culichi más grande en el robo de vehículos.

Pero las órdenes de su jefe eran diáfanas: ni-los-toques, ya. No había puertas qué tocar para hacerse de una lanita adicional.

Así que los dejó en paz. Pero él no lo estaba: necesitaba chupar sangre como un vil vampiro. Empezó a darle vuelta a la vuelta, buscó mentalmente opciones para agarrar dinero, pero no vio muchas.

Pensó que quizá era un error eso de no meterse en broncas en los retenes, que tal vez se había equivocado al haber decidido no meterse con el narco, que eso de no parar ni revisar camionetas de lujo que él sabía que eran utilizadas por malandrines lo tenía ahí, sin dinero ni opciones.

Sabía quiénes eran los pesados y a todos los trataba igual, a los cabezas y a sus pistoleros, a los que mueven la droga de un lado para otro, a los que compran policías y también a los que los matan: los veía de lejos y enseguida identificaba la unidad, por eso los dejaba pasar, y muchas veces ni la mirada les dirigía.

Y ahí se quedó, recargado en el suru que usaba como patrulla. Bulevar Madero y Morelos. Cavilando, permaneció con la mirada extraviada, apuntando hacia la glorieta. Vio a lo lejos un convoy de suburbans que se acercaba sin hacer caso a los semáforos. Una de ellas se adelantaba y bloqueaba el paso vehicular por las avenidas, el resto seguía de frente: eran cinco.

Pensó en su arma de cargo: una cuarentaicinco colt a la cintura y a la vista. Valoró la posibilidad de taparla con esa camisa desfajada, pero desistió. Se volteó hacia la Obregón y reviró varias veces, pero sin llamar la atención. El cortejo estaba cerca y él sintió los hilillos de sudor partiendo su espalda y su frente. Pasó la primera, luego la segunda, la tercera y la cuarta.

Alcanzó a ver de reojo siluetas de hombres del otro lado de los polarizados. En silencio el bulevar, o por lo menos así lo sintió él: cámara lenta, más sudor y calor, temblor en sus piernas.

Pero el quinto no fue tan malo. El cristal oscuro bajó lentamente frente a él. Del otro lado y sin descubrirse el rostro una mano salió para dejarle caer una gruesa paca de dólares.

Manoseó el fajo como pícher que soba la pelota antes del lanzamiento. No miró a los lados, ya nada importaba: tenía en sus manos lo que le habían negado sus tochitas. Una paca. Sólo por no ver, por dejar pasar: una paquita.

PERSONAJES DE PLOMO

VELADOR

Flaco y ojeroso, de mediana estatura y mirada tierna, recorría la ciudad en esa bicicleta esquelética y despintada. Quién diría que ése, el tipo de la cachucha roja de la tecate, había sido pistolero. Y más: jefe de pistoleros de un narco ahora preso.

No se parecía en nada a lo que había sido treinta, cuarenta años atrás, con su eletedé, navegando, flotando por las calles de la ciudad. Era lujoso y blindado. Entonces, cuando andaba con el jefe, era diferente: la hacía de su escolta, su secretario y jefe de seguridad.

Hasta esa vez que le anunció que en esa ocasión no lo acompañaría. Por qué, le preguntó extrañado. Por lo que sea: piérdete, vete a la casa de fulano, en Guadalajara, y no salgas, ni a mear.

Al otro día supo la razón: los del ejército lo habían agarrado. Habrá sido un dedo, o una negociación, pero su jefe sabía y por eso lo protegió.

Vivió ahí durante meses. Había maletas, costales de dinero: dólares. No los tocó más que para comer y comprar una que otra prenda de vestir. Apuntó cada gasto, cada dólar; fecha y precio de lo adquirido.

Cuando llegaron los familiares les rindió cuentas. No le hicieron caso porque le tenían plena confianza. Agarraron la lana y se prepararon para la huida. Le quisieron pagar con billetes verdes, pero se negó. Al final aceptó una casa y luego la vendió.

Y terminó con esa bicicleta búfalo para sus vueltas al trabajo y a uno que otro mandado. Se ejercita, se mantiene activo. Cambió la trescincuentaisiete mágnum por esa veintidós de bolsillo.

No tiene broncas con nadie. Tal vez ni se acuerdan de mí, pero igual la traigo, no vaya a ser el diablo.

Y le salió el chamuco: sentado afuera del negocio en el que trabajaba le llegó uno como de cuarenta años. Le sacó una escuadra

trescientosochenta, cromada. Traía la quincena en la bolsa del pantalón y el otro la encontró.

Le secó los bolsillos. A él se le arrugó el corazón: de rabia, de impotencia y frustración.

Se tragó la bilis que ya le asomaba por la garganta: hijo de tu chingada madre, me las vas a pagar, dijo sin decir.

Miró para atrás, asomándose a ese pasado, y se enojó más. Cómo era posible que él, pistolero, jefe de seguridad de un narco pesadote, con tanta lana y poder y experiencia y armas y todo, víctima de un asalto: se sintió humillado.

Los deseos de venganza le secaron la boca, pero no se precipitó. Pasaron días, un par de semanas.

En el bajo mundo todos se conocen, pero nadie sabe quién es quién. O al menos eso parece. Preguntó y dio con la información que quería: asaltante, malandrín de tercera fila, drogo, sin mujer ni hijos, pedísimo y abusón.

Le puso un cuatro y cayó. Le dijo: ¿te acuerdas de mí? El otro dijo que no. Y empezó la bronca. Cuando el asaltante quiso reaccionar ya tenía dos puñetazos en la cara, una patada en la entrepierna y un cañón de veintidós apuntándole a la cabeza.

Siguieron cachetadas, más patadas y chingazos. A ver si ahora sí te acuerdas. Pero no, ya ni hablaba. Los pómulos hinchados, los ojos cerrados y sangre en boca y orejas.

Cortó cartucho, jaló el gatillo, ahí quedó el otro.

Se lo merecía: mira que asaltarme a mí, a mí. Hijo de la chingada, yo que era un pistolero, un cabrón. Es cierto: yo ando tranquilo y no me meto con nadie, pero éste se pasó.

Y agarró su bicicleta. Avanzó entre las luces de neón y los fanales de los automóviles, se perdió en el tintineo de la noche y en esa oscuridad de cueva de chapopote. Rumbo a su chamba de velador.

DIPUTADO

Allá en su tierra, en lo alto de la serranía, no había más: pura mota. No tenían problemas entre ellos, los que la cultivaban. Ni armas ni violencia. Pura parentela y todos sembrando la mata. Y él de diputado. Siempre quiso volver. Volver, volver, volver. Respirar sus pinos, ver de lejos la fila encimada de montes y montañas, el fino y al mismo tiempo caprichoso tejido de los árboles y los caminos.
Quería volver y así se lo propuso: llevar proyectos productivos, becas, carreteras y opciones de trabajo para los jóvenes y las mujeres. Alternativas de estudio para que no emigraran a la ciudad.

Pensó, entusiasmado, en tortillerías, en un aserradero que podía funcionar como cooperativa. Le encontró destino a las aguas termales: ahí está un proyecto turístico y ecológico. Chingón.

Habló con funcionarios del gobierno estatal, cabildeó con gente que aplica programas del gobierno federal en apoyo a microempresas, minería, proyectos productivos, cooperativas, siembra de cítricos y frutales: todas las opciones posibles.

Volvería a su pueblo, llevaría beneficios. La gente lo apoyaría, lo recibirían con entusiasmo. Regresaría así mucho de lo que esos pobladores, esos parientes, esa montaña intrincada, le habían dado durante la niñez y parte de la adolescencia.

Una mirada nostálgica asomó en sus ojos aceitunados. Combinó el momento con un futuro optimista que podía ayudar a construir a través de tantos apoyos y recursos del gobierno.

Y con ese manojo de buenas intenciones y esa luz que emanaba de su mirada al pasado emprendió el regreso. Cinco horas de carretera, desde Culiacán. No fue la recepción que esperaba: muchos ni se acordaban de él.

Pero se dejó abrazar por la calidez de sus tíos y primos, de los abuelos y los viejos conocidos una vez que les dijo quién era y qué traía entre manos.

Convocó a una reunión de vecinos. Se juntaron cuarentaicinco

adultos. Otros andaban arriba, en la siembra. Algunos habían emigrado al otro lado del río Bravo.

Terminó su discurso, breve y sencillo, en el que habló de sueños y posibilidades: la cooperativa, una carretera, el aserradero, la minería, las becas. Bla, bla, bla. Y todos callados.

Él pensó, ya en la ciudad, que tal vez no le había entendido, o que le iría mejor si llevaba a alguien del gobierno. Llevó al jefe de minería; y después, en otra visita, al director de microempresas y créditos familiares.

El mismo resultado: escuchaban atentamente, asentían con la cabeza, pero todos callados. ¿Y cómo la ven?, les dijo un día, de cerca, en una reunión familiar. Ta güeno, le contestó uno de sus tíos, a secas.

Estaba desconcertado: si todo eso era para su beneficio, si él se estaba esmerando y aquella era gente que no tenía forma de salir de la pobreza y la marginación. Pero no se dio por vencido. ¿Qué pasará?, pensó, ¿or qué no me dicen nada?

Así que volvió. Esta vez no convocó a asambleas en el salón del comisariado ni los llamó para que se juntaran bajo el macapule.

Se echó un café en la casa de sus abuelos. Llegaron algunos primos y las esposas le invitaron un caldo de gallina. Tortillas del comal. Acudió uno de sus tíos. Lo jaló aparte. Miramijo, le dijo con voz pausada. Las palabras salían duras, como agrietadas: no queremos carreteras porque va venir un chingo de gente, no queremos ruido ni cooperativas ni apoyos, mejor seguimos en lo nuestro, lo que sabemos: sembrar mota.

Lo escuchó resignado. Y ya no volvió.

ALCALDE

El alcalde les hablaba al chile: aquí, mientras yo esté al frente del gobierno nadie los va a molestar ni van a tener problemas.
Y todos contentos, los narcos más que nadie.

Era su discurso para quienes vivían en la parte alta de la serranía. A ellos, durante sus giras, los surtía de todo. Pasaba y le echaban grito; pasaba con su comitiva o solo, durante las visitas a los pueblos, y de todo le pedían.

Allá, lejos de la cabecera municipal y del empedrado, no le decían alcalde ni presidente municipal ni licenciado: para ellos era Toño. Toño para acá y para allá. ¡Ei, Toño!, le gritaban desde los patios, el plantío, los montes y los zaguanes de las casas.

Ai te encargo, Toño: échame la mano y acuérdate de traerme unas mangueras, una motobomba. Luego, en otra vuelta, en otra comunidad, le pedían dinero. En la lista de peticiones también estaban semillas para sembrar frijol y maíz, y hasta balas.

¡Ei, Toño, unas balas! Y él preguntaba de qué calibre: le pedían desde calibre chico, las clásicas veintidós y veinticinco, hasta cartuchos para cuarentaicinco y nueve milímetros.

Bajaba de las montañas con los encargos memorizados. De subida repartía las cajas, bolsas, costales y paquetes. Los costales de semilla son para don Chuy; las dos cajas de cartuchos de nueve milímetros, para Juan; doña Petra me pidió mangueras.

Era su ritual: le echaban grito y él paraba la suburban a la vera del camino o frente a alguna de las casuchas escondidas entre el monte. Siempre le gritaban y él se bajaba de un brinco, como simulando bajarse de un caballo.

No la pensaba para detenerse y echar la platicada. Apretón de manos y abrazo: de esos abrazos a distancia en los que sólo se palmean las espaldas y no se juntan los cuerpos. Dos palmadas rigurosas, fuertes, sonoras. Y luego el encuentro de las manos.

Conocía la serranía como el patio de su casa: cada centímetro,

árbol, vereda y habitante, memorizado, puestos en su cabeza como mapas, croquis, agendas electrónicas; fracaso del olvido en su persona.

Eso le permitía tratar de igual a igual a quienes se dedicaban a sembrar mariguana y amapola. Y sabía que si les llevaba mangueras, fertilizantes, motobombas, iban a terminar en las parcelas intrincadas de los cerros sembrados de enervantes.

Lo sabía. Nadie se lo dijo: conocía ese terreno y a sus habitantes. Pero también sabía que no tenían de otra: ni él ni ellos. Así que convivió y se metió a sus patios y casas. Y se hizo uno de ellos.

Las balas eran para la cacería, pero no todas: sólo las de calibre chico. Y no siempre. Les llevaba parque en varias cajas. Querían defenderse, tener con qué responder si había alguna bronca.

Pero él les daba confianza. Así, despacito, como no queriendo, se los fue ganando. Aquí no se preocupen, ustedes sigan en lo suyo: mientras yo esté no van a tener problemas, nadie los va a molestar, de eso me encargo yo.

Balas. Balas. Balas. Insumos para la siembra. Semilla mejorada. Y balas. Muchas balas. Decenas, cientos, miles, en los dos años que llevaba su administración al frente del gobierno municipal.

Muchas, muchísimas balas. Decenas. Casi cien, las que le pegaron a su camioneta, entre sembradíos, cerca de la ciudad. Y a él, según el forense, unas diez.

LAS FOTOS

Fotos con la niña. Fotos en la iglesia. Afuera, con los padrinos. Fotos con ellos dos. Fotos en la casa, en la reunión. Fotos con los amigos. Clic. Clic. Clic. Relampagueando con el flach.

Lo contrataron para ese evento. Fue a través de un conocido que el señor lo llamó por teléfono para que tomara fotos. Era un señor de lana: caserón con amplio jardín, varios automóviles. Y el señor con ese acento chilango.

Van a ser siete mil, siete mil por todo: así habían quedado. Me da un adelanto de mil pesos, no hay problema; yo me encargo de todo y al final, cuando entregue las fotografías que le interesen, me paga el resto: ése era el acuerdo.

Clic. Clic. Clic. La minolta esa no se rajaba. Plaf. Plaf. Brotaba la luz paralizante del flach.

Tomó unas veinte fotos; el señor le pidió más y más: cincuenta.

Al día siguiente se las llevó y él le pidió unas ampliaciones. No eran gran cosa. Le dejó parte del material y salió de ahí, de esa mansión en lo alto de la ciudad: salió para nunca más volver a entrar.

El señor le llamó por teléfono: tráeme todas las fotos, todas. Le contestó: no puedo llevarle las fotos, necesito que me pague y, además, usted me pidió un material adicional que todavía no tengo, no lo he encargado.

Ni madres, quiero las fotos, dámelas ya.

No quedamos en eso, repitió: déme el dinero y le doy las fotos, no hay problema.

Hijo de tu pinche madre: dame las fotos o te parto la madre.

A partir de ese momento fue una madeja enredada. El señor llamaba dos, tres veces por día para decirle lo mismo: que le diera las fotos o lo iba a matar. Y la madeja fue creciendo, anudándose aún más.

Llamó a la esposa. Con un tono poderoso y determinante le dijo

que tenían que entregarle las fotos, que él era el que mandaba. Esas fotos son mías y su esposo las tiene: dígale que me las dé; dígale, o los mato a los dos.

Soy poderoso: no saben con quién están tratando, tengo mucha lana, amigos, gente a mi servicio; a mí me vale madre: los mato y ya, no me cuesta nada. Mejor entréguenmelas, antes de que se los cargue la chingada.

Una cantaleta. Rosario de injurias y mentadas. Muchas muertes de palabra, muchas amenazas.

Habló a la casa, al trabajo de ambos, a los celulares; dos, tres, cuatro veces al día. Y la raya la pintó cuando les dijo que ya se estaba cansando, que iba a ir por ellos. Al cabo ya sé dónde viven, voy por ustedes, y les voy a matar al niño.

Eso ya no les gustó. Este amigo está loco, y tan calmado que se veía el amigo, tan tranquilo cuando me contrató; y lo hubieras visto en la fiesta: bien divertido el tipo, atendiendo a la gente. Eso sí, pisteando, güisquiando, de aquí para allá, y tintineando los cubos de yelo en ese vaso de cristal que nunca soltó. Pero como que está loco el amigo, como que se le va la onda. Mejor le damos las fotos.

La pareja recordó que el señor había dicho que conocía a una persona del gobierno, que era su compadre: era uno de los secretarios del gobierno estatal. Ellos también lo conocían, lo fueron a buscar.

Yo voy a hablar con él, está loco este cabrón. Hizo una llamada: cálmate, más te vale que te calmes porque esto se puede complicar.

El señor quedó como sedita.

Pasaron dos días, tres; llamó: oiga, discúlpeme, es que me acelero, se me va la onda; soy medio neurótico. Discúlpeme, por favor, perdóneme. Venga por su dinero. Sí, seis mil pesos, ai muere.

Era un adinerado. Un empresario influyente casado con una culichi de alcurnia, pero le gustaba eso del narco, los matones: se hacía pasar por ellos, lo saboreaba. Y a veces le daba resultados.

EL BAILADOR

Era un fiestononón. Y él, con su fama de bailador, no podía faltar al rancho Las Alamedas. Su propietario, el Zumbidos, estaba de plácemes: era su cumpleaños.
Todos ahí en El Salitre conocían esas fiestas: banda, grupo de música norteña, pisto y comida abundante, de a sincho.

Sábado en el pueblo. Expectación y alegría por el festejo: las mejores ropas, el pantalón de mezclilla de los domingos, huaraches nuevos; las mujeres con su peinado, con esos vestidos largos y de holanes y los zapatos que sólo sacan cuando hay baile en el rancho.

Desde temprano las troconas del año rondando por el lugar; las camionetas de la policía, incluyendo las de la partida local, se reportaban con el patrón para felicitarlo. El cumplido les era correspondido con el respectivo fajo de billetes.

Había una fila impresionante para abrazar al cumpleañero. Los que permanecían sentados sólo estaban esperando a que fueran menos los de la cola; los que estaban en la cola deseaban llegar a apretarle la mano y palmearle los hombros, que es como se abrazan en los ranchos.

Y ya con la música y la comida servida, empezó el borlote. Ramón, el que fue síndico de El Salitre, famoso por su capacidad para mover pies y caderas a la hora del bailongo, estaba que no cabía en su silla. De un lado su mujer, del otro los hijos. Frente a él, en la mesa del otro lado, Felipe, su contrincante de baile, a quien siempre vencía.

El cumpleañero se dirigió a ambos con la mirada y luego se acercó. Los dos se pusieron de pie, en posición de firmes, como para recibir instrucciones. Los tres hicieron una bolita y el festejado les lanzó el reto: un millón de pesos al que aguante más.

Así que les brillaron los ojos. Les pusieron alas a sus pies surcados por la tierra y el viento, envueltos en huaraches seminuevos, y se pararon en medio de las mesas y de las decenas de

invitados para empezar la apuesta.

Primero la tambora, con *El sauce y la palma*, *El sinaloense*, *Caminos de Michoacán*, *El quelite*, *El manicero*, *La loba del mar* y otras. Luego el grupo norteño: *Camelia la tejana*, *Las nieves de enero*, *Nocturno a Rosario*, *La banda del carro rojo*. Y así se fue la fiesta. Nadie despegó la mirada de aquellos dos que no paraban de bailar. Y la música no dejaba de sonar.

Y llegó la medianoche. Más lentos, más rápido. Pies cansados, arrastrándose a veces en la tierra muerta; rostros cansados. Las dos de la mañana y menos invitados, pero presentes la mayoría, todavía dispuestos a ver el desenlace.

Los bailadores seguían ahí, mirándose a veces y agarrando viada sólo para conservarse en pie. Los gritos de algunos familiares sirvieron para animarlos, los cambios de música y de ritmos los despertaban a las tres de la mañana: ya eran diez horas de baile sin descanso.

A las cinco ya no podían: *El manicero* parecía más bien pordiosero, y se marchitaban *El sauce y la palma* junto con aquellos movimientos que habían dejado de lucir.

A las seis, en medio de botes de cerveza vacíos y platos de comida desperdiciada, Felipe cayó al suelo. Cerró los ojos como para no ver su derrota: estaba dormido y muerto de cansancio, sus pies ya no tenían alas ni sentían el suelo.

Así que Ramón se detuvo con aquella escena, victorioso. Le alcanzó la maleta uno de los ayudantes del Zumbidos, quien ya no se quiso levantar de lo borracho y amanecido. Ramón entreabrió el estuche y alcanzó a ver los billetes acomodaditos; apenas los rozó la primera luz solar.

Sonrió, había ratificado su fama de bailador.

LAS LLAVES DE LA CIUDAD

Atractivo, jovial y sencillo. Un icono del romanticismo, un ángel con voz temblorosa, pero con sus canciones pegando en todas las estaciones de radio, les había caído en octubre de 1973 a las mujeres culichis: Julio Iglesias, en concierto.

Era la época floreciente del narcotráfico y el apogeo de las balaceras, lo mismo en los funerales que en zonas residenciales. Un calorón en aquel verano. Y Julio, delgado y de buen humor, prefirió refugiarse en el hotel San Luis.

Hasta ahí acudió Pepe Ávila, dueño de la cantina El Trovador, para tomarse fotos con el español. Pero no pudo, así que tuvo que alcanzarlo en el parque Revolución, minutos antes del concierto.

También lo alcanzó Juan Manuel Acuña Salomón, quien conducía el programa *La anción inédita* en Radio Universidad, y ahí se le hizo entrevistarlo. Y hubo fotos, autógrafos y gritos burlescos de parte de un grupo de jóvenes universitarios que hacían referencia a una supuesta homosexualidad.

Era la parte trasera del Revo; media hora esperando a que le abrieran la puerta de acceso a los camerinos, pero no encontraban la llave: no llegaba el que la tenía, no podían abrir. Y Julio Iglesias inquieto: sus ojos brincaban de rostro en rostro, luego la mirada fija en esa puerta que se le negaba.

Los gritos seguían y la gente se amontonaba. Todavía no daba la escena para la histeria y la corredera de unos y otros, pero cerca estaba. Le pasaba de rozón la idea de largarse de ahí y cancelarlo todo.

Sabía de los gomeros de la Tierra Blanca, estaba enterado de los pistoleros, de los nuevos adinerados que contrataban a una banda y se adueñaban de restaurantes y centros de espectáculos. Ni modo, ya estaba ahí.

Recobró la calma y hasta el sentido del humor: la puerta por fin le dijo que sí. Él tuvo hasta para invitar a los jóvenes que lo

abucheaban: entrada gratis para todos, y así fue.

Cantó como si supiera. El público agolpado lo había recibido bien en el Revo. Los del grupo musical Siglo XX no hacían malos quesos ni compases.

El siguiente paso era difícil: La Fuente, un bar que ofrecía espectáculos musicales, era el lugar de moda. No pisaban Culiacán Marco Antonio Muñiz ni Alberto Vázquez, las voces del momento, sin ir a La Fuente, ahí por el bulevar Zapata.

Julio volvió a cantar con esa voz tersa y ayudado por el rever y los micrófonos: el sonido perfecto, los músicos igual.

Las mujeres eran mayoría en el lugar; algunas con pareja, otras en grupo, unas pocas con parientes y amigos. Varias se quitaron los calzones sin quitárselos, otras lo devoraban a besos sin siquiera tocarlo. Gritos de excitación, trompas de Eustaquio chorreándose por entre las cuencas.

Pero no todo era romanticismo y canto. Un sujeto sombrerudo enchuecó la boca, lo frunció todo en su rostro: no le gustó la coquetería de su acompañante, y menos el tipo ese que cantaba y que las traía locas.

Por eso aprovechó uno de los diálogos que Julio tuvo con los asistentes: su seguridad en el escenario terminó de tajo cuando el inconforme empuñó una escuadra, sacó el cargador y se lo aventó al cantante.

Ahí te van las llaves de la ciudad, Julio, le gritó con voz ronca. El ibérico sonrió nerviosamente y agradeció; asomó el sudor en esa frente lozana. Era octubre y hacía calor en la ciudad.

UN DOBLEÚ

Llegó de prisa a su casa. No dudó en decirles a las niñas que vaciaran sus mochilas; se las quitó casi a jalones, ya sin libros ni cuadernos. Volvió a colgárselas, como simulando que volvían a la escuela.

Y arrancó con ellas en su camioneta: esa guinda, equipada. No les dijo para dónde jalaban: sólo puedo decir que es una sorpresa. Y le recordó a una de ellas esa expresión incompleta que revelaba la sorpresa: dobleú.

Las mochilas pesaban, pero no tanto como los libros. Aun así prefirieron hacerlas a un lado, dejarlas bajo el asiento, en el piso de la cabina trasera. Quisieron abrirlas pero no las dejó: no, cabroncitas; ya les dije: es una sorpresa.

Avanzaron siguiendo una trayectoria que cada vez más parecía una ruta determinada: Malecón viejo todo derecho, bajarle a cuarenta por los tránsitos del semáforo de la Sepúlveda, subirle de nuevo a setenta, de nuevo leve por los agentes que se instalan frente a Difocur, carril rápido.

Puros verdes rumbo al Puente Negro; a la izquierda, con un poco menos de velocidad, hasta que lo detuvo en seco el rojo de la glorieta a Cuauhtémoc. Desde ahí arrancó derecho, por Insurgentes.

La luz preventiva del semáforo peatonal se le quedó viendo; él la ignoró: parecían abrirle paso los carros. Sentía el poder en ese pedal del acelerador, sintió crecida la camioneta.

Vio a las morras de reojo, serias, apacibles; con el rabillo del ojo percibió el color rojo de las mochilas: ni se las huelen estas cabroncitas, ni adónde vamos ni a qué; ni-se-las-hue-len: no cabe duda, es toda una sorpresa.

Despertó de sus opulencias cuando vio el anuncio de su destino: Qualita Motors. Sin dudar, metió la camioneta al estacionamiento exclusivo para clientes. Llegó de una y apenas tuvo tiempo de frenar muy cerca del tubo amarillo divisorio y los cristales de la

fachada.

Dobleú, le repitió la menor. Él la miró asombrado: tenía apenas tres años y parecía saber dónde estaban y para qué. Vio el logotipo azul con negro, las letras, el círculo, el diseño. Será eso, pensó.

Se le echó encima, como zarpazo, un vendedor.

Marcha silenciosa, seguridad al más alto nivel, excelente precio para usted. No me importa eso, contestó él. Y luego el vendedor lo siguió, soltándole un rosario que se sabía de memoria, estilo merolico, pero elegante:

Tiene todos los elementos: los riñones, los dobles faros redondos, la dominante rotundez del capó; deportivo, atlético y elegante, su línea es enérgica, equilibrada y llena de dinamismo.

Me gusta, contestó con la boca llena. No pudo evitar mostrar esa sonrisa de sandía. Las niñas estaban absortas. La pequeña musitó de nuevo: dobleú. La otra dibujó una sonrisa de naranja. Ésa era la sorpresa, y era para la madre de ellas.

Les arrebató de nuevo las mochilas, desesperado. Le temblaban las manos en esa búsqueda de los cierres. Las niñas intercedieron y él aceptó, como pidiendo ayuda. Las vaciaron: treinta mil dólares entre las dos mochilas.

Dejó la camioneta ahí y se subieron los tres. Dejó un manojo de billetes en manos del vendedor y se llevó un coche blanco. Pensó en la cara de su mujer, en el moñote rojo. Y en el poder redituado por ese primer jale.

CARNE ASADA

Robaron en una casa, pero fueron por ellos. Eran dos, uno que hacía mucho escándalo y hasta presumía de sus fechorías, y él, que andaba de albañil, callado, discreto, de mirada tímida y expresiones monosilábicas. Por el primero dieron con él, y ya los traían en ese brincoteo, en la cajuela de un sentra.

Los bajaron en una casa de seguridad y ahí empezaron a golpearlos. Nomás quedaron instalados en una silla, atados de pies y manos y al asiento de madera, y empezó el calentamiento. Les dieron varias cachetadas: pa que no anden robando al patrón, cabrones.

El mequetrefe les respondió con maldiciones: al cabo de todos modos me van a matar. Le preguntaban por qué se había llevado ese dinero, quiénes eran sus cómplices, cómo se habían enterado de dónde estaban los billetes, en qué los habían gastado o dónde los tenían.

Una y otra y otra vez, el ruidoso les contestó: chinguen a su madre, par de putos, váyanse a la chingada; culeros, cobardes, hijos de su puta madre, maricones. Y de ahí no los bajaba: a cada golpe en la panza, cachetada y toques eléctricos en el escroto respondió con su ráfaga de mentadas y majaderías.

Órale, cabrones, ¿no que muy machos? Nomás suéltenme, jotitos: uno por uno me la pelan. Desátame, que no se te haga nudo el culito, pendejo: suéltame para aventarnos un tiro derecho con cada uno de ustedes, a ver cómo les va. Malditos, malditos, malditos.

Pero aquellos le daban y daban: con el puño cerrado abrieron la piel en cara y cabeza, pintaron mapas oscuros en pecho, espalda y panza; heridas de quemaduras en las seminales y peludas bolsas frías. Sólo hablaban entre ellos, y ni para responder a las agresiones verbales tenían tiempo.

El jefe los llamó: les pidió que los llevaran a otra casa, que quería echarse una carne asada y hablar con esos dos ladrones. Los

trasladaron hasta la nueva sede y el jefe los encaró; el gritón siguió con sus mentadas hasta que el que daba las órdenes les dijo que lo mataran ahí mismo.

El hombre le gritó que ya no le importaba que tuvieran armas y que se creyeran muy hombrecitos, que de todos modos eran una bola de cobardes y que a los tres se las iba a partir, que nomás lo soltaran. Aunque me maten van a chingar a su madre. Abrió grandes los ojos cuando le dieron un balazo en la pierna y otro en el pecho; al final, uno más en la cabeza.

Al otro lo interrogaron. El patrón tenía esta vez la voz cantante. Cuando le preguntó qué había hecho con el dinero que le había robado, respondió que tenía a un hijo en el hospital y que lo gastó en medicinas. Mandó a uno de los sicarios a que preguntara a su esposa, a sus vecinos, si aquel hombre hablaba con la verdad.

Cuando el pistolero regresó le informó al jefe que sí era cierto, que el hombre tenía tres días de haber desaparecido pero que antes había entregado un dinero pa las medicinas y que el niño estaba mejor. El jefe lo miró. Entonces es verdad. Contó que era albañil, que tenía semanas sin trabajo y que le daba pena robar, pero no había habido de otra.

Desátenlo, ordenó. Quiero que trabajes conmigo, de eso que tú sabes hacer. Y ponte a asar la carne.

SORIASIS

Qué hiciste, me preguntó mi hijo: qué hiciste para que me pasara esto, apá. Yo le dije que nada: no le debo nada a nadie, he sido bueno a lo largo de mis setenta años, cuarentaitantos de ellos como taxista.

El conductor busca una franela beich que está atrapada entre recipientes, alrededor de la palanca del freno de mano. La alcanza. Hace movimientos desesperados hasta que logra llevar el trapo a sus ojos y nariz: borra de tajo los lagrimones, como pedazos de cristal, que ya viajaban cuesta abajo.

Su hijo era taxista como él: su único hijo. Tiene además una mujer anciana que lo espera en su casa, luego de jornadas de trabajo de entre dieciocho y veinte horas frente al volante, y no la quiere despertar cuando llega a las dos o tres de la mañana, ni que se levante a hacerle de cenar.

Se la pasa entre las coyotas que compra para calmar las tripas, que es lo único que trae en su panza, y las arrugas que se ahondan, interminables y oscuras, cuando se las ve duras para completar los quinientos pesos diarios que debe entregar al patrón por manejar el taxi.

Hace pucheros: es un bebé sin madre; ese hombre alto y corpulento, con telarañas en lugar de pelo, bajo esas antiparras bifocales, es un niño de la calle, desesperado, en el desamparo, solo y triste.

Su hijo, cuenta, está enfermo. ¿Qué hago?, oiga, ¿qué hago? No puedo ayudarlo ni ayudarme a mí. Y cuando voy a su casa para estar con él, para saludarlo, se agüita, y llora. Hace meses, fíjese, empezó su desgracia, ahora no sabe qué hacer. Esos hombres, esos cabrones, no sabe el daño que le hicieron.

Su hijo llevó a una persona. Era un servicio más. El pasajero le dijo deténgase aquí, en una esquina, y él se paró. El hombre le pagó y hasta le dejó propina. Dos minutos después se subieron tres, uno

de ellos sacó una pistola y le dio varios cachazos: le preguntaban dónde había dejado al cliente aquel.

Ahí, en esa esquina, contestó. Y aquellos no le creían. Dinos, dinos. De verdad, por diosito, les contestaba. Hasta que el del arma lo encañonó y le metió la pistola en la boca. Y le decía, a gritos, histérico, encabronado el hombre, que se despidiera porque lo iba a matar.

Ya al final se dieron cuenta de que les decía la verdad. Pero al día siguiente: que mi hijo no quería comer, que no podía dormir, que le habían salido no sé qué cosas en la piel. Se fue al médico, le hicieron estudios, lo revisaron; hasta que diagnosticaron soriasis.

Son como escamas, como jiotes: le salieron en todo el cuerpo, en la cara, en la cabeza, en todas partes. No puede salir porque le hace daño el sol. No tiene trabajo y su mujer carga con todos los gastos, pero no alcanza para las medicinas: tanta pinche pomada, unas pastillas, para las consultas.

Y quiero apoyarlo, darle, pero ni a mí me alcanza, oiga. Voy a verlo para estar con él, para animarlo, pero se me esconde: sus hijos me dicen: mi apá está allá, llorando, arrinconado, en el patio, bajo las sombras gordas de su miserable vida. Todo por los nervios, el miedo. Por esos cabrones.

Me pregunta qué hice: nada. He sido un hombre bueno. Sólo me queda media coyota.

BUENOS Y MALOS

Iba con su esposa y ya era tarde. Tenía que dejarla en la escuela donde trabajaba y el minutero, que se había disfrazado de enemigo, se acercaba con una velocidad atípica al número 12. Chingada madre, no vamos a llegar a tiempo.
En ese angosto bulevar apenas caben dos automóviles y un carril está ocupado por los estacionados; y el que iba adelante, conduciendo una camioneta blanca, avanzaba a paso de tractor, por eso se vio obligado a usar el claxon: dos toques y uno sostenido.

De la camioneta, que de tan alta y ancha parecía una trilladora lujosa, bajó un hombre joven de mirada extraviada y ademanes cansinos. Traía una pistola cromada en la mano derecha, que fue subiendo mientras avanzaba hacia ellos.

¿Qué tráis hijo de la chingada? ¿Quieres que te mate? El hombre tropezó con sus propias palabras y sólo alcanzó a explicar, a manera de disculpa, que tenía prisa, que no era nada personal. Aquel pujó, dio la media vuelta y se metió al auto; él siguió manejando lento y dio vuelta donde ellos.

Tomaron otra calle ancha y él iba a aprovechar para rebasarlos. Dudó cuando vio una patrulla estacionada, apenas pasando el semáforo: lo voy a denunciar, dijo sin mirar a su esposa. Ella le apretó el antebrazo y le dijo no lo hagas, es capaz de matarnos. Decidió no hacerlo: el hombre aquel estaba estacionado metros adelante, vigilándolos: el rostro de amanecido, esas ojeras como ventanas oscuras, el cutis graso de amanecido y los grumitos tímidos de un pasón bajo la nariz y entre los vellos del bigote. Le marcó la mirada, se la clavó en la nuca. La imagen iba y venía, siempre vigilante.

Pensó: tengo amigos buenos y amigos malos, y acudió a los segundos. Tú dame las placas de la camioneta, yo hago lo demás; lo que quieras: un susto, un simple levantón, toques eléctricos en los güevos; lo que tú decidas, eso será.

Consiguió que su mujer se fuera de raite con una compañera unos días, él hizo el resto. Diario acudió, religiosamente, a buscar, husmear, vigilar. Persiguió a varios hombres parecidos, en vehículos similares, por rutas cercanas. Tomó placas de unos que no eran y hasta fotos de los que le parecieron sospechosos.

Su amigo lo llamó para preguntarle si ya tenía los datos del agresor; le contestó que no y arreció la búsqueda los días siguientes. En una de esas mañanas casi choca; en otra ocasión se peleó con un automovilista que le pitó porque andaba bobeando y en una más fue infraccionado por pasarse un alto.

El mismo resultado. Volvió enojado y furibundo al séptimo día; ya no sentía coraje ni frustración. Agotado y con los hombros rendidos, desistió. En su sofá preferido, con una tecate laic sudando frente a sus manos y el plato de cacahuates salados esperándolo, dijo: mejor no.

Le habló a su amigo al día siguiente. Ya no, compa, mejor así la dejamos. Le explicó que él era maestro, que le preocupaban los niños y los jóvenes, las drogas, la violencia, que si se hubiera dejado llevar por lo emputado que andaba, ese muchacho de la pistola estaría torturado y muerto. Y le echó un trago largo a la cerveza.

ME DUELE

Para Eileen Truax y Diego, por ese corazón de madera, gatos y nopal

Cuatro de la mañana. Un joven flacucho y con el cabello peinado por el desvelo camina por esa calle malhumorada. Lo hace sin prisa, distraído. Se oye el motor de un carro que se acerca y él sigue avanzando. Las luces del automóvil le muerden la espalda y hacen que crezca su sombra. Los del carro bajan la velocidad, lo alcanzan y se le emparejan. Uno de ellos saca un arma por la ventana: el joven voltea, ve ante su rostro la boca oscura del cañón. Pum-pum. Alguien grita: ¡ayuda, ayuda!, por favor, ayúdenme. Unos se asoman por la ventana: las cortinas se mueven detrás de los cristales de las viviendas. Algunos deciden llamar a la policía, a la ambulancia. Una señora sale y lo ve tirado. Dice ¡Dios mío!, pero no se le acerca, no le habla ni se queda ahí. Se mete tan rápido como salió y su bata se abre para enseñar rodillas gordas y pantorrillas varicosas.

Hace frío: once grados culichis son dos bajo cero en una ciudad caliente por el plomo rojo y por el sol que siempre amanece con las pilas puestas. Dentro de las viviendas cuchichean: ojalá se apuren, el morro está sangrando mucho, se va a morir. Se va a morir, se va a morir, se repite como un eco cuya primera vez no tiene dueño y es de todos, al otro lado de esas paredes.

Todos expectantes, atrás de los muros. Nadie más sale: dicen que pueden regresar esos que le dispararon, cuando se enteren que el joven no ha muerto. A la media hora llega la patrulla: son dos agentes. No tienen prisa y, por esa parsimonia de perdonavidas, tampoco tienen madre: se paran a los lados, lo ven, algo se dicen entre ellos, pero no toman sus armas ni revisan los signos vitales, ni le dan primeros o segundos o terceros auxilios.

Le preguntan cómo se llama, dónde vive. Él les dice me duele, me duele mucho, ayúdenme por favor. Le vuelven a preguntar, de

pie, sin agacharse. No responde: los ve, se toca las heridas, quiere detener la fuga de la sangre. Un orificio en el pecho y otro en el abdomen. Ellos deciden levantarlo: lo toman de los sobacos y lo obligan a ponerse de pie. Lo ayudan a sostenerse. ¿Qué te pasó? ¿Por qué? ¿Quién fue?

La ambulancia no llega: nunca nadie en ese barrio había deseado tanto ese ulular lejano que luego se acerca y llega para socorrer. El joven de pie, sostenido por esos dos que no quieren que sus uniformes se manchen. Él suplica que lo lleven al hospital. Se escucha el viento, ya no sus palabras. Me duele, me muero.

Y se desvaneció, como esa madrugada.

A la hora y media llegó la ambulancia. Ya no reaccionó. Lo revisaron rápidamente y lo subieron a una camilla. Un poli le dijo a otro: vamos a desayunar. Se me antojan unos tacos de buche.

NARCULICHIS

EL QUESERO

Se enojaba con facilidad. Si llegaba a una casa y le decían que no, que para la otra, él siempre respondía a gritos, enojado: ¡qué no saben que el queso es para comerse, no para tenerlo ahí guardado en el refri!
Y hasta le tenían miedo: se cuidaban de decirle las cosas con tal de no obtener a cambio un regaño, un grito. Chingada madre, ¿cómo que no me va a comprar, oiga? ¡Si ya van dos semanas que no me compra! A ver si palaotra, ¿no?

Queso fresco, asadera, requesón, queso del rancho, fresquecito el queso. ¡Doña! ¡Va a querer su queso! Queso panela, lo traigo de Carboneras; queso casero, limpiecito, recién hecho.

Sus clientes ya lo conocían: sabían que no pasaba de ahí, del grito, la regañada, el reclamo iracundo. En ocasiones ni lo pelaban. ¡Va a querer su queso, doña!, era su frase, en el umbral de la puerta. No era pregunta ni ofrecimiento, más bien una exigencia.

Don Ruperto lo escuchó de lejos. Ya le habían contado, ya sabía: el quesero es un majadero, un gritón. La mujer, su esposa, tranquila, prudente y apacible. No pasa nada, no es mala intención, ni te fijes, le decía a su marido.

Pero don Ruperto no estaba conforme. Sentado en la poltrona, en el porche de la casa, le llegó la voz fuerte, enérgica, del vendedor que más bien parecía capataz de jornaleros de los campos hortícolas.

Él no volteó a verlo: siguió detrás de las hojas del periódico que leía. Ignoró los movimientos y las estridencias del quesero. O eso aparentó, pero siguió todo de cerca, con sus oídos atentos.

Por eso pensó en ponerle una celada. Esa mañana no estaría ella, su esposa. Eventualmente le compraba al quesero, pero esta vez no. Sabía que iba a recibir las respuestas de siempre, que se las iba a espetar tal como hacía con su esposa. Sólo que en esta ocasión la respuesta estaría en sus manos.Ésa era su treta. Escuchó al vendedor

una cuadra antes, tocando puertas con el puño cerrado, a gritos, casa por casa.

¡Quesos! ¡Quesos, doña! ¿No me va a comprar quesos, doña? Requesón fresquecito, asadera de Carboneras, panela… ¡queso fresco!

Se sentó en la mecedora en el pequeño porche que la casa tenía en la parte del frente. Fingió devorar el periódico, calladamente, concentrado; se hizo el sorprendido cuando el quesero le gritó a dos metros de distancia.

Acomodándose los lentes le dijo que no, serio y sin descortesías. ¿Y por qué no?, insistió el otro. Es que no está la señora y ella es la de la lana. Entonces ¿usted no trabaja? No, oiga, no tengo trabajo fijo.

Bueno, sí tengo, pero a ratitos. Intrigado, el de los quesos le preguntó a qué se dedicaba, ¿en qué consistía esa chamba suya, si, generalmente, cuando pasaba por su casa estaba ahí, sentado, echando la güeva, de flojo?

Mira, en ocasiones me hablan unos amigos míos y me dicen: quiero que te eches a fulano. Y yo voy, le pego dos, tres balazos, luego lo envuelvo en cobijas, lo amarro y lo tiro por ai. Me pagan una lana; aunque en ocasiones mato gratis, cuando me caen gordos los cabrones.

El quesero se quedó callado. Apretó los labios. Bueno, adiós.

Don Ruperto permaneció sentado y con el periódico en las piernas. Vio alejarse a su interlocutor y volvió a escuchar sus gritos una cuadra más adelante.

Y desde entonces el de los quesos no llega: pasa de largo. Desde la otra acera pregunta si van a comprar, da las gracias si la respuesta es no y se retira con agilidad.

Sin ser visto, detrás de las cortinas blancas de la ventana que da al frente, don Ruperto festeja. No es matón, apenas un jubilado que vive de su pensión.

EL SALUDO

Marielos era saludadora. Los clientes de las cantinas en las que había trabajado siempre gozaron de su generosa sonrisa y el subsecuente apretón de manos. Saludar es importante: es ser educado, atento; pero nunca pensó que un saludo era una muerte.
Los hombres la encontraron regando las plantas del jardín frontal de su casa. Los chismes que tenía sembrados en las latas de leche nido no alcanzaron ni a humedecerse. Ellos, los de las armas largas, le arrebataron la manguera del agua y se la llevaron.

Te llevó la chingada, cabrona; te vienes con nosotros y te callas el hocico.

La metieron a empujones a una cheroqui. Dos adelante y uno atrás, con ella. Ellos iban platicando de sus vidas, de las broncas del otro día y de la lana que les iba a tocar. Ellos platicaban como si nada: como si ella no estuviera ahí, arrinconada.

No había tenido de otra más que andar de mesera. Varias cantinas y restaurantes en su trayectoria, y en ese mundillo sórdido de las bebidas, los caraoques, chirrines y botanas había gastado parte de sus días: media vida mesereando.

De tanto servir tequilas y tecates le dio por empinarse las botellas y por dejarlas secas, en el centro de la mesa. Y eso la llevó al polvo, a la coca: combinación coctelera para tomar atajos rumbo a la perdición.

Coca y bebida la consumieron al ritmo de esnifeadas y tragos del tamaño del mar. Y dio el siguiente paso: venderla, y luego el otro: deberla.

Y de tanto deberla lo siguiente fue cobrarle a la mala, cobrárselo a ella: cobrárselo con su vida.

Fueron por la otra, su socia, también mesera y amiga. No batallaron nada: estaba en la tienda de la esquina, platicando con otras vecinas. También la metieron y encañonaron con la cuarentaicinco.

Iban de sur a norte sobre un amplio bulevar. La luz roja los paró. En el carril contiguo un vocho. Ei, Marielos, el tipo que iba conduciendo la saludó. Los de la cheroqui no la pensaron: bajaron por él y también se lo llevaron.

El del vocho iba nervioso, le temblaban piernas y manos, la cara se le desfiguraba al hablar, las palabras no le salían completas. Quería saber qué estaba pasando. Yo no he hecho nada, compa. Pero el cañón del arma lo dejó llorando y los cachazos lo silenciaron.

Adelante, en un crucero, hicieron un alto. La fila de carros los detuvo. Su amiga y socia fue vista por un mesero. Iba cruzando la calle, a pie, levantó la mano y movió la cabeza para saludar. Fueron también por él, lo arrinconaron en la parte de atrás.

Lo mismo pasó con el tercero. Marielos lo miró desde el interior de la camioneta, a través del cristal. Él la reconoció, ella no dijo nada: no quiso saludar porque sabía que sería su condena. Pero ellos también lo vieron, se regresaron: vas parriba, pendejo.

Iban por dos, por ellas; ahora eran cinco. Siguieron platicando: tan duros los chingazos en Laredo, pero está más cabrón en Michoacán. La vida sigue para ellos, todo igual: la vida va en esa cheroqui. Pero esas cinco víctimas tienen fin y destino: ese paraje baldío, lejano y enmontado era el paredón.

A empujones y encañonados los bajaron. Culatazos y patadas. Agáchate, cabrón; tírense ahí, boca abajo. Cortaron cartucho. Y ellos, los tres que las habían saludado, gritaban entre llantos y lloraban a gritos: pa qué me saludaste, pa qué.

COMITÉ DE RECEPCIÓN

Llegó a Culiacán: las esperanzas renovadas en esa mochila viajera y la nostalgia desparramándose por los pómulos, copulando con esos hilillos de mocos. De nuevo en mi ciudad, musitó con un dejo de alivio.

Estaba regresando a su casa, a su barrio. Tres años en la Ciudad de México, extraviada entre libros y papeles, la habían mantenido alejada de su terruño, de esos ruidos y ese vaivén rutinario de los camiones urbanos, el centro y la escuela.

Pero se sintió en paz. Tres años estudiando ese posgrado que tanto le había gustado: un disfrute doloroso, sobre todo porque había significado salirse y dejarlo todo durante ese lapso. Fue una ausencia amarga y fructífera a la vez.

La recibieron sus padres, su hijo y esposo: todo un comité de recepción. Sus abrazos fueron bálsamos para curar la nostalgia y tantos recuerdos que la perseguían en sus ratos en el metro, en la biblioteca y en las clases.

Pero tuvo otro comité de recepción: dos días después de su llegada mataron a uno de sus vecinos, a tres casas de la suya, una tarde que dejó de ser cualquiera en cuanto se escucharon las detonaciones de los fusiles automáticos.

No quiso ver, y a pesar de eso supo del charco de sangre, de las balas que le atravesaron el pecho, de que todo había ocurrido frente a uno de los hijos.

Durante sus estudios le llegaron noticias de éstas y peores: sabía de la violencia y de las víctimas, pero nada hizo que esto se colocara por encima de las ganas de volver. En los periódicos y noticieros radiofónicos la fama negra de la capital sinaloense era cosa diaria.

También eran recurrentes ciertas expresiones; la que más se repetía era esa de ¿y cuánta mariguana traes?, que le insinuaban compañeros y personas que fue conociendo. Al principio la

encabronaban. No chingues, llegó a decirles, pero después optó por divertirse.

Ni modo: es la fama. Y bregó contra eso, lo ignoró.

Pero ahora no podía ignorar lo que había pasado a unos cuantos metros de su barandal. No podía contestar a ese asedio intimidante de las armas y los sicarios con su acostumbrado no chingues, ni divertirse ni nada.

Trató de calmarse. Se autorrecetó dosis de ánimos: ahora lo que importa es que ya estoy aquí, con los míos.

Pero no fueron suficientes, no contra la realidad terca y virulenta. Dos semanas bastaron para que cobraran otra cuenta pendiente. Esta vez fue en la otra cuadra, un barrio que conocía como las rayas que surcan su mano.

Y no conformes, la cifra creció: la tercera víctima fue del otro lado de la manzana de su casa. El procedimiento fue similar: aprovechando que la víctima estaba afuera de su vivienda, conversando o descansando, llegaron hasta él para rociarlo con plomo incendiario.

Eran tres y ella no cabía en su casa, junto a los seres queridos, ni en la ciudad. Se le juntaron los problemas en una misma tormenta y hasta con el terapeuta fue a parar.

Ahora, a pocos meses, decidió ya no estar: declaró insoportable tanta sangre y muerte. Y le dolió esa indiferencia, ese acostumbrarse de la gente. Quiere irse de nuevo, con todo y niño y marido y recuerdos.

Estudiar, trabajar, no sé. Tal vez el doctorado en ciencias políticas, en España, en Madrid. Y si no, pues en Canadá, donde hablan inglés y francés. En cualquier lado en que no hablen este idioma: el de las balas.

LA CONVERSACIÓN

Escuchaba de todo: amantes hablando sobre sus maridos, maridos hablando sobre sus amantes, narcos negociando con sus pistoleros, pistoleros cobrando por sus jales, homosexuales en pleno ajetreo carnal.

Motel en el mercadito, motel de mala muerte: empleado de ahí. Llevar, traer, guardar, atender a los clientes. Motel de buena muerte. De muerte y vida. Rincón para terminar vidas y abrirse paso en el mundo truculento de la coca y la mariguana.

Espacio para el placer: el de la concupiscencia y el que experimenta quien manda matar y quien cobra por hacerlo.

Pero no le importó. Nunca comentó nada y era como si no pasara por ahí, frente a las puertas. Sin oídos ni ojos. Él era un empleado más, y de todas las confianzas de los huéspedes asiduos, de los demás trabajadores y del administrador.

Los cuartos eran igualmente ocupados por las que rentaban sus cuerpos. Y entre los clientes más constantes estaban los que venían de la sierra: visitaban la ciudad en busca de mangueras, sierras y motobombas para sus plantíos de mariguana.

Ahí se mezclaban, muchas veces sin saberlo, matones con vendedores de droga, burreros con hombres que buscaban ligarse a otros hombres y mujeres de previa cita.

Y él era una buena persona: padre de cuatro hijos, ejemplar en la calle y en el trabajo; disciplinado, honesto, responsable, trabajador y simpático. Todo esto combinado con su religiosa costumbre de misa dominical.

Un santo en el infierno, un ángel discreto y con alas invisibles: inofensivo, prudente y amigable, en medio de la tragedia, el drama y la desolación del lugar y de aquellos que lo visitaban.

Iba y venía de ese páramo de la perversión a su casa, de ésta a la iglesia, sin falta, los domingos. Y ocasionalmente al parque, con los niños. A alguna reunión familiar. Pero no pasaba de ahí.

Nada de cerveza, mucho menos droga. Sin deudas en el banco y mucho menos en la cópel. Tampoco fichas de dominó esparcidas en una mesa de centro, los sábados, con sus amigotes. Y ni siquiera al cine, ni solo ni acompañado.

Era hombre de rituales, predecible en los trayectos que seguía para ir al trabajo o algún otro lugar, de horarios bien definidos y una rutina que seguía fiel y milimétricamente.

Una vida hecha. Por delante tenía mucho tramo que recorrer, pero igual repartía sus energías sin sobresaltos ni contratiempos; se gastaba así, despacio y a sorbitos, mesuradamente.

Hasta que le llegó su hora: esa conversación. La vida le pintó una raya y de ahí hasta la fecha el firmamento le cambió. Fue a uno de los cuartos a llevar un pedido de comida, nada que no estuviera dentro de su rutina diaria.

Del otro lado de la puerta hizo una pausa, acomodó todo en una sola mano y con la ayuda del antebrazo, tocó, escuchó una conversación que lo cimbró. Siguió congelado cuando le abrieron la puerta.

Eran tres sujetos. Se espantó. Le dijeron que entrara. Procuró no verlos, pero sintió la mirada de dos de ellos clavándose en su espalda, penetrante. No emitió sonido, apenas un con permiso. Le temblaban las piernas, se sintió desmayar, doblarse como un alambre delgado.

Tomó sus cosas de la oficina, salió callado. Guardó silencio en su casa y la vida se le pudrió: lo dejó la mujer, perdió el trabajo y las misas dominicales. Ahora vive escondido en casa de unas primas. Nunca contó nada de aquellos tres en el motel ni dio detalles de la conversación que le tocó escuchar. Han pasado quince años.

De ahí, ensimismado, desgarbado y flaco, enloqueció.

NOCHES Y BALAS

Lo que pasa en Las Quintas se queda en Las Quintas, o sea que no se publica en los diarios.

Lo tiene claro y procura no espantarse, sino aceptarlo. Pero le cuesta, le cuesta trabajo, sobre todo ahora que no prende el aire acondicionado: desde su recámara acogedora y esas ventanas abiertas lo escucha todo, incluso los suspiros últimos de las madrugadas.

Levanta la cabeza. No cree en lo que oye. Abre los ojos y no cree lo que ve. Se mueve hacia la izquierda y prepara una nueva embestida de Morfeo. Luego boca abajo, flexionando su pierna. Después del lado derecho.

Duerme, se desconecta, se muere en medio de la penumbra y del alumbrado público que salpica sus paredes de cristal.

Pero su sueño es ahora intermitente. Chillan las llantas cuando tallan el pavimento y ella se despierta y vuelve a acomodarse bajo la sábana. Escucha el tracatraca de las metralletas cerca y a lo lejos. Se mueve de nuevo y acomoda su humanidad.

Las mentadas son lo de menos, la voz nasal de ese cantante de moda y la música de banda tampoco le afectan sobremanera, pero sí los acelerones, las llantas hirviendo sobre el asfalto y los fogonazos estruendosos de los disparos de cuerno y pistola.

Todo se desbordó cuando escuchó a esas dos mujeres: no le bajaban de chingatumadre y puta. Escuchó primero ruido de frenadas, luego las bocinas de los carros, y después las mentadas.

Ahí, después de haber despertado, decidió levantarse y mirar por la ventana. Eran dos jóvenes, veinticinco años en promedio; estaban a un lado de sus carros, ambos con la puerta del lado del conductor abierta, gritándose.

Empezaron con agresiones verbales y señas con las manos y pronto pasaron a las armas: ella las vio, pero no se lo creyó. Las oyó claramente, pero no se lo creyó. Se escondían detrás de la puerta

abierta y se asomaban sólo para disparar. Por turnos los disparos y el respectivo chingatumadre.

No se daban y tampoco parecía que los proyectiles se acercaran a ellas o a los automóviles. Bang-bang. Y del otro lado: bang-bang-bang. Era como una danza, un baile por turnos.

Recordó las películas de vaqueros, las policiacas espectaculares en las que hay muchos disparos y muertos, pero ningún rasguño en el cuerpo de los héroes, los buenos: ellas eran las buenas.

Se aburrió. ¡Ba!, no pasa nada. Siguieron en ese ritual cómico y fatal, pero ella se regresó a la cama: espero que recojan sus cuerpos antes de que me levante.

Despertó a las seis de la mañana y buscó afanosa el periódico en la cochera. Buscó y buscó: ninguna mención al hecho.

La noche siguiente no pudo dormir: el tableteo parecía incendiar la pared de enfrente. Veía el reflejo de los fogonazos en los ladrillos de la barda, una y otra vez: ra-ta-ta-ta-ta; treinta segundos son una vida, un desvelo, insomnio.

Ni se asomó. Oyó pasos en la calle, gritos, choque de fierros; corte de cartuchos, cambio de cargador, movimiento de armas.

Qué película ni qué nada: deseó tener blindada la ventana, la sábana, el camisón, la vida.

Noche de siete horas que parecieron quince o más. Seis de la mañana. Las Quintas se queda con lo que pasa en sus entrañas, pensó, pero no logró resignarse. Bajó apurada, agigantando sus pasos.

Se asomó a la calle. Caminó por esos rincones de asfalto: manchas de sangre, pisadas en los charcos rojos, casquillos grandes, regados como ofrenda mortal.

Hojeó los periódicos: en sus páginas había ofertas de los supermercados y un desfile de palabras y fotos huecas, lejanas, baldías.

EL PAQUETITO

Para el Sinaloa

Aviéntame un paquetito, avioncito, uno nada más. Estaba en cuclillas en medio de la inmensidad del monte. El cerro de Tabelojeca era su lugar favorito para cazar venados, y de otros para tirar mota desde los aviones.

Ahí mismo, en el cerro, vio pasar muchas naves. De noche, sólo con la tenue luz lunar y estelar, y él agazapado, sigiloso. Las avionetas pasaban con las luces apagadas, sólo se oía el ruido de hélices y motores.

Otras pasaban seguiditas, una tras otra. Es una persecución, llegó a pensar. Y el sonido iba y venía, aumentaba y disminuía con las maniobras de los pilotos.

Pero nunca se sabía en qué terminaban, ni de aterrizajes forzosos en la zona. Pero esa avioneta era distinta: le guiñó el ojo desde lejos, y él le pidió, casi rezándole, que le aventara uno de esos paquetitos con varios kilos de mota.

Desde su posición miró cómo iba bailando el ladrillo de papel con el aire, mientras caía. Y el ruido seco, lejano, de su impacto con las matas frondosas y el suelo apenas húmedo.

No era mariguana, sino cocaína. Varios kilos. Huyó de ahí sin decir nada; aunque estaba solo esa noche, quiso asegurarse de que nadie se enterara. Así que lo guardó en la chamarra, se colgó el rifle en el hombro y emprendió el regreso.

A la semana ya tenía una cuatro por cuatro del año estacionada en el patio de su casa, un automóvil compacto llenaba los ojos de su mujer, había ropa nueva en el vestidor, lana en el banco, caprichos y lujos cumplidos.

A San Miguel llegaron dos sombrerudos de mal aspecto. Empezaron a indagar: preguntaron por los que vivían en el lugar y se dedicaban a la caza de venado. Dieron con pocos nombres y los fueron descartando.

Rápido les llamó la atención la camioneta nueva, pero no actuaron de inmediato. Se fueron despacio y siguieron averiguando. Hicieron un plantón frente a su casa, le ponían cola cada que se movía.

Eran los dueños del paquete y querían recuperarlo, pero no a cualquier costo: un sustito, una amenaza, tal vez un amago; el canje de algún familiar respetando su vida podía dar pie a una buena negociación, sin hacer mucho ruido.

Aparecieron también un par de agentes federales. Los del pueblo lo supieron porque se identificaban antes de pedir detalles. Éstos no iban tras él, pero sí sabían de una avioneta cargada de coca.

Por esos rumbos era cosa de todos los días escuchar motores de aviones: la gente sabía que detrás de los cerros, más allá del monte, cargaban las naves, se abastecían de combustible y entregaban mercancía. Era una historia contada.

Él no era narco ni lo pretendía, pero aquello era algo que crecía. Los rumores se multiplicaban, los mitotes sobre su repentina fortuna estaban en bocas y oídos de todos.

Las habladas crecían.

Y luego esos dos que le ponían cola y que ya no pasaban inadvertidos, y además los de la pegerre. Y a lo mejor al rato vienen más, y hasta los soldados, y va a ser un desmadre todo esto, y tendré un broncón.

Y todo por un pinche paquetito, chingada madre: mejor no me lo avientes, avioncito. El ruido de un animal lo distrajo. Ya pasaba la media noche y él en cuclillas. Y despertó: regresó a casa con las manos vacías, abrazando su 30-30.

LA VENTANA

Las luces amarillas y azules lo sorprendieron. La ventana de su recámara daba hacia la calle. Fraccionamiento privado, dos de la mañana.
Abrió las cortinas y despegó un poco las hojas de la ventana. En el be-eme-dobleú dos cuerpos se movían violentamente. Lo primero que se le ocurrió fue que aquellos estaban en plena faena carnal. Menos mal.

Pero afiló la mirada: aquellos dos no jugaban al amor, sino que peleaban, o mejor dicho: él le estaba pegando y ella se defendía, se cubría con los brazos y manos, pataleaba a veces para alejar al agresor.

Era un muchacho de poco más de veinte casado con una mujer espigada y blanca: era hijo de un narco pesado, intocable en la ciudad, mandamás en las calles, semidiós frente a las insignias, patrullas y uniformes de las policías locales y estatales.

Güilibaldo tenía poca paciencia y la mano pesada: estaba acostumbrado a dar órdenes y a pegar, y esa madrugada, justo a las puertas de su casa, estaba protagonizando un nuevo ajuste de cuentas a su modo: un doméstico y marital ajuste de cuentas.

Con la mano puñada. Patadas y cachetadas, mentadas y jalones de pelo. Y ella gritaba: no pedía ayuda ni se lamentaba, más bien se la mentaba al marido y, entre llantos, le lanzaba agresiones verbales. Patadas de ahogado.

El vigilante de la puerta escuchó los gritos. Se acercó al lujoso vehículo y lo vio todo. Tocó el cristal del be-eme-dobleú: toc-toc. Güilibaldo volteó violentamente, se bajó del carro y le espetó al de la policía privada: no sabes quién soy, pendejo; no sabes: mejor lárgate de aquí antes de que te ponga tus chingazos; no te metas, porque te va a pesar.

El vigilante sólo lo miró. No se movió ni dijo nada. El joven se metió de nuevo y reinició el jaloneo. Ella pataleaba y quería con los

insultos ganar el terreno que físicamente estaba perdiendo frente a su oponente.

El vigilante no podía hacer nada con esa linterna everredi y sus fornituras con depósitos vacíos de gas pimienta.

Corrió hacia la caseta de vigilancia de la entrada principal del fraccionamiento. Usó el radio de intercomunicación. Llegaron otras patrullas de vigilancia privada. Tocaron de nuevo el cristal del lujoso automóvil. La misma amenaza: no saben con quién se meten.

En menos de un minuto estaban ahí varias patrullas de la policía municipal. La misma dosis: se me van a la chingada, bola de cabrones, pendejos. Los agentes no se acercaron mucho. Ésa fue su bienvenida y salieron volando de regreso.

Y él viendo todo desde esa ventana, espantado. Los golpes lo pusieron nervioso. Pensó en que se iba a desatar una balacera cuando llegaron los de la Policía Preventiva, pero se fueron con la cola entre las patas.

Veinte jóvenes rodearon el lugar, andaban en tres camionetas: eran los refuerzos del golpeador. Uno de ellos, enterado de lo que había hecho el guardia de la entrada del fraccionamiento, gritó que había que matarlo.

Vamos a matarlo, hay que darle piso a este cabrón. Sí, sí, dijeron airados otros: mátenlo.

Otro los agarró, con voz fuerte y segura les dijo que no tenía caso, que ya se había hecho un escándalo y que si lo mataban sabrían quiénes lo habían hecho.

Siguieron pisteando, pusieron corridos de gente pesada y de matones.

Y el de la ventana ya no pudo dormir. Una frase empezó a frecuentar su materia gris, quedándose a vivir ahí, en su cabeza: ¡luego por qué hay tantos asesinatos de gente que no está en el narco!

EL SIX

No hay como combinar unas cervezas con buena música. La tambora en el rincón aquel le guiñó el ojo. Llego, no llego. Llegó. Dejó la moto a un lado de la capilla. Malverde estaba recibiendo gratitud, su homenaje, y la banda sonaba en su honor.
Moto flaca, tipo vespa, algo destartalada: era su transporte en la chamba. Repartidor de tortas. Servicio a domicilio, podía leerse en uno de los costados y en la parte trasera de la motocicleta.

Día pesado. Qué pesado ni qué nada, pesadísimo: pedidos por toda la ciudad y hasta la quinta chingada. Propinas escasas. Pero no siempre es así: hay ocasiones en que se le hace el bulto en la bolsa del pantalón. Hoy por ejemplo sacó 200 pesos.

Pero la chinga. Eso es lo que pesa a las nueve de la noche, camino a la casa. La chinga del tráfico, de siempre andar en zumba por la ciudad, de la violencia vial y los semáforos, del calorón de agosto a las doce del día por la carretera a Sanalona. Pinche madriza.

Pero bueno, la chamba había acabado. Iba camino a casa. Todavía tener que cruzar el centro, llegar al Zapata y de ahí enfilar para Barrancos: otra ciudad. Le decían de broma que para llegar a su casa necesitaba pasaporte. Ja, ja, reía socarrón: no le gustaba el chiste.

Pero ai vivo, ai me dieron casa, ni pedo. Rrrrr.

Rrrrr, tosía el motor de la moto. Rrrrr, escupía humo por el mofle, pero no fallaba, ni en medio de la lluvia, menos en tiempo de calor.

Hora de sentarse en la sala de su casa, de ver a sus hijos, de estar con su mujer, de saborear cacahuates salados y ver la tele: sus series favoritas, si es jueves. Oír música de la Banda Maguey o corridos de Los Cadetes si es cualquier otro día.

Y subir los pies a la mesa de centro. Mmm, qué rico: sus pies estirados, él desparramado sobre el sillón, la cerveza sudorosa a su

lado, empuñada con la mano derecha.

Lo pensó y sintió cierto alivio: la chamba terminó, vámonos a descansar, yastuvo.

Llevaba el six en la parrilla de la moto. Pasó por la capilla de Jesús Malverde: el santo de los narcos tenía visita, y era una visita de lujo: carros largos y oscuros estacionados a los lados, camionetas nuevas, la banda amenizando las oraciones.

Desde lejos se oía *El sinaloense*. La tambora le retumbó en el pecho; emocionado, volteó y sintió la tarola sonándole en los pies. Vio a algunos bailando: estaban pisteando, la bola de asistentes era nutrida, bien vestidos, enguarachados.

El six en la parrilla le decía no me olvides desde adentro de esa bolsa del ocso; sudoroso, escarchado. Pasó despacito. Quiso detenerse. No, mejor no, bueno, siempre sí. Metros adelante dio vuelta en *u*, dejó la moto y se bajó.

Ya me tocaba. Era su intención aprovechar la banda, sentirse amenizado, arrullado. Hizo suya la pachanga. Pero era un desconocido; así se lo dijeron con la mirada, de reojo. Desconfianza: ¿quién es ese cabrón? ¿Qué quiere? Ha de ser un soplón.

Cuatro, cinco, lo rodearon. ¿Quién eres, qué quieres, con quién vienes? No, nada, con nadie: nada más me paré a escuchar la música, compa, y a echarme unas heladas.

Lo obligaron a pistearse las cervezas de una, le metieron droga, lo coquearon a la fuerza. Has de ser oreja o soplón. Y le pusieron una madriza, ahí, atrás de la capilla.

Ya, compa, pérese; no, compa… rezaba. Sin dejar de recibir chingazos: soy repartidor de tortas, compa, no me haga nada, compa. Y pensó que lo mataban.

Camino a su casa, la parrilla vacía: ya se había acabado el six.

DE PARÍS A CULIACÁN

Germán tenía una novia en Austria. Y ahí estaba, sentado en ese restaurante de aquella plaza. Había ido a visitarla periódicamente después de que concluyó sus estudios en aquel frío país.
Era culichi desde el acta de nacimiento hasta esa caspa incómoda. Pero eso sí, conservaba rasgos de ese hablar de sus padres, que alargaban hasta el infinito el sonido de la última sílaba de cada palabra, muy al estilo de los pobladores de El Fuerte, municipio rural ubicado al norte de Sinaloa. Aunque él no era gritón ni hablaba golpeado. Más bien parecía saborear cada palabra que pronunciaba. Y sin hablar de más.

Daba sorbos al café y a la tarde. Ahí, junto a su novia, se sentía aparte, flotando. Ido, estiraba las piernas, echaba unos tragos intentando no quemarse y miraba el horizonte citadino como si le perteneciera. Estaba enamorado.

Quizá por eso no percibió esa silueta que zigzagueaba entre las mesas del restaurante y que tenía un aspecto entre jipi y vagabundo. Pero él seguía extraviado hundiéndose en aquella mirada de la austriaca.

Fue entonces cuando distinguió rasgos: era Toño, su amigo, otro culichi de cepa. Ambos se vieron y enmudecieron. Casi al mismo tiempo, la expresión ¡cómo!, ¿tú?, ¿qué onda güey?, ¿qué estás haciendo aquí?

Se apretaron la mano y luego se dieron esas palmadas sonoras que se dan los hombres para dejar huella en la espalda del otro. La sorpresa fue de tal tamaño que ninguno de los dos se preocupó en atender las preguntas del otro, hasta que recuperaron el habla.

Es que aquí tengo a mi novia: andamos juntos desde la escuela, cuando estuve por acá. Desde entonces vengo cada que puedo, y también cuando no.

Y el otro: que andaba de vagabundo, que había viajado por España, Francia, Alemania y Austria, pero de mochilero, sin

trayectoria ni destino. Era su aventura. Y con pocos centavos.

El jipi aprovechó y le contó lo que lo sorprendió a su paso por París. ¡Nombre, qué te cuento! Iba yo caminando por una de las calles y de repente que veo en un escaparate una mesa de madera y encima unas pacas de mariguana.

Y que entro y era un museo: una exposición de artistas de vanguardia. El tema eran los narcos, la violencia, la mota. Y que veo a un tal Óscar Manuel García, que es de Culiacán, y me sentí chingón: estaba yo en París, orgulloso de ser culichi, de todo. Hasta me pareció ver a las morras y escuchar la tambora.

Se lo dijo casi a gritos, casi poniéndose a bailar. Le hizo tantos gestos y ademanes que parecía bailar realmente: desde ese pelo ensortijado hasta sus pies con zapatos tipo minero, toscones y de cuello alto.

Germán disfrutó tanto la conversación que se imaginó las hojas de mota, la mesa y las pacífico heladitas, sudando escarcha. Puta, qué chingón. Y se vio ahí, sentado alrededor de la mesa de su casa, con su morra austriaca.

Para el trotamundos la aventura terminó días después. Se fue la lana pero le quedó el recuerdo calientito de esa mariguana y su Culiacán en París. Germán regresó también y en cuanto llegó lo platicó.

Su amigo Élmer Mendoza, el escritor, lo escuchó sonriente. Esperó a que terminara; disfrutó mucho con el relato. En París, ¿te imaginas?, en París, le dijo Germán

Sí, cabrón, muy chingón, le contestó el escritor. Seguramente viviste la adrenalina de las balaceras en los centros comerciales, las ejecuciones en los bulevares, la sicosis diaria, el peligro pegado a la piel sudorosa: todo el vivir y el morir en culichi. Y todo nomás con ver las pacífico, los ladrillos de mariguana y esas pinturas de Óscar Manuel en esa galería, retratando la muerte, la sangre, el malmorir en esta ciudad tan tuya, tan mía, tan nuestra y tan de nadie. ¿A poco crees que no sabía? ¡Si yo hice el texto de la presentación de esa exposición en París! Y lo que son las cosas: yo hice ese texto pero no pude ir. Y ahora es como si hubiera estado ahí: sentado en esa mesa, echándome las pacífico, oyendo la banda sinaloense y las balas zumbando. Nada más porque me lo contaste, porque lo he sentido. Y aunque no he ido a París, he vivido, sufriendo y

muriendo, en Culiacán.

BAJARON LAS BALACERAS, SIGUIÓ EL TERROR

La hora feliz.
Antes de las doce, cuando falten unos diez o quince minutos, me meto al baño. A esa hora empieza la hora feliz.

Es la voz de la adolescente: se llama Elizabeth y tiene catorce años. Vive en un fraccionamiento del norte de Culiacán y ya lo sabe todo: a las doce de la noche, cada día veinticuatro o treintaiuno de diciembre, hay balacera en toda la ciudad.

Se le pregunta a qué se refiere con eso de la hora feliz y por qué se va a meter al baño. Tal vez algún ritual de fin de año para empezar bien el siguiente: como aquello de salir con maletas para que el nuevo año sea de viajes, o usar calzones rojos para que haya amor.

No, no, nada de eso. Se queda callada un momento, como preparando su respuesta.

Es Culiacán, la capital de Sinaloa. Termina el 2008, considerado el año más violento en la historia de la entidad. Y del país: Chihuahua en primer lugar, en segundo Sinaloa y en tercero Baja California. Entre todas alcanzan más de cinco mil homicidios.

Sinaloa sumó cerca de mil doscientos homicidios en el 2008. Unas ochenta personas que no tenían qué ver con el narcotráfico cayeron abatidas por las balas. Cerca de 112 agentes de las policías Federal, Estatal y Municipal, y también efectivos militares, fueron asesinados en circunstancias similares.

El 30 de abril marcó el inicio de la guerra entre la organización que dirigen los hermanos Beltrán Leyva —luego de la «entrega» de Alfredo Beltrán Leyva, el Mochomo, en enero—, Joaquín Guzmán Loera, el Chapo, e Ismael Zambada García, el Mayo. Antes socios, amigos y miembros de una sola familia, ahora enemigos.

El mes de mayo terminó con 116 ejecuciones, cifra nunca antes alcanzada en treinta días. Junio lo superó, con más de 128. Y agosto fue la hecatombe: más de 140, lo que significa un promedio de casi

cinco ejecuciones diarias.

Y en este escenario, la sicosis y el terror. Las versiones de balaceras, falsas y verdaderas, nacieron, crecieron y se multiplicaron. Los hechos violentos, la complicidad entre policías y servidores públicos de todos los niveles con el narco, los enfrentamientos, las matanzas, alimentaron la paranoia colectiva.

Los culichis traían la muerte en el entrecejo. En la ciudad disminuyeron las visitas a centros comerciales y a lugares públicos. Hasta las iglesias son espacios para las ejecuciones. La noche cae temprano para los citadinos. No hay nadie a salvo, no hay lugar seguro. La ciudad es de ellos: los gatilleros entran, disparan, matan y huyen, desaparecen. Y siguen los desfiles de militares, los convoyes de policías federales, los operativos conjuntos que a todos molestan, menos al narco. Y sigue el terror, y la gente en medio.

Por eso el 31 de diciembre la gente no salió. Prefirió quedarse en sus casas, parapetarse bajo los techos de concreto, los cristales de las ventanas, los barandales de acero, las cercas de madera.

En el último mes del año, con más de 140 asesinatos y al menos dos matanzas: 13 en San Ignacio y 11 en El Rosario, las autoridades «reforzaron» el operativo.

Miles de policías en las calles, otro tanto de soldados; pero los ciudadanos saben que ellos también se refugian bajo las marquesinas o en los centros comerciales cuando se oye la tracatera del 31 de diciembre y la madrugada del 1 de enero. En cuanto empiezan los balazos, las ráfagas, se esconden.

Hubo cerca de 80 llamadas de auxilio ante las balaceras de esa noche, la mayoría en Culiacán. Y otras, muchísimas más, que no fueron atendidas: los operadores del 066 no contestaron, o no se dieron abasto, o se pusieron a brindar por el nuevo año.

Tres personas lesionadas por bala «perdida»: los disparos al aire alcanzaron la carne, los huesos; hubo sangre derramada: al menos tres lesionados en Cosalá, Guasave y Choix, pero no hubo ningún detenido por efectuar disparos.

Las ráfagas fueron menos, los estruendos por el accionar de las armas disminuyeron, pero la gente siguió entre la fiesta y el miedo, la cena y el casco militar.

La consigna fue no salir a las cocheras, ni asar carne en el patio, ni acudir con el vecino, en punto de las 12, a dar y recibir el abrazo.

Todo adentro: la cena, el baile, los abrazos, las bebidas y hasta la piñata.

Los jóvenes no repitieron el ritual de ir a buscar en automóvil a la novia, a los amigos de la otra colonia, a la abuelita o a la suegra que vive al otro lado de la ciudad. Nada. Todos en el refugio antibalas, antibombas, todos en el búnker, ante el tornado de proyectiles.

Así lo decidió Elizabeth: cuando falten diez, quince minutos, para las doce, me meto al baño.

¿Por qué?, le preguntó su padre.

Porque empieza la hora feliz.

¿La hora feliz?

Sí, la hora feliz: los balazos.

¿Y por qué en el baño? ¿Quieres empezar el año evacuando, bañándote o qué?

No, no: es que el baño es el lugar más seguro de la casa.

© 2016, Javier Arturo Valdez Cárdenas
© 2016, Jus, Libreros y Editores S. A. de C. V.
Donceles 66, Centro Histórico
C. P. 06010, Ciudad de México

De la imagen de cubierta:
© Corbis Images

Malayerba
ISBN: 978-607-9409-66-1

Segunda edición: septiembre de 2016

Ilustraciones: Raquel Cané
Diseño de interiores y composición: Sergi Gòdia

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento informático, la copia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.